

EL COJO ILUSTRADO

Año V

15 DE JULIO DE 1896

Nº 110

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL. . . . B. 4
UN NUMERO SUELTO. . . . B. 2

EDITORES PROPIETARIOS Y DIRECTORES

J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO

CARACAS — VENEZUELA

A LA PLUMA

—
SAINT SAENS
—

El dos de junio de este año de gracia, Camilo Saint Saens, jefe incontestado de la moderna escuela musical francesa, se sentó al piano en la Sala Pleyel y en religioso recogimiento oyeron los que la llenaban los

grandes acentos de Mozart, de Beethoven y del maestro mismo que los interpretaba. Hace cincuenta años escuchaba el público en esa misma sala y en silencioso asombro esas mismas notas de Mozart y de Beethoven, ejecutadas por el mismo Saint Saens, que contaba entonces diez años, y del que el día siguiente decía la *Gaceta Musical*: "Aún cuando ya está gastado el resorte

de los niños prodigiosos, es necesario convenir en que este chicuelo de diez años interpreta á los maestros, de memoria, sin esfuerzo, destacando la melodía y su temperamento con elegancia y expresión, en medio á los aplausos unánimes del auditorio maravillado."

Ese concepto mereció Saint Saens en los días en que se decía: "Thalberg es un



INDIOS GOAJIROS

rey, Liszt un profeta, Chopín un poeta, Herz un abogado, Kalkbrenner un menestral, la Pleyel una sibila, y Dohler un pianista." En ese cortejo Saint Saens párvulo, figuró como un artista admirable.

Tráido del campo á la ciudad á los 22 meses de edad, el ruido de los goznes, el tic-tac del péndulo, los gritos de los vendedores ambulantes producen en él la sensación musical. La primera vez que oye un piano se maravilla. A los dos años y medio lee de corrido y un año después compone frases musicales y las escribe. A los cinco años hace valsos. A los ocho años asiste á la profesión de una joven que se

retira del mundo y por irresistible vocación se refugia en el claustro. Saint Saens penetrado de la escena y de la historia se va al órgano, revela en música poderosamente conmovedora la ceremonia á que asistía.

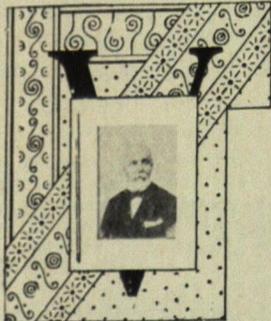
Auber, presidente de un jurado musical, le tiene mala voluntad. El envía á un amigo á Inglaterra la partitura de sus "*Nupcias de Prometeo*," para que de allá sean enviadas al jurado. Los jueces acuerdan á su partitura, á unanimidad, la más alta recompensa y Auber exclama: "¡Qué lástima que el autor no sea francés!" en el momento mismo en que al romper la cubierta correspondiente al manuscrito salta á sus ojos el nombre de Saint Saens.

Vive aislado; estudia astronomía con ardor, lo oculto, lo misterioso lo atrae. Allan Kardek le interesa y.....así como Richelieu quería ser poeta, él quiere ser.....tenor. En un viaje á las Islas Canarias, á donde fué de incógnito, sabe que el día siguiente debía darse *El Trovador*, pero que el tenor estaba enfermo. Se va donde el director y se ofrece para reemplazar al artista que falta. En esto un incidente feliz para él y para el público, dicen sus amigos, impide la representación. El empresario resolvió declararse en quiebra y Saint Saens no hizo su estreno.

EL DR. JOSE MANUEL DE LOS RÍOS

(ABOGADO)

Humatis contemnda in nobis,
non negligenda in nostris.



AMOS aquí á trazar brevemente algunos rasgos biográficos de un hombre colmado de merecimientos, y acreedor, como el que más, por todos los hechos de su vida pública y privada, á la memoria y

gratitud de sus conciudadanos.

No exornaremos esos datos con aquellos dictados facticios ó títulos de lance con que el artificio á menudo nos extravía y aturde, ya improvisando reputaciones de entidad, ya exagerando merecimientos, sobre todo lo cual tarde que temprano tendrá que recaer el juicio de la Historia. No, que el Dr. Ríos dáta de tiempos en que las artes de hacer pasadera moneda de tan mala ley eran desconocidas entre nosotros: su proceso biográfico, basado desde su origen en títulos propios de sumo valer, trae ya impreso en cada una de sus páginas, por el juicio público, el sello indeleble de la cosa juzgada.

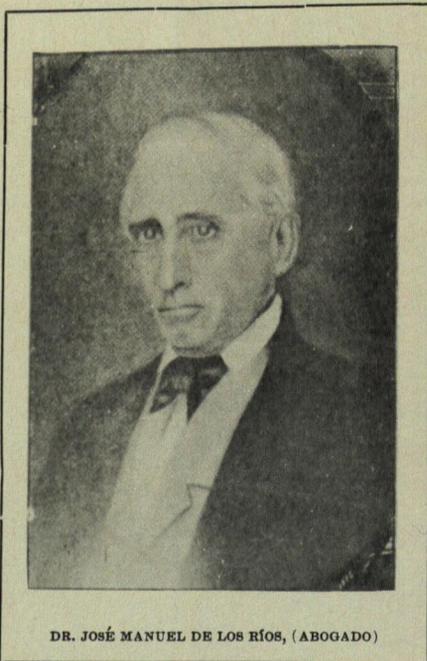
Nació el Dr. Ríos en Guarenas (de la antigua provincia de Caracas) el 23 de mayo de 1802. Fueron sus padres el cumplido y bien querido caballero don Manuel Bernardo de los Ríos, natural de Granada en España, enviado por su gobierno á encargarse del estanco de tabaco en Orituco, y la venerable matrona doña Josefa García, natural del mismo pueblo de Guarenas.

Deslizáronse los primeros años de Ríos en Orituco, donde se hallaban domiciliados sus padres; pero trasladados éstos á Caracas, con motivo del movimiento de Independencia, logró el joven Ríos matricularse desde luego en la Ilustre Universidad Central, con el objeto de seguir estudios clásicos.

En efecto, cursó en ella, terminada la latinitad, el trienio filosófico; y de su buena conducta, talento y aprovechamiento durante el tiempo empleado en seguir estas asignaturas, dan favorable testimonio las certificaciones de las matrículas que tenemos á la vista.

Apenas obtuvo el joven Ríos el grado de bachiller en Filosofía, se matriculó en las clases de Jurisprudencia civil y de Sagrados Cánones, asignaturas respectivamente desempeñadas por los tan sabios como severos profesores Pbro. Dr. José Cecilio Avila y el antiguo Dr. José de los Reyes Piñal. Qué nota ó concepto obtuviera Ríos en esos estudios, lo expresan con encarecimiento las respectivas certificaciones de las matrículas, expedidas en 16 y 17 de mayo de 1824. Dice el Dr. Avila: "Igualmente certifico que, desde 25 de marzo del año anterior, ha continuado (Ríos), con el mismo esmero, en calidad de pasante, sustituyéndome alguna ocasión, con el competente permiso, en la clase, que percibe frutos de su instrucción y juicio reposado." Y el Dr. José de los Reyes Piñal certifica en estos términos: "Que para dar al público noticia de un alumno tan apreciable, no pude menos que encargarle de la defensa del acto mayor de leyes, que sostuvo el 11 de junio del año de veinte en la Capilla del Seminario, á toda mi satisfacción y con el especial aplauso del concurso ilustrado que lo presenció; siendo tal su particular amor y aplicación al es-

tudio, que á los muy pocos meses de cursante se examinó en la clase de los cuatro libros de la *Instituta*,—único ejemplar en los catorce años há que regento aquélla. Asimismo se ha presentado á todos los exámenes públicos en distintas materias, y obtenido los premios que por ellos se han ofrecido. Ha sido replicante y examinador en las mismas materias después de graduado. Y finalmente, por su notorio provecho y conducta ejemplar, lo he preferido en el suplemento que ha hecho desempeñando el



DR. JOSÉ MANUEL DE LOS RÍOS, (ABOGADO)

magisterio en la clase de Derecho."—Los que recuerden ó sepan cómo se estudiaba en aquel entonces y qué especie de hombres y catedráticos eran los citados, estimarán esas certificaciones en lo mucho que valen.

El 12 de mayo de 1825, tomó Ríos la borla de Doctor en Jurisprudencia civil; y el 27 de setiembre de 1826 se recibió de Abogado de la Gran República de Colombia, previas las severas formalidades de ley en aquella época.

Razones de conveniencia privada obligaron al joven Doctor, á fines de 1826, ó á principios del año siguiente, á fijar su residencia en la históricamente célebre capital de Carabobo. Poco tiempo después fue nombrado en Valencia Juez de letras.

El Dr. Miguel Peña, juriconsulto notable y ciudadano de muchísima influencia en la tormentosa política que acarrearón los sucesos políticos del año de 1826, había asociado á Ríos en los laboriosos trabajos de su acreditado bufete. Desde entonces adquirió Ríos mayor vuelo, aseguró más y más el éxito en el ejercicio de la noble profesión, y comenzó también á iniciarse en la política patria.

No sabemos hasta qué punto fue el Dr. Ríos amigo de la desmembración de la Gran República: á juzgar por la popularidad que adquirió y por su elección de Diputado por Carabobo al Congreso Constituyente de 1830, es de suponer que él participara de las ideas separatistas de aquellos tiempos; pero se le vio, en medio de tantos hombres eminentes, siempre entendido, prudente, patriota, en todas las grandes cuestiones sociales, políticas y administrativas, que se agitaron en aquel memorable Congreso al constituirse Venezuela en Nación independiente y soberana.—Ríos tiene una gran página: fue uno de los pocos hombres que defendieron al Libertador cuando se trató de proscribirlo de la Patria.

En los Congresos siguientes fue también

Diputado por Carabobo. Su rectitud de espíritu, su proceder en todo siempre justo, y la rara habilidad con que dirigía los debates y sabía dar solución á las más intrincadas polémicas, tanto como el amor á la patria y su extrema benevolencia hasta con los mismas que lo combatían, fueron parte á verse honrado con esas manifestaciones de confianza y gratitud del pueblo, y á que la Cámara de Representantes lo eligiera su Presidente en los años de 1831 y 32, y el Senado en 1842: con este último carácter firmó el decreto de honores al Libertador. Antes de ser miembro del Cuerpo Legislativo, ya el Dr. Ríos había aceptado, en 1832 ó 33, el importante destino de Relator de la Corte del Centro.

Cuando sonó la hora de los partidos y la intransigencia de las pasiones convirtió de luego á luego el floreciente suelo de la República en campo de lucha fratricida, el Dr. Ríos se retiró á la vida privada, para consagrarse exclusivamente al ejercicio de su profesión. Su asidua consagración á tan noble trabajo le rindió, no pingües proventos, sino lo necesario para vivir: la equidad en sus exigencias y la moderación en todas sus aspiraciones eran su regla primordial; considerábase siempre bien recompensado con aquellas satisfacciones del alma de todo el que lucha por la inocencia y alcanza á la postrer el triunfo de la justicia.

Empero anduvo el tiempo, sucediéronse cambios y transformaciones; y como los hombres notables, ya probados en el camino del bien, no siempre son dueños de sí mismos, era imposible que el Dr. Ríos, dados sus antecedentes, continuara abstraído de los sucesos, ya prósperos, ya adversos, del país. Vióse arrebatado por la corriente de la época, y cedió á su impulso. La magistratura había menester de sus luces, y sobre todo de su ánimo igual y espíritu recto; así, pronto le vimos desempeñándola, en todas ocasiones conforme á los dictados de su conciencia, á la equidad, á la ordenación de las leyes. No en balde, pues, se registra el nombre del Dr. Ríos en los anales del foro, de la magistratura, de toda institución útil al país, al lado de los nombres de los primeros ciudadanos de Venezuela y de la Gran Colombia.

Obrero también de la instrucción pública, el Dr. Ríos se consagró sin descanso á la enseñanza. Cargado de años, tanto como de merecimientos, veíasele asistir diariamente al Colegio de Carabobo, donde desempeñaba algunas cátedras, á explicar, con la claridad de su inteligencia y la precisión de su palabra, así la ciencia del derecho, como las ciencias filosóficas.

De vuelta á su hogar, gozaba de sumo placer en evacuar las consultas de los jóvenes que le habían sucedido en la administración de justicia; y rara vez dejaba de acertar, porque avezado á la judicatura no consultaba sino después de mucho estudiar, á fin de que sus opiniones tuviesen la autoridad del fallo mismo que iba á dictarse.

El Dr. Ríos casó en Caracas con la señorita Ignacia Fortique, perteneciente á la distinguida familia del Illmo. señor Obispo Mariano Fernández Fortique y de nuestro insigne y antiguo diplomático Dr. Alejandro Fortique. Fijáronse en Valencia los recién casados, y allí formaron una numerosa familia, cuyos miembros todos, imitadores de sus virtudes, han conservado siempre incólume el buen nombre de sus progenitores. Muéstrase de tan respetable familia lo es muy cabal el hijo Dr. José Manuel de los Ríos, médico cirujano de primer orden, hombre de gran temple y de vasto saber, escritor profundo y de energía viril, notable literato, muy entendido en artes liberales, y, lo que vale más que todo, consagrado día y noche al ejercicio de la caridad.

No debemos aquí hacer caso omiso de las dignas hijas del Dr. Ríos, las señoritas Josefina María, Concepción y Nieves, dechadas de virtudes las tres. Cónstanos á nosotros, y á todos, que las dos primeras principalmente han trabajado lustros enteros en la educación moral é intelectual del bello sexo en Carabobo, y que la semilla sembrada por ellas, en tan feliz Estado, ha germinado con vigor y lozanía, y rinde en él constantemente opimos frutos.

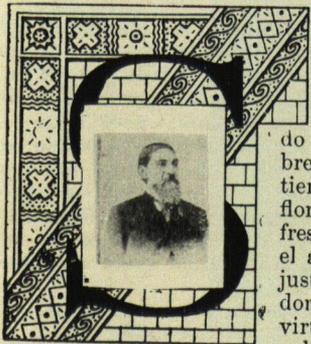
El Dr. Ríos falleció en Valencia, en medio de un duelo general, el 17 de diciembre de 1878. Al recordar tan dolorosa pérdida viene á nuestra memoria lo que refiere Mr. Thomas, en su *Ensayo sobre los elogios*, acerca de las ceremonias fúnebres que precedían en el antiguo Egipto á la apoteosis de los grandes ciudadanos. Una de las ideas—dice sustancialmente—más elevadas y más morales que se hayan ocurrido jamás al hombre, y que después no ha sido imitada por pueblo alguno, es la de aquellos terríficos juicios públicos acerca de los muertos: los que de éstos resultaban tachados de no haber observado las leyes, eran condenados á pena infamante; mientras que los que habían ajustado á ellas sus acciones, y hecho buen uso del tiempo y de la vida, eran recompensados con un elogio público, en medio de un regocijo general y de familia, y propuestos sus nombres á todos los circunstantes como ejemplos dignos de imitación y de eterno respeto.

Pasaron aquellas ceremonias, es verdad, con los antiguos egipcios; pero las edades han venido reconociendo, una tras otra, la justicia de la idea. Y ahí está la Historia, encargada de rectificar los juicios apasionados ó erróneos de los contemporáneos, y de juzgar severamente acerca de los muertos. Ella, como lo hemos insinuado, dicta sus fallos, tarde que temprano; y esos fallos nos enseñan lo que realmente debemos creer tocante á la fama póstuma de los hombres.

BICARDO OVIDIO LIMARDO

Caracas: 15 de Julio de 1896.

DON LORENZO A. MENDOZA



obre la tumba recien abierta de este distinguido ciudadano, y cuando apenas le cubre un montón de tierra tapizado de flores todavía frescas, que colocó el amor filial, es justo y consolador tributar á sus virtudes aquel aplauso que está en boca de todos y que la justicia exige que perdure escrito para que no se pierda como un eco en las ondas del aire.

Hoy vive de él solamente su recuerdo:

bulen sus últimos pensamientos como expresados con su misma palabra: su voluntad es precepto, sus acciones ejemplo; pero corren los días, bajan á la tumba también sus deudos y contemporáneos, y las nuevas generaciones, atentas á otros horizontes y dominadas por otros ideales, dejan en la penumbra de la memoria las personalidades que honraron el pasado con virtudes pacíficas, aunque para ejercerlas

tad, en hogar bendecido por las virtudes domésticas, consagrado por los sacrificios hechos en el altar de la democracia y con ejemplos que tomó su ilustre padre de Foción y Cincinato. Para imaginarse qué raras prendas transfunde al corazón de la niñez el ambiente del patriotismo, bajo el paterno techo, es preciso dirigir una mirada retrospectiva á aquellos días de la Gran Colombia y observar la conducta de los actores de esta sublime obra y la de sus descendientes inmediatos. Esa mirada cae de lleno sobre los guerreros y Magistrados, y con asombro hallamos en unos y otros la severidad de principios, el respeto á las leyes, el civismo digno de los mejores días de Atenas, y el entusiasmo siempre creciente por todas aquellas prácticas que engrandecen las Repúblicas.

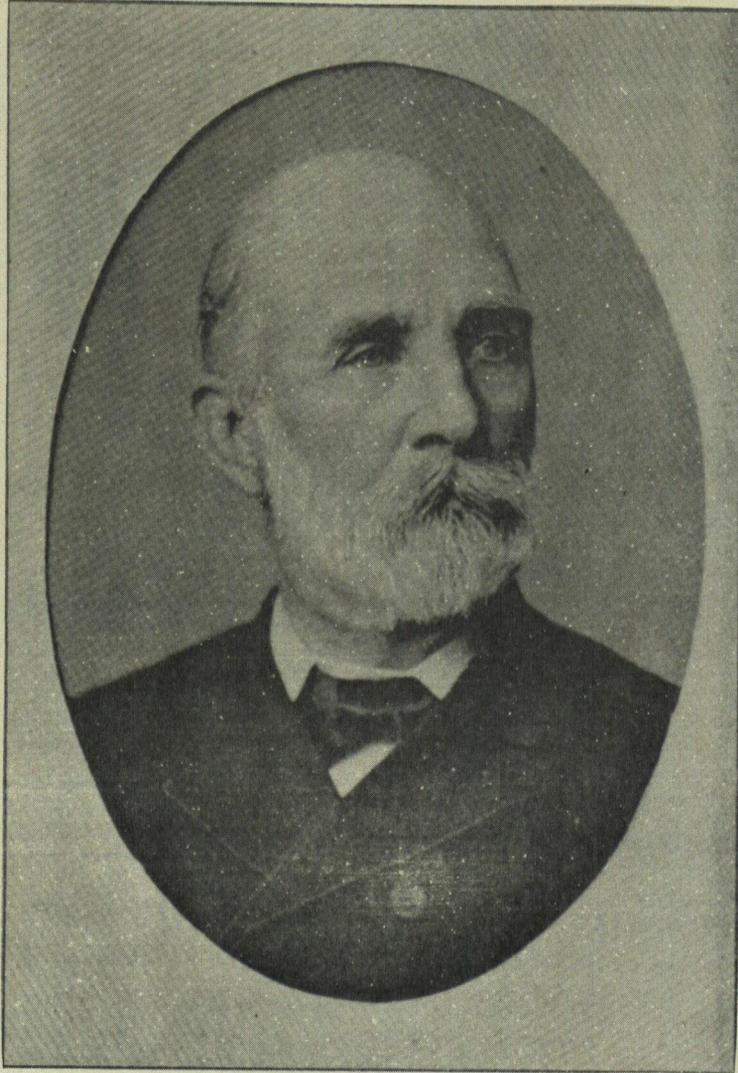
Lorenzo Mendoza ofrece relevante ejemplo de esta verdad. Nacido en medio de los combates, luchó con valor por el triunfo de sus convicciones: pobre, amó el trabajo y quiso vivir de él; rico, multiplicó sus afanes para ser útil á sus semejantes sin disminuir el bien penosamente adquirido; Magistrado en días conflictivos, ornó la justicia con las flores de la equidad anteponiendo la benevolencia á los rigores; ciudadano, protestó siempre en nombre del derecho popular; comerciante, manejó sus negocios con probidad que se hizo proverbial; hijo, rindió tributo de honor al nombre de sus progenitores; y padre de familia, llevaba el corazón en la mano palpitando al impulso del más acendrado cariño.

Permitió el Cielo que recorriese Don Lorenzo más de tres cuartos de siglo, y no se rindió al peso de los años, sino á una de esas enfermedades que inventó la naturaleza para dar muerte á los gigantes. Sus costumbres y método, si se exceptúa la apresurada actividad á que estaba habituado, prometían una longevidad indefinida; pero el decreto fatal se cum-

plió antes de todas las previsiones humanas.

Dotado de espíritu progresista, contribuyó no poco á mantener despierto el interés público, así en lo moral como en lo material, hacia aquellas obras que en su esencia llevan el beneficio y la esperanza. El fue uno de los miembros fundadores de la Sociedad de *Amigos del País*, que entre otros bienes produjo la creación de la Caja de ahorros, de cuya Junta Directiva formó parte por mucho tiempo. Contribuyó también á fundar la Casa de Beneficencia y la estuvo sirviendo mientras fue institución privada. Penetrado de que ningún pueblo puede existir sin Dios y de que todas las virtudes son frágiles, si no emanan de la conciencia, prestó su apoyo á las tentativas que en este sentido se han hecho y de las cuales comienza á recogerse opimo fruto.

Si fuéramos á contar los actos de desin-



SEÑOR LORENZO A. MENDOZA

han alcanzado la meta de la abnegación y el sacrificio.

No así los héroes de la guerra que como defensores de la patria enriquecen los anales, arrostran todos los peligros, aniquilan y levantan pueblos, dominan la naturaleza y se hacen superiores á los acontecimientos. Esos conquistan un vasto campo donde su nombre está escrito en cada árbol, en cada piedra, y donde el viento mismo lo va repitiendo. Esos forman la leyenda heroica y se imponen á la posteridad por la magia de la poesía y de la tradición.

Nuestro héroe pertenece á la pacífica falange del misionero inerte ante la fuerza, resignado, atento sólo á la esperanza de infundir la fe en el bien, el amor á Dios y en él á nuestros semejantes. Esos mueren en el silencio, y sus virtudes no tienen cabida en la epopeya de la gloria.

¿Quién era Don Lorenzo Mendoza? Nació cuando resonaban los ecos de la liber-

terés, abnegación y rectitud de que dio repetidas muestras este hombre raro en su época, pintaríamos un sér extraordinario, digno de la estatuaria; y no es ese nuestro objeto. Creeríase que levantamos una figura ideal con fines egoístas, ó que excitados por personales sentimientos cedemos al amor los derechos de la justicia. Queden esos rasgos sublimes guardados en los pechos, y aliméntese con ellos la tradición popular. No será por eso menos glorioso el nombre de este ciudadano que llevó la virtud al heroísmo.

Por una ley natural y lógica, don Lorenzo A. Mendoza empleó en los destinos públicos los principios que le inspiraron en la vida privada. La historia de la política establece como axioma que el honor personal, el respeto á la sociedad y el reconocimiento del derecho ajeno, son prendas que deben existir en el individuo con anterioridad á su elección para el servicio público. A los ojos del Gobierno, así como á los del pueblo, tales antecedentes son garantía de honorabilidad y de éxito. Es verdad que en momentos de exaltación y de peligro, la justicia impotente cubre su faz y rinde parias á la suprema ley de la seguridad social. Pero en semejantes casos queda al ciudadano recto y pundonoroso el recurso de retirarse dejando á salvo su reputación y libre de remordimientos su conciencia. Así hizo Mendoza. No ambicionó ninguno de los altos puéstopos que se le confiaron, ni los aceptó sino con la esperanza de propender al bien; y al convencerse de que no podía lograr sus generosos propósitos, daba por terminada su misión y volvía gozoso á su vida de afanos y de trabajo. Nadie pronunció entonces una palabra desdolorosa contra él; antes bien le houraron muchos de sus contrarios políticos con frases justicieras de aplauso.

Como Gobernador de Caracas, no obstante que el Gobierno estaba combatido por una guerra sin tregua, Mendoza otorgó al pueblo todas aquellas garantías compatibles con la seguridad pública; como Ministro de Crédito Público cumplió los compromisos contraídos y mantuvo el valor de los títulos con esfuerzos y recursos financieros hasta entonces no empleados; y como Administrador de la Aduana de La Guaira, resuenan todavía los aplausos que los comisionados para recibir los documentos y existencia en caja de aquella oficina tributaron al buen orden, pulcritud y acuciosidad con que fueron manejados los intereses de aquel laborioso é importante destino.

Quiera el Cielo que hayamos acertado en la conmemoración de esta hermosa vida para honor de su nombre, de su familia y de la sociedad en que vivió. La pérdida de un padre de familia ejemplar, recto ciudadano y hombre hábil para la dirección de los destinos de un pueblo, será siempre un acontecimiento lamentable. Esperemos que el recuerdo de sus virtudes sea dechado de buen proceder para los espíritus que buscan el bien.

LEÓN LAMEDA

EN TI

Humo la gloria; la riqueza vana;
Efímero el poder tan tentador!
Y vil comparas en la comedia humana
Es el amor!

Bella palabra la amistad mentida;
El llanto es risa; y el reír llorar!
Todo es engaño en la arrastrada vida!
A qué luchar?

La duda sólo, soberana impera.
Sarcástica, burlona se alza en mí.....
Pues pésele á la duda y á quien quierla:
Creo en tí!

JOSÉ BALSÁ.

LA GENTE DECENTE



QUIESERA encontrar un ingeniero que trazara la línea que separa la gente decente de la otra gente, que debe ser la indecente, aunque nadie se ha atrevido á calificarla tan duramente.

Se pensará, á juzgar por las convenciones sociales, que la decencia consiste en el capital, y que

podría fijarse la línea divisoria así.

—Decentes son los que poseen de tal suma para arriba.—Indecentes los que poseen menos de esa suma.

Pero sucede, no pocas veces, que algunos millonarios son considerados como los hombres más indecentes del mundo, y que muchos hombres sin riqueza, son calificados de muy decentes.

Luégo la riqueza no constituye la decencia.

Por otra parte, se observa que los ricos ponen grande empeño en ocultar lo que tienen, y que los pobres se esfuerzan en aparentar que son ricos, de donde resulta que la calificación sería inexacta.

Se creerá que la decencia consiste en el comportamiento? Pues tampoco es así.

He conocido una multitud de bribones á quienes la gente que se llama decente, ha mantenido en la primera categoría social; y he conocido y conozco á muchas personas, verdaderamente honorables por sus virtudes, á quienes se mira con desprecio á causa de su humildad.

Vayan algunos casos prácticos.

Llega á tu puerta un señor que trae sombrero de copa alta, paraguas con puño de metal dorado, leontina gruesa, cuello limpio y ropa nueva.

No lo habías visto nunca, pero no tienes la menor duda de que es un hombre decente; cómo no? si tiene levita y sombrero de copa?

Ordenas que abran la sala, y lo inviten á pasar adelante.

Entre tanto, arreglas tu vestido para recibirlo dignamente.

—Qué trae?—viene á proponerte la venta de unos papeles dudosos; en fin, una operación oscura que, por el momento, no te conviene.

El caballero se despide cortesmente y lo acompaña hasta la puerta.

A la tarde observa una de tus niñas que falta un medallón de plata entre los adornos de la mesa, y te dice:

—Aquí no ha entrado más que aquel señor de esta mañana.

—Niña! eso no se dice! aquel era un hombre decente.

La pobre niña sale avergonzada, y murmurando entre dientes:

—Pero se llevó el medallón.....

Otro día llega un artesano á quien has llamado para hacer una reparación; trae un serrucho en la derecha, un escoplo y un martillo en la izquierda. No se ha puesto su paltó porque vive cerca.

La misma niña sale á recibirlo.

—¿Quién es?
—Gente de paz.—Don Rómulo se halla en casa?

—Déjeme ver—dice la niña; ella sabe que estás allí, pero tú has prohibido asegurarlo, mientras no se sepa quién te solicita, y va á tu escritorio á preguntarte si estás en casa.

—Quién me solicita—preguntas tú asustado, porque, desde que eres rico, le tienes miedo á todo el que te busca.

—Un hombre—dice la niña.

—Qué clase de hombre? Es persona decente?

—No, señor; es un hombre así.....

—¿Qué vestido trae?

—Ninguno; viene en mangas de camisa, con unos hierros en la mano.

—Ah! ya se quién es; dile que espere.

Claro está, como no traía leontina, ni levita, ni paraguas lujoso, sino unos hierros en la mano; comprendiste que no era petardista ni traficante en papeles falsificados, sino un hombre sencillo y laborioso, y lo dejaste plantado en el corredor, porque era un hombre así.....y no un hombre decente, capaz de llevarse un medallón!

Lees en *El Pregonero* que se hallan detenidos en la Policía, el hijo de don Pantaleón, rico propietario y condecorado por varios gobiernos, por haber negado su firma y falsificado otras; y el hijo de doña Dorothea, de no se cuantos quilates, porque corrió un temporal de champaña, en una casa de mujeres alegres, y apaleó á una de ellas, etc., etc.

Al punto exclamas:—Como está la sociedad! Dos caballeros dando tales escándalos! No parecen cosas de personas decentes!

—Irrisión!—digo yo—insistes en llamarlos decentes, después que ellos mismos han roto sus títulos!

En cambio sabes, por el mismo periódico, que el maestro Pedro, aquel pobre albañil de media cuchara, que no sabe hacer capitolios, ni teatros, ni mauferías, pero sí levantar una familia en la fe del Cristo y de la honra, tiene un hijo de grandes aptitudes, que ha obtenido los primeros premios por su aplicación, y que últimamente ha merecido en la Universidad la medalla de honor, por su ingenio y comportamiento, y exclamas suspirando:

—¡Lástima de muchacho que tenga tantos méritos! Debería ser una persona decente! Merecía tener sangre de príncipes!

Sarcasmo irritante! Cuántas veces podrá decirse:—Lástima de príncipe! Merecía ser hijo de un verdugo!

Misericordia de la vida! Yo no pretendo modificar la humanidad, pero sí quiero patentizar sus preocupaciones.

La sociedad, injusta, no clasifica á sus miembros por el valor intrínseco, sino por una medida arbitraria, creada por el interés ó las circunstancias, por nuestra soberbia ó nuestra villanía; pero Dios,—el Dios de la eterna justicia,—ha puesto en nuestra conciencia una balanza infalible para justipreciar á los hombres por sus acciones, y si, forzados por las circunstancias, tributamos homenajes al hombre indigno, del fondo del alma brota el anatema para condenarlo.

Podemos desdefiar, por necio orgullo, al hombre virtuoso y honorable, pero, en nuestro interior, lo aplaudimos y respetamos, al mismo tiempo que nos sonrojamos de nuestra propia injusticia.



LA VIRGEN AUXILIADORA QUE SE VENERA EN LA CAPILLA DE LOS TALLERES SALESIANOS — Sarríá — Barcelona — España

CHANZAS Y VERDADES

FLAQUEZA HUMANA

[ANÉCDOTA]



osa que no he podido averiguar con certeza es la época en que ocurrió el caso que me propongo narrar hoy á mis habituales lectores; pero tengo más de una razón para creer que

debió de ser allí en los comienzos de este siglo, por ser de entonces que datan muchas de las tradicionales travesuras estudiantiles de los alumnos del Seminario Tridentino de Caracas, extinguido por Guzmán Blanco en 1873, y por ser colegial de aquellos tiempos el anciano de cuyos labios escuché, hace algunos años, la relación que trataré de reproducir con toda la fidelidad que me permita la memoria.

Era, en la época de que hablo, alumno ya ordenado *in saceris* del Seminario Conciliar, un individuo que designaré con el nombre de Romero, y á quien, acaso por hallarle semejanza con cierto cuadrúpedo rumiante, habían bautizado sus compañeros de colegio con el apodo de *el Chivo*.

No se le daba otro nombre en el Seminario, ni él llevaba á mal aquella sustitución por la cual se había llegado casi á olvidar su nombre de familia.

Muy piadoso era Romero; y su piedad, ejemplar en el colegio, se revelaba en todos y cada uno de sus actos, hasta en la humildad y mansedumbre con que aceptaba el sobrenombre con el cual no se hubiera conformado ninguno de sus compañeros, de los cuales, el más paciente, hubiera dado alguna vez muestras de disgusto, como no dejaba de ocurrir en los demás casos en que se practicaba la costumbre inveterada de los colegiales de llamarse por apodos.

Poseía Romero voz robusta y leía con aquel énfasis edificante que pone en la lectura piadosa quien se siente dominado por verdadera devoción; y debióse á esta circunstancia el que se le escogiese en cierta ocasión para leer las meditaciones de los ejercicios de San Ignacio de Loyola que anualmente se hacían en el Seminario Conciliar.

Muchos de mis lectores no sabrán en qué consistían aquellos ejercicios y de ello voy á informarles de paso, porque así lo requiere la cabal inteligencia de esta anécdota verídica.

Desde que se entraba en los ejercicios de San Ignacio eran de rigor el silencio y la obscuridad, como indispensables al recogimiento que debía reinar en la Comunidad para el mayor fruto de aquellos días de imponente penitencia. Así, todo asueto, toda broma, toda conversación cesaba: sólo eran permitidas las palabras imprescindibles. Todo el tiempo se consagraba á orar y meditar, ya en comunidad, ya aisladamente en los cuartos cerrados y oscuros. El ayuno, la vigilia, la meditación constante y el encierro, imprimían su huella en los semblantes que aparecían demacrados, é inflaban de tal modo en los caracteres, que el buen humor desaparecía hasta en aquellos

que le tenían por condición natural del espíritu. De consiguiente, los apodos se olvidaban: nadie echaba de ver entonces semejanzas de personas con cuadrúpedos rumiantes. Romero volvía á llamarse Romero mientras duraban los ejercicios de San Ignacio de Loyola. Así lo requería, por otra parte, el profundísimo respeto que imponía la solemne penitencia.

Los ejercicios nocturnos, singularmente, que hacía la comunidad en la Capilla, eran imponentes por su lúgubre aparato. La obscuridad era casi completa: dos velas colocadas á los lados del altar y ocultadas por negras pantallas; la lamparilla del Santísimo convenientemente puesta en sitio de donde no pudiese enviar á las téticas sombras de la nave ni uno solo de sus rayos debilísimos; y la linterna sorda del lector, en la página de cuyo libro solamente caía el haz pobrísimo de rayos luminosos, era cuanto recordaba á los congregados en el santuario que aún no les rodeaban apocalípticas tinieblas.

Sobrecogían, por extremo, la densa obscuridad y el profundo silencio, turbado este apenas de tarde en tarde por alguna ahogada tos ó por el apagado suspiro de algún pecho atribulado en presencia del destino de ultratumba, del fallo irrevocable de la Justicia eterna!

Era una de esas noches y el momento más solemne. En aquel espacio, preñado de sombras cobijadoras de visiones terrificas, mudo, pavorosamente mudo, como si hubiese cesado de improviso la vida universal, la voz plañidera del lector se alzaba con énfasis sombrío, vibrante, como la trompeta del juicio, para dejar oír después de largos intervalos frases cortas, terribles por su alcance metafísico y que herían las conciencias como dardos que lanza la verdad y van á clavarse certeros en los puntos de la duda.

Romero leía ante un auditorio conmovido. El también lo estaba en grado sumo, hasta el punto de temblar su voz á veces, como si fuese ya á apagarse entre sollozos.

Se meditaba sobre el origen y el fin del hombre. Se acababa de considerar un punto á cuya contemplación había creído conveniente el lector dejar largos minutos, necesarios también para que los ánimos se preparasen, y el punto siguiente llegase á impresionar el pensamiento justamente cuando este debía de abismarse en la nada de donde hemos surgido por obra de la Voluntad Omnipotente.

Y acació que en el instante escogido con admirable tino por Romero, rompió la voz de éste el silencio que era augusto, y altitonante hendió el espacio donde espiró la última sílaba, como lejano lamento que en medio de la noche nos despierta al extinguirse.

La voz del lector había dejado oír una pregunta de las dos de que constaba el punto que iba á meditarse. Pregunta que se ofrecía al pensamiento como un océano, para que en éste se engolfase, se dejase arrastrar por un oleaje de disquisiciones metafísicas, hasta que la pregunta siguiente le sacase de allí para sumergirle en piélagos opuestos pero idénticos, y en donde, como en el primero, sólo se hallaría brindando salvación la tabla bendecida de la fe.

—“¿QUÉ ERA YO CIENTOS AÑOS HA?...”

—“CHIVO!” dijo una voz que partió no se sabe de dónde, aguda, breve, y como un estornudo que termina en risa.

El efecto producido puede figurárselo el lector. Sorpresa primero; después indignación por la incalificable falta de respeto, de caridad y devoción; conato al punto reprimido de hilaridad por último, y que se explica por nuestra flaqueza natural.

Pero todo esto duró sólo unos segundos, al cabo de los cuales y merced al poderoso

esfuerzo que hicieron todos los circunstantes por recobrar la anterior disposición de espíritu, los ánimos volvieron al estado en que se hallaban antes de ocurrir el incidente.

Los ojos irritados del Rector del Seminario habían sondeado las tinieblas por ver de descubrir al culpable en el punto de donde había partido la voz; pero todo en vano: las sombras fueron cómplices del tunante y le ocultaron.

El espacio de silencio entre aquella pregunta y la que debía seguirle fue mucho mayor de lo que el caso requería, pues hubo Romero de hacer interior acto de humildad ante el Señor, primero, y luego dar tiempo á que se olvidase por completo lo ocurrido, á que la mente se encauzase de nuevo en la meditación, como si de ella nada la hubiese desviado hasta entonces.

Signo fueron para el lector el silencio imponente y los ahogados suspiros, de que de nuevo poseía al auditorio el espíritu de edificación con que debería recibirse la segunda pregunta que, con la misma entonación tonante al comenzar y gemebunda luego, fue formulada, por Romero en estos términos:

—“¿QUÉ SERÉ DE AQUÍ Á CIENTOS AÑOS?...”

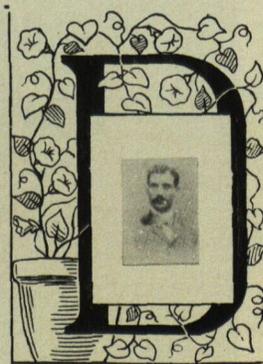
—“CHIVATO!” contestó el de antes, promoviendo una explosión de hilaridad que puso fin al ejercicio.

Las sombras de la Capilla guardaron el secreto del donoso autor de la ocurrencia.

EUGENIO MENDEZ Y MENDOZA.

LLUEVE

Á ANDRÉS A. MATA



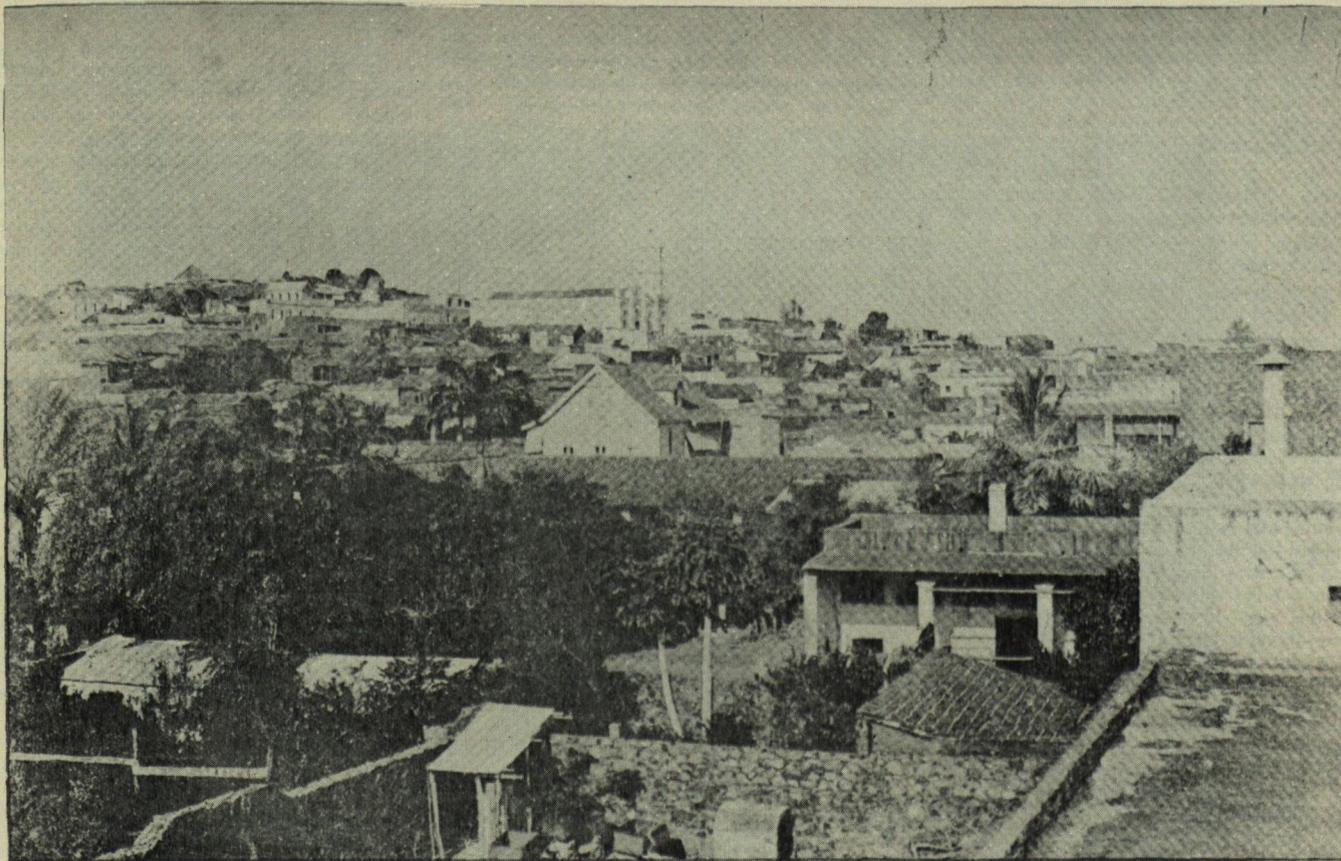
EL cielo sombríamente blanquizado se desprende la tormenta: silban como si ahullaran las ráfagas, esos raudos emisarios del huracán: una gran tristeza llena con la sombra de la noche el espacio, y al incesante golpeteo de la lluvia que hiera cual granizada inextinguible

los cristales, se vienen á los labios los versos de la piedad, los versos solemnes de nocturno de Zenea:

¡Ay de aquellos que viajan por los montes!
¡Ay de aquellos que van sobre los mares!

Sentí que la tristeza de afuera me invadía é instintivamente tomé un libro, lo abrí al azar y leí la oda XXVIII de Leopardi, que á sí mismo se dirige el poeta. “Exhausto está el deseo. Por siempre reposa, oh corazón! Palpitaste azás! No vale cosa alguna los latidos tuyos, ni de tus suspiros es digna la tierra... fango es el mundo... No otro dón le concedió al hombre la suerte sino el morir. De hoy más á tí mismo te desprecia y desprecia la natura, el brutal poder que, ascoso, para común daño impera, y la infinita vanidad del todo.”

Leí y cerré el tomo, poseído de profunda compasión por la desgracia del hombre que había escrito esas líneas dictadas, dijérase, por el mal humor de Felipe II. Nunca me había parecido Leopardi menos humano y, recordando su juventud, comprendí que en efecto el pesimismo es un residuo de ortodoxia, si no su propia quintesencia.



CIUDAD BOLÍVAR. — VISTA TOMADA POR EL ORIENTE

*

Una de las condiciones del verdadero poeta es conservar hasta el fin la generosa juventud del corazón, á pesar de la experiencia y del desengaño. El viejo Dante siguiendo hasta el cielo la visión de Beatriz, "*l'amor che muove il sole e l'altre stelle*"; el viejo Goethe rematando la segunda parte del Fausto con la no superada apoteosis del "eterno femenino", y el viejo Hugo, enamorado de la libertad, cantando el "arte de ser abuelo" y el final maravilloso de la Leyenda de los Siglos.

Amor, gloria, libertad, todo cuanto es bello, todo cuanto es grande, eso cantan los poetas bañada la frente en los tibios rayos del sol de la mañana, hollando la arena dorada de la playa, llenos de ingenua admiración frente al mar que desarrolla perezosamente ante sus ojos la onda rugosa y la prometidora lejanía. Se embarcan, navegan, naufragan y, vueltos los ojos á do se extiende la ribera, gimiendo ó maldiciendo, cantan bajo la sarza misma del desengaño la mentira del amor, la mentira de la gloria, la mentira de la libertad. Y luego, de sobre la tabla salvadora, ó desde la roca de la costa, magullados y heridos, chorreándoles agua los vestidos y sangre las carnes, entonan con robustísimo acento el himno supremo de la fe, el *credo quia absurdum* al amor, á la libertad, á la gloria.

Oh los poetas! Rehacios á la realidad que es el presente, en tanto que ellos son el porvenir; esponjas que el dolor repleta y ensangrienta; ciegos y videntes; libertinos y ángeles; hombres que, á lo que el crítico dijo, son al propio tiempo mujeres; enfermos con esa enfermedad del molusco, que cría perlas.

*

¿A qué maldecir del "poder que para común daño impera" ó "proclamar la in-

finita vanidad del todo," si en realidad ese poder, esa vanidad no son tales sino para los miopes, para los que apegados al suelo son incapaces de batir las alas como el poeta, divisar desde lo alto del espacio el perfil de la costa salvadora y gritando ¡Tierra! devolver la esperanza á los de abajo?

¡Infortunio! Sí lo hay. Reclamante golpea la lluvia mi ventana y desde ella veo infelices que sin techo ni abrigo, azotados por la inclemencia vagan por las calles de la ciudad; desgraciados como los que inspiraron á Díaz Mirón las terribles estrofas de los Parias. ¡Ay de ellos, digo con Zenea, y de su universal desdicha! Anillo de hierro encendido que los estrecha y los aprieta y los destroza sin piedad, es para ellos la existencia. El dolerse de su miseria es tenido por sensiblería importuna: el afán de redimirlos por vano afán. Ellos son la masa viva alcanzada ó ametrallada al pie de los reductos: ellos la multitud que aclama frenética é imbecil cada nuevo tirano: para ellos es el sol estival que dora la espiga y les quema los pulmones; para ellos la galería que se hunde sobre la veta de oro en las entrañas de la tierra; el grison que se incendia en los yacimientos de carbón; el empuinado andamio que se derrumba; el infierno del horno de la caldera en los palacios que cruzan flotando el océano y en los que atraviesan rodando los continentes; de otros es la sal de la vida. Para ellos la espada de Breno, la inválida vejez á la intemperie, el brazo ponderoso y cruel de la justicia y, á veces, por misteriosas compasiones del destino, la muerte rápida, cuasi súbita y temprana. ¡Amados son de los dioses los míseros que mueren con la última sonrisa de sus labios de adolescentes!

Rija quien rija, según el credo de ellos, en los cielos, Jehová, Júpiter ó Allah; rija quien rija en la tierra, Tiberio ó Marco Aurelio; sea cual sea el siglo de su historia ó la latitud que se elija, desde la más remota

dinastía del Oriente hasta la más cristiana república de Occidente, la suerte de ellos parece ser lo único inmutable que existe en el mundo, en donde todo es mudable y pasajero. Pasan Cristo y Espartaco y ellos quedan. Pasa la onda roja de la revolución arrastrando consigo tronos y regímenes y viene el fallido reino de la burguesía, pero ellos quedan; pasará la onda purpúrea de la revolución social volcando instituciones, pero ellos quedarán. . . y, sin embargo, el poeta absorto ante esa implacable desventura, lejos de proferir la desesperada maldición del vencido, mide cuanta mudanza hay desde los siervos que construyeron las pirámides, hasta la blusa del diputado Thivrier; exalta la obra del Derecho, y arrebatado por la fe prorrumpe, para consuelo de los míseros, en sonoro canto á los tres grandes redentores de todo humano infortunio: el amor, la gloria, la libertad, y los ecos de su gran voz van como rocío de bendición y de esperanza á refrescar los corazones de la incontable muchedumbre.

El poeta que desespera y se rinde, olvida su misión, es un desertor. Su obra la consumirá el olvido. La desesperación es atributo de la impotencia, que es engendradora de rencores y fatalmente envidiosa. Desesperan los déspotas, tristes de la libertad ajena, los avaros, los incurables del cuerpo ó del espíritu, los que una barrera ó un abismo detiene en su desalada carrera al ideal y la ambición. El poeta nunca.

*

Me viene á la memoria una respuesta de Paolo, el de la sonrisa volteriana y la mirada poderosa, llena de luz; hijo humilde del campanero Eustaquio, pero gran señor de la lira que pasó inundando los aires en la música de sus cantos, mientras la multitud agolpada á su paso se preguntaba al verle del color de Plácido y de Lozano, si á aque-

EL OLVIDADO

lla musa que no latía dentro de una cabeza caucásica debían batirsele palmas y entretegersele guirnaldas triunfales. Más de una vez tuvo razón para desesparar ese desgraciado poeta que en el carro de fuego de su inspiración paseó, triunfador, coronado de mirtos y abrojos, por entre la miedosa y estulta ovación del silencio.

Y bien. Un día que Paolo, entre risueño y triste, contemplaba como se refa su único par de zapatos, le preguntó un posma:

—Dame, Paolo, un tema generoso, del que se puedan decir cosas nuevas.

Y el poeta, sin vacilar, le contestó:

—El amor!

El amor, sí; sólo que ese es el canto de los ruiseñores y muy otra la canción del buho.

*

¡La infinita vanidad del todo! Yo no creo que esa ocurrencia salomónica sea la síntesis de la sabiduría.

Tres días hace rindióme el sueño contemplando desde la ventanilla de un tren la masa negra de los Alpes y el rielar de la luna en las oscuras aguas del Lago Mayor. A la mañana, poco después de las cuatro, desperté y un vago resplandor hirió mis ojos. Entonces, á través del vidrio, pude ver por todas partes extraños montes erizados de enormes rocas suspensas casi sobre el abismo; en sus vertientes, como en los volcanes el negro rastro de las lavas, blancos torrentes helados; en sus cimas la alba cabellera de las nieves perpetuas; y producían aquel vago resplandor las primeras claridades de la mañana poderosamente reflejadas por el espejo de los ventisqueros anidados en las fragosas lomas de los gigantes de piedra. Estaba en Suiza y en el camino que Guillermo Tell le indicó al regio parricida para que fuese á implorar á Roma su perdón. Sorprendido ante el severo y abrupto panorama, su grandeza misma trajo á mi mente la conciencia de mi soledad. Apoderóse de mí la buena tristeza de la nostalgia del sér amado, y, cuando momentos más tarde, el tren desapareció en las entrañas del San Gotardo, pensando yo en

“la amada del alma y por siempre,”

también había amanecido ya en mi espíritu, y sentía que un día volvería á caer sobre mí frente la consagración del beso de sus labios

Y yo pregunto si esa hora de ensueño, si la felicidad de ese instante que ya nadie puede arrebararme, si ese éxtasis de amor y de esperanza son una “infinita vanidad” ó un hecho consumado y la más bella é inapreciable de las realidades

*

Sofiar es vivir, dijo Musset, y la función augusta del poeta es hacernos soñar por la fe y el consuelo y la esperanza. El es la palpable claridad del alba que hace olvidar la aspereza de la cuesta, la furia de la avalancha, y nos abre desconocidos refugios en horizontes interiores. Por eso cuando en esta noche de tormenta vine á demandar al poeta taciturno una copa de ese vino que ellos escancian á la sombra del laurel, sentí la ponzoña de su misantropía sabia y comprendí que de su obra sólo ha de vivir aquella en que sobre la tumba de los héroes erige él aras, y golpeando con su lira, como los viejos Druidas, el lecho en que yacía la Italia aletargada, quiere que se incorpore, apreste las armas y

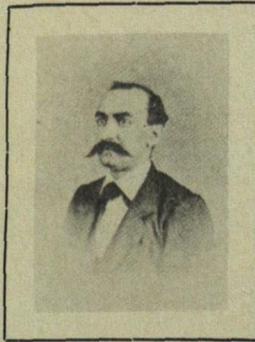
Parea ch'a danza e non a morte endasse.

No importa! Aun así en ruinas, cual conviene á quien padeció tan trabajada vida, es bello y grande el monumento de la gloria de Leopardi.

Bruselas: 1896.

CÉSAR ZUMETA.

Desde que la mano levantaba el pesado cortinón de alfombra, reforzado con tiras de cuero, quedaban los ojos deslumbrados. La iglesia estaba hecha un ascua de oro. Las capillas laterales despedían resplandores amarillentos que, como grandes bocanadas de



claridad, se confundían en el centro de la nave: de los arcos pendía multitud de arañas con flecos, colgajos y prismas de cristal tallado, en cuyas facetas irisadas se multiplicaba hasta lo infinito el tembleteo de las luces: y, al fondo, el retablo del altar mayor semejaba un monumento de oro adivinado tras la pirámide de llamas formada por cirios y velas, cuyos pábilos chisporroteaban, esmaltando de puntos rojos las espirales del incienso que flotaba en la atmósfera calurosa y pesada.

Casi no se distinguían imágenes, confesonarios, puertas, pinturas, ni tapices; los bultos y las líneas, perdidos la forma y el contorno, estaban ofuscados por un fulgor que, á pesar de su intensidad, recordaba la palidez enfermiza y triste de la cera. Las lámparas de aceite, repartidas á distancias y alturas desiguales, brillaban con claridad vercosa; y sobre la alta cornisa, de donde arrancaba la bóveda, había una línea de ventanas cegadas con cortinas en que los rayos del sol se detenían, iluminando los bordes de la tela y resbalando luégo, amortiguados y débiles, por las molduras polvorientas.

A los lados, en las entradas de las capillas, estaban los hombres, en pie la mayor parte, algunos arrodillados, todos cansados, formando grupos donde resaltaban los cráneos relucientes, las cabezas canas y los rostros encendidos del calor.

Las mujeres llenaban todo el centro de la nave: había tantas que estaban apiñadas, molestas, dejando oír continuamente el chocar de las sillas, el crujido de las sedas y el aleteo de los abanicos. No iban vestidas de trapillo, como salen á las primeras misas, sino lujosamente ataviadas, cual si para ir á la casa de Dios les hubiesen servido la vanidad y la tentación de doncellas consejeras. Su gracia y su hermosura, realzadas por la gravedad de los semblantes; la coquetería de sus movimientos al volver las hojas de los libros llenos de cifras y blasones; el modo de liarse á la muñeca los rosarios que parecían joyas; el inclinar la cabeza sobre el pecho anheloso, mirándose de reajo los pliegues de la falda; alguna tosecilla rebelde, rastro de los escotes del invierno, y alguna sonrisa cautelosa dirigida hacia las laterales de la nave, todo delataba una devoción superficial, elegante, frívola y mezquina; piedad exenta de grandeza, manchada de reminiscencias mundanales.

Sus espíritus parecían vagamente abismados en la contemplación no lograda de algo que incompletamente deseaban, mostrando quietud sin recogimiento y misticismo sin poesía.

Sus cuerpos eran figuras de enadros modernísimos. Tenían en los trajes dibujos primorosos; combinaciones de colores extraños perfectamente armonizados; cintas de tornasoles inverosímiles; flores tan bien contrahechas, que parecían recién cogidas entre rocío húmedo, y plumas tan leves como los filamentos vaporosos del incienso que flotaba en el aire.

La esbeltez de los talles, la exuberancia de los bustos, todos sus encantos y atractivos, esta-

ban realizados, favorecidos, expuestos, y como ofreciéndose con la premeditación de un arte seductor y diabólico.

Las ropas les cubrían el cuerpo, pero cifñendolo, plegándose amorosamente, ondulando hasta modelar la forma como lienzos húmedos; dejando las bellezas á un tiempo tapadas y desnudas, vestidas y deshonestas, convirtiéndose el paño que oculta en gasa que revela y la gracia que atrae en sensualidad que enerva. Sus caras, alteradas por el disimulo y la coquetería, eran rostros de esfinge, espejos de almas insondables. Aquellas mujeres, nacidas en las cumbres sociales, y mimadas por la fortuna, erañ la obra perfecta de la Naturaleza, embellecida por las fuerzas de la civilización. Lo que sobre sí llevaban era la cifra y compendio del trabajo humano: todas las ciencias, todas las industrias convergían á buscar maravillas ó realizar prodigios para ellas. Allí estaban todos los tipos de la belleza femenina, todas las variedades de la hermosura, y de entre las largas filas de cabezas se desprendían emanaciones turbadoras: olor á lilas blancas que hace traidora la pureza, clavel rojo que huele á clavo, heno fresco que trae á los sentidos laxitud de amores campestres, y aromas intensos del Extremo Oriente, quitaesenciados por las artes viciosas de la vieja Europa. La dulzura de las miradas, el ligero palpitir de los labios estremecidos por el rezo, no eran bastante á disipar la fascinación que con su hermosura despertaban.

Cuando se movían arreglando los reclinatorios y las sillas, el sagrado recinto parecía estremecerse como santo mordido por la tentación, y el crujir de las sedas imitaba rumor de viento entre hojarasca caída y seca.

Las luces brillaban intensamente; la atmósfera cargada, casi opaca, iba tomando junto á las llamas cambiantes opalinos. El formidable trompeteo del órgano, á veces dominado por las notas altas del canto, se desparamaba por el aire en oleadas de armonía, y cuando cesaban se oía monótono y constante el sonido casi cristalino, pertinaz y agudo, de una moneda de oro golpeada contra una bandeja de plata. Entre el fulgor amarillento de las luces y el sonido de aquella moneda, el templo parecía dominado por algo terrenal y profano, mientras arriba, en lo alto de la cornisa, á cada instante penetraba con más dificultad la luz del sol.

En el crucero de la nave había un ventanal gótico guarnecido de vidrios de colores, industria moderna que reproducía con fidelidad pasmosa una composición antigua, donde estaba pintada, como en un transparente mágico, el sublime episodio de que hablan los Evangelios cuando refieren cómo Jesús echó á los mercaderes del templo.

Era el fondo un edificio soberbio hecho con mármoles y jaspes, é invadido por muchedumbre de gentes abigarradas vestidas lujosamente á usanza hebrea. Los cambistas y negociantes estaban sentados ante las mesillas cargadas de dinero; otros vendían copas de metales preciosos; por el suelo había cestas de panes, jaulas de palomas, y en el centro resaltaba la figura de Jesús divina é imponente, vestido con túnica tan blanca como la luz misma, echando de allí á los que profanaban la casa del Señor. Y en el friso del ventanal se leían estas palabras del evangelio de San Mateo, escritas con caracteres góticos:

Y les dice: Escrito está. Mi casa, casa de oración será llamada; mas vosotros cueva de ladrones la habéis hecho.

Al caer la tarde el sol poniente abarcó con sus rayos la ventana de colores iluminando de lleno la figura blanca con sus rayos horizontales; y entonces, como si milagrosamente la vivificaran los besos de aquella luz celeste, se fue desprendiendo de los vidrios, tomó cuerpo



EN CONSTANTINOPLA. — BAJO EL REINADO DE LA EMPERATRIZ EUDOXIA. — (Cuadro de F. Lafón)

en el aire semejante á una forma diáfana; impalpable, flotó en la atmósfera, y lentamente fué bajando, bajando á modo de aparición soñada, hasta tocar con sus sagrados pies el pavimento de la iglesia, por donde en luces amarillentas, lujos culpables y reflejos metálicos, parecía también desparramado el oro caído de las mesillas de los mercaderes.

Vagó un momento por entre sedas vistosas, flores contrahechas y perfumes lascivos, vio pendientes de los muros del templo los cepillos que pedían dinero, leyó en los corazones el ansia de riquezas, y ante la impureza de las concupiscencias humanas, su alma se anegó en la tristeza infinita que experimenta el sacrificio estéril y olvidado..... mientras en todo el ámbito del templo repercutía el sonido de la monedita de oro golpeada contra la bandeja de plata.

Entonces se inclinó hacia el suelo, cogió de un rincón un manojo de cuerdas olvidadas, y esgrimiéndolo á manera de látigo, castigó con justicia y sin piedad.

Nadie le veía, nadie sentía dolor, y sin embargo las cuerdas acardenalaban las carnes, rompían las galas y mostraban desnudos los cuerpos pecadores. Llenóse el aire de deseos torpes, de citas culpables, de hedor de riqueza mal ganada, de gemidos de tristes faltos de consuelo, de llantos de pobres olvidados. Viento de pavor heló los corazones. Allí fue el rechinar de dientes y el crujir de huesos de que habla la Escritura.

Hubo un momento de terror indecible, como debió de haberlo en el templo de Jerusalén, y toda aquella profusión de lujos y de poder quedó destruida y condenada, fantásticamente, en silencio, sin voces, sin gritos, sin dolor físico, sin que lo advirtieran los sentidos. No fue la destrucción en la realidad tangible de las cosas, sino en la fútil realidad de las conciencias.

.....
Siguió el órgano lanzando su formidable trompeteo, el incienso ocultando los altares, y continuó la monedita de oro golpeando la bandeja de plata.

Hecho aquel justo estrago, la figura blanca desprendida del vidrio perdió su forma corporal al trasponer la puerta, y trocada en resplandor luminoso, se hizo ingrátida, se alzó de tierra y se borró en el aire.

Aquella noche, en el templo solitario todo estaba en orden, pero en el ventanal gótico faltaba la figura blanca, y por el hueco de contorno humano que formaban los plomos sin vidrios, se veía en el cielo el parpadear misterioso de los astros.

En el pensamiento y la memoria de las gentes quedó clara y viva la impresión del milagro. ¿Fue antojo de imaginaciones turbadas? ¿Fue realidad?

Alguien dijo que le había visto en la calle socorrer á un pobre, mirar con piedad á una mujer perdida, y acariciar á un niño..... Pero nadie sabía quién era. Todos le han olvidado.

JACINTO OCTAVIO PICON.

FELIPE II Y SU SECRETARIO ANTONIO PÉREZ

(ESTUDIO HISTÓRICO)

VII

De este modo acabó el proceso de Antonio Pérez. Con él concluyeron los fueros seculares de Aragón, que Felipe II sepultó en sangre y fuego, como setenta años antes destruyó Carlos V las libertades castellanas. En lo adelante, el JUSTICIA MAYOR no será sino un figurón de la monarquía aragonesa, que pone y quita el Rey á su antojo, como elige y destituye los demás magistrados, sin más trabajo que el de escogerlos entre sus abyectos cortesanos. Todo lo enseorea el poder real, todo lo subyuga la Inquisición. Aragón ha muerto! . . .

Mientras tanto, Antonio Pérez había llegado á París y logrado entrar en relaciones con Enrique IV, á cuyo servicio se puso para hostilizar á Felipe. Dióle el monarca francés una pensión, aprovechó la inteligencia del Ministro proscrito y los secretos de Estado que poseía, y le confió importantes comisiones para la corte de la reina Isabel de Inglaterra, enemiga irreconciliable del Rey de España. En Londres cometi6 Pérez la imprudencia de publicar un libro que firmó con el seudónimo de *Rafael Peregrino*, y en que hizo revelaciones dañosas á su antiguo Soberano, cuyo odio exasperó sobre manera por ello. El Rey ordenó á sus Agentes en Londres y París que hicieran matar al vasallo traidor, y se fraguaron varios planes de asesinato contra él.

La policía inglesa pudo aprehender dos irlandeses, comprados por el conde de Fuentes para ejecutar el crimen: los asesinos fueron ajusticiados en Londres; pero no escarmentaron por eso otros encargados de efectuar el homicidio, pues á poco descubrieron en París dos emisarios enviados de España con el mismo objeto, los cuales sufrieron también el último suplicio para ver de atemorizar á los otros.

Vivía Antonio Pérez lleno de inquietudes y amarguras, temeroso de ser en cualquier momento presa de los homicidas, que contra él seguiría mandando Felipe II hasta ultimar su designio. Mucho más cuando se firmó la paz entre España y Francia, y no podía ser protegido abiertamente por la corte francesa, que antes bien sospechaba él que lo dejaría sacrificar para satisfacer al monarca español. Que este habría realizado su propósito por encima de todas las precauciones humanas, es cosa que no puede dudarse; pero enfermó gravemente después del tratado de paz, y otras hubieron de ser sus atenciones y cuidados.

Las dolencias del Rey empezaron por la reagravación de la gota que desde muchos años sufría; complicáronse luego con fiebres intermitentes, edema de las piernas y el vientre, y además llagas en las manos y en los pies. Hízose trasladar al Escorial, para estar, según decía, más cerca de su sepulcro. No tardó allí en cubrirsele el cuerpo de tumores tan dolorosos como fétidos: en breve fue todo una úlcera, desde la raíz del cabello hasta la planta de los pies, sembrada de gusanos y podredumbre. Era imposible permanecer junto al Rey: él mismo no podía soportar su hediondez.

Así pasó hasta cincuentitrés días: no quedaba del hombre sino el cerebro, claro y vigoroso, como para que el espíritu comprendiera y sintiera con toda su plenitud la destrucción gradual de la materia. Sobrevivía en él igualmente la voluntad de hierro, que se sobreponía al dolor y le hacía parecer superior á las torturas que padecía, cuando los que rodeaban el lecho, forzados por el más duro de los deberes, se sentían aterrados ante el espectáculo horroroso de la enfermedad.

En el transcurso de ella ordenó diversas fundaciones de santuarios y hospitales; dispuso de sumas considerables para que fuesen dotados huérfanos y socorridas viudas menesterosas; mandó soltar algunas personas que de tiempo inmemorial gemían en olvidadas prisiones; restituir haciendas confiscadas é indemnizar á algunos que en otros años despoj6. Pero, el verdugo, la hoguera, el veneno, el puñal, el destierro no podían devolver á la vida las víctimas que por orden suya inmolaron, en aras de la ambición, la envidia y el fanatismo del tirano!

Cercado de imágenes y reliquias, que eran tenidas por milagrosas, y entre rezos y oraciones que la etiqueta oficial imponía, murió el 15 de setiembre de 1598: contaba setentidós años de edad y cuarentidós de reinado. Los cortesanos dijeron que con sus padecimientos había alcanzado la corona del martirio. Los protestantes exclamaron: *ha muerto como el im-*

pío Antiocho, como el infame Herodes, su fin es el merecido castigo de su existencia! . . .

La verdad es que con él sucumbió la cabeza del Catolicismo, que no estaba en Roma, sino en Madrid. El campeón cayó en la tumba después de vencido!

La libertad republicana se levantaba triunfante en los Países Bajos, que en cuarenta años de guerra y exterminio no pudo sojuzgar, y cuya independencia se vio al fin obligado á reconocer. La tolerancia religiosa se afirmaba en Francia bajo el glorioso cetro de Enrique IV, á quien combatió con loca temeridad. Los príncipes hugonotes equilibraban Alemania libre, y refrenaban el decaído poderío de Austria. La Inglaterra protestante, dirigida por la enérgica Isabel, fundaba su inextinguible dominio sobre los mares y arrebatada á la potencia descubridora del Nuevo Mundo el comercio de las Indias. El Papa mismo se redimía de la influencia opresora del *Demonio del Mediodía*.

La heroica España quedó para siempre empobrecida con las exacciones de hombres y dinero que le impusieron, Carlos V para sostener su ilimitado anhelo de dominación universal, y Felipe II para esclavizar el pensamiento y encadenar á los pueblos. No bastaron á esos fines insensatos el oro que producía América, ni los tributos extraordinarios cada vez mayores, exigidos á comarcas que arruinaron la expulsión de los moros y la proscripción de los judíos, principales obreros de la riqueza nacional.

En ese siglo décimo sexto, donde renace todo lo grande y luminoso de la antigüedad, convertido en vida, fuerza y expansión de la Edad Moderna; en ese siglo, aurora de la libertad, que aparece después del silencio, la oscuridad y las servidumbres de la Edad Media, Felipe II es un anacronismo y una contradicción. Hubiera nacido en la época de los Reyes visigodos, y habría retardado el movimiento del mundo y la marcha de la humanidad mil años quizá.

Pero, después de la invención de la imprenta que arrebató el libro á las manos monopolizadoras de los monjes, acercó á los hombres con la comunidad del pensamiento, y dio á la reproducción de la palabra el poder soberano de la opinión; después del descubrimiento de América que desmintió la ciencia de la vieja teología y aumentó el campo de la actividad humana; después de las guerras de Carlos V y Francisco I en que el noble y el plebeyo crecieron en ardimiento é incredulidad; después del Concilio de Constanza durante el cual tuvo la cristiandad el espectáculo de tres papas, reputados igualmente legítimos por sus parciales y adeptos, y de la confesión de Ausburgo, credo anti-católico que se impuso á la autoridad imperial, á despecho de las intransigencias de Roma; después de todo éso, oponerse á las corrientes que llevaban la humanidad hacia los horizontes iluminados del porvenir, era engrandecer con el obstáculo el impulso de la inevitable evolución, con la resistencia la fuerza incoercible del progreso, que venía preparándose de siglo en siglo y para el cual no ha llegado todavía la consumación de los tiempos.

Y cuando en el campo de batalla y en el palenque de la idea se movían atletas como Enrique IV, Isabel de Inglaterra, el príncipe de Orange, Mauricio de Nassau, los hombres de la Reforma y los mártires de la nueva fe, contra el tenebroso monarca que aspiraba á someter en interés de su persona y su dinastía los destinos del género humano, desde el fondo de un monasterio! . . .

Cuatro veces se casó Felipe II, y no obstante haber tenido hijos en todos sus matrimonios, sólo dos le sobrevivieron: la Infanta Isabel Eugenia, de quien antes hablamos, que se desposó con su primo el Archiduque Alberto, al cual permitió el Papa despojarse para ese fin de la púrpura cardenalicia; y el príncipe que le sucedió con el nombre de Fe-

lipo III. Aunque grande y más poderosa que cualquiera otra de las Naciones conocidas, ya no pasará por España el eje de la política europea y perderá en extensión é influencias lo que no supo unir á ella por la solidaridad de los principios y de los sentimientos. Sobre el pueblo que en ochocientos años de luchas heroicas venció al africano usurpador, seguirá cerniéndose la sombra fatídica de Felipe II y le quedará el cáncer de la Inquisición, que envenenará la rica sangre española por más de dos siglos, cuando los otros pueblos se desenvolverán fuertes y lozanos á la luz de la civilización y al calor de la libertad!

Cuentan que el Rey ordenó poco antes de su muerte que sacasen de la prisión en que yacía á la mujer de Antonio Pérez, imponiéndosele el deber de pasar el resto de sus días en un convento, y que así lo dispuso el duque de Lerma, Ministro de Felipe III. Los hijos de Pérez no obtuvieron su excarceración hasta la caída de Rodrigo Vázquez de Arce, el inexorable Juez que seguía odiando al proscrito. Nueve años vivieron aquellos infelices privados de la libertad, por delitos ó pecados de su padre. Hallábanse todavía clavadas en los sitios públicos, donde las puso el verdugo, las cabezas de los ajusticiados por la insurrección de Zaragoza, cuando el nuevo Soberano fué á visitar la asolada metrópoli de Aragón: hízolas sepultar, y decretó el perdón de los que desde entonces estaban desterrados, pero en él no fue comprendido el malaventurado reo de la Inquisición.

Empeños de todo género puso Pérez por obra á fin de obtener su indulto: para congraciarse con Felipe III renunció la pensión que de Enrique IV recibía, y oficiosamente se dedicó en Londres á activar la conclusión de la paz que entre España é Inglaterra se trataba, pero se hizo sospechoso á los ingleses, y hubo de regresar á Francia, donde valedudinario y sin recursos llegó hasta el extremo de implorar la caridad de sus conocidos para subsistir. Las diligencias que practicó con los Embajadores españoles en París resultaron inútiles. Rogó al Supremo Consejo de la Inquisición que le permitiera justificar su inocencia ante el Santo Oficio de Zaragoza, y nada alcanzó. Veinte años después de sentenciado, aniquilado por infinitas penas, rindió la vida en una triste bohardilla, solo y desamparado de todos, el que fue un tiempo el opulento y poderoso Secretario de Felipe II, el amante de la princesa de Eboli! . . .

“Declaro y juro, dijo en su testamento, que he vivido siempre y muero como fiel y católico cristiano, y de esto hago á Dios testigo.” Y añadió después: *“Suplico á mi rey y señor natural que con su gran clemencia y piedad se acuerde de los servicios hechos por mi padre á la majestad del suyo y á la de su abuelo, para que por ellos á mi mujer y hijos huérfanos y desamparados, se les haga alguna merced, y que estos afligidos miserables no pierdan por haber acabado su padre en reinos extraños la gracia y favor que merecen como leales y fieles vasallos, á los cuales mando que vivan y mueran en la ley de tales . . .”*

A los cuatro años de muerto Pérez consiguieron sus hijos que la Inquisición de Aragón rehabilitase su memoria, y los declarara á ellos hábiles para desempeñar oficios públicos, pero se negó á concederles restitución alguna de bienes.

La princesa de Eboli, cuya liviandad causó tantos males, terminó sus días en un claustro. Ninguno de los escritores de la época vuelve á nombrarla.

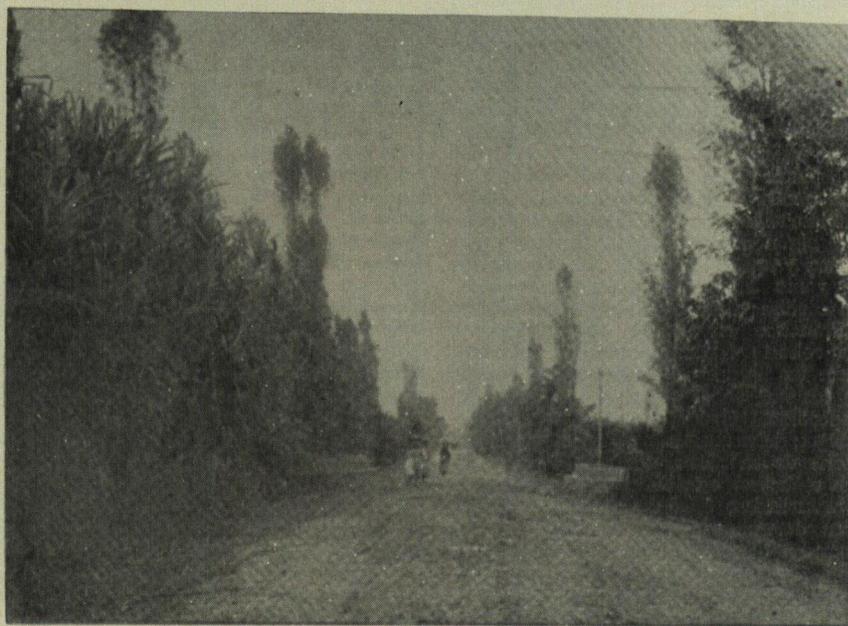
El proceso de Antonio Pérez fue quemado por disposición testamentaria de Felipe II. Temió el fallo de la posteridad.

ANÍBAL DOMINICI.

30 de marzo de 1896.



MEDELLÍN. — PORTADA DEL MERCADO CUBIERTO



MEDELLÍN. — CAMELLON DEL SUR-OESTE

ESPAÑA

MISCELÁNEA LITERARIA, CIENTÍFICA Y ARTÍSTICA



Hablemos hoy de Arte. El mes de Mayo suele ser, entre nosotros, el preferido para las exposiciones públicas de objetos que inclinan al espíritu hacia la contemplación de la belleza. En Barcelona tenemos, desde hace días, abierta la Exposición internacional de Bellas artes é industrias artísticas, y en Madrid la de pintura y escultura que, cada dos años, celebra el Círculo de Bellas artes. Poco, desgraciadamente, hay que decir de esta última. Toda la prensa de Madrid conviene en que

es muy deficiente: en que algunos de nuestros más notables pintores y escultores, no han acudido al llamamiento, y los que han acudido, lo han hecho con obras que no están á la altura de su reputación. Los mejores cuadros son los de Villegas, Benlliure, Moreno Carbonero, Nin y Tudó y de algún otro: los mejores de la Exposición, no los que mejor han pintado esos maestros. En cada nuevo certamen de esta clase, aparece aquí con más empuje la invasión de lo mediano, cuando no de lo malo; indudablemente en el arte pictórico de la capital de España influye una constelación de decadencia. Cuando se recuerdan las Exposiciones que se efectuaban en Madrid hace veinte años, cuando á ellas acudían, solícitos, los pintores á quienes, en realidad, debe España el renombre que en esta faz del arte ha adquirido en la segunda mitad de este siglo, se entristece y decae el ánimo, poseído del temor de que la nueva generación artística no mantenga la enseña victoriosa á la altura á que aquellos la colocaron. Dígame lo que se quiera, Germán Hernández con su clacisismo algo estrecho que á veces parecía cohibir sus gran-



FRONTISPCIO DE LA PLAZA DEL MERCADO CUBIERTO — MEDELLIN

des facultades de colorista; Carlos Luis Ribera, con sus cuadros de Historia en los que reflejaban su imaginación de poeta romántico; Rosales que armonizaba como nadie la brillantez del colorido con la seriedad del conjunto; Madrazo, el cléctico, pero atildado, correcto y académico siempre; Casado y Palmaroli, caracteres flexibles que se avenían á todos los géneros y á todas las escuelas, pero imprimiendo siempre á sus obras el sello de su personalidad; Gispert, el que aplicaba la estética á los ideales que él amaba, el pintor liberal y demócrata autor de los *Comuneros* y del *Fusilamiento de Torrijos*; Plasencia y Martínez Cubells, Domínguez y algún otro que quizá olvide en este momento y que han dejado tantas muestras de su genio en nuestros museos y palacios, en las capillas y en la bóveda del templo de San Francisco el Grande, constituyen una ilustre cohorte que en la conquista del ideal del arte ha llegado á donde no prometen llegar los que en el campo de la lucha les han sucedido. Casi todos esos maestros han muerto ya: dejan muchos discípulos, pero pocos herederos de su gloria.

Menos mal si esta decadencia que deploro pudiera atribuirse á efecto de una evolución no bien determinada: si los jóvenes pintores de nuestros días, apareciesen indecisos ó descariados por querer apartarse de los viejos preceptos académicos y no acertar con la entrada que conduce al campo ilimitado del arte libre. No es eso. La evolución de la escuela modernista francesa y belga, tan vigorosa en Barcelona, no tiene adeptos en Madrid. No hay aquí, en la nueva generación artística, marcada tendencia á romper los viejos moldes. Sigue la rutina, pero vuelve la espalda á los prestigios de la tradición. Se deja el gran arte y se tiende al que algunos llaman aéreo, ligero, vivo, brillante pero que casi siempre resulta mentiroso, insustancial y frívolo.

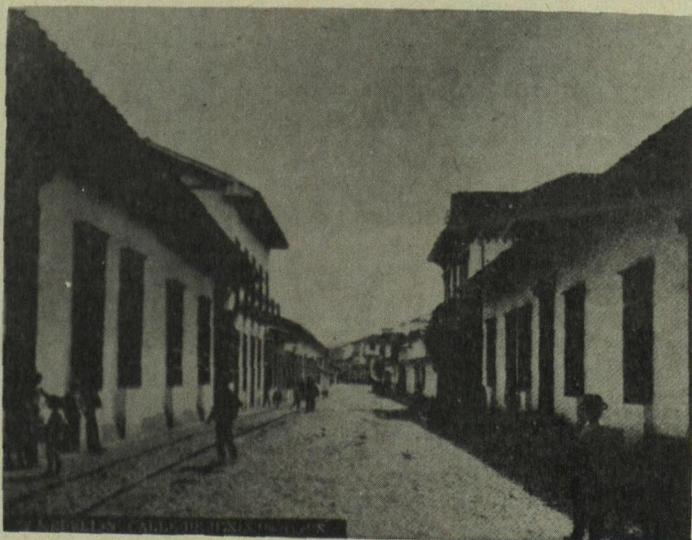
Hemos tenido también en Madrid la Exposición del círculo de acuarelistas; en mi humilde opinión, ha sido más notable que la del círculo de Bellas Artes. Con ser la pintura á la aguada de suyo difícil, casi todas las obras de los aficionados á este procedimiento aparecieron buenas y algunas de mérito excepcional. Pradilla expuso *Un lector*, tipo español del siglo XVII que nada deja que desear ni en el dibujo ni en la armonía de la luz y de colorido. Marqués, un cardenal, de admirable expresión pero ya no tan acertado en la armonía del conjunto. Mejía, algunos cuadros sobre asuntos varios, buenos casi todos, siendo lo mejor el titulado: *Los tercios de Flandes*. Otro cuadro de este mismo asunto presentó Hispaletto; Galofre lo hizo con

unos *Recuerdos de Italia*; Cutauda presentó una escena impresionista, una fragua en plena actividad. Ugarte, Benlliure, Villegas, Jiménez Aranda y otros que sería prolijo enumerar, contribuyeron al buen éxito de la Exposición. Falta á esta los acuarelistas catalanes, entre ellos Tapiró que figura en primera línea. Atareado en su estudio de Tánger, pintando con honra y provecho para Inglaterra, no aparece en ninguna Exposición, y por esto es en Madrid poco conocido, siendo en este género, entre los españoles, quizás el que mejor pinta. Tabrés, Tamburini, Sala, Barrau y otros muy renombrados, no han enviado trabajos, probablemente por el carácter especial que se dio á la Exposición, iniciada y efectuada por la sociedad de Acuarelistas de Madrid. Las obras á que me refiero no tienen otro defecto que el parecerse demasiado entre sí, tanto en la factura y tonalidad como en el asunto. La monotonía fue la nota dominante de esta Exposición.

La acuarela es un género especial popularizado en España por el gran Fortuny, quien, con este procedimiento, hizo cosas admirables. En vano se han esforzado y esfuerzan por imitarle pintores españoles y extranjeros: poco consiguen: Fortuny, en la acuarela, pintaba de un modo personal, exclusivamente suyo. Dibujo y colorido eran en él originales. Sus émulo sólo han alcanzado imitarle en los asuntos por él preferidos: moros, tipos de sociedad elegante del siglo XVIII, ninflas y faunos, pero no en aquella *su manera* que da á las obras de Fortuny misterioso atractivo: no en la gracia y en el primor que constituyen la facultad dominante en el gran artista. Las mejores acuarelas de Fortuny están inspiradas en asuntos de la región africana del otro lado del Estrecho de Gibraltar. El genial artista hizo varios viajes á Tánger y á Tetuán, y de todos nuestros pintores y dibujantes excursionistas, puede decirse que ha sido quien mejor ha revelado aquel país en la región del arte. Pintando moros, los aduares, los zocos, las tortuosas calles, las fiestas de la pólvora, escribió Fortuny las mejores páginas de su historia, tan breve por desdicha nuestra, como interesante. Después de él, casi todos nuestros pintores se han considerado en el deber de ir á inspirarse en aquellas regiones. Pero no todos aprovechan sus viajes. Los marroques, por precepto de su religión, se resisten á servir de modelo: huyen de los aparatos fotográficos y sólo por medio de impresiones rápidas y fugitivas, generalmente apelando á la memoria, pueden los pintores hacer algo en estudios de figura.

La pintura al pastel y la miniatura ape-

nas tienen representación en nuestras Exposiciones: especialmente la segunda. Cuando es tan visible la tendencia en nuestros *modernistas* á restaurar lo antiguo en lo que este tiene de bueno, no comprendo por qué han de desdafiarse la miniatura en la cual cosas tan bellas se hicieron en el siglo pasado y en la primera mitad del presente. La fotografía—se dice—ha matado á la miniatura porque la sustituye con ventajas y pone esta clase de trabajos al alcance de todas las fortunas; pero este es un error tan evidente en cuanto á la representación artística, que no necesita impugnación. Nunca un retrato fotográfico por bien hecho que esté, ofrece el encanto y despertará la emoción que las buenas miniaturas producen en las personas de gusto delicado. La miniatura sobre marfil, puesto en un medallón de oro sencillamente cincelado ó enriquecido con piedras preciosas que vemos en las colecciones de joyas antiguas, no ha tenido sustitución como presente de carácter artístico y, sobre todo, íntimo, mucho más significativo que el cuadro al óleo grande ó pequeño y los barros y las estatuas labradas en mármol y alabastro. Y no se diga que en los retratos, en miniatura no podía el pintor mostrar su genio, y sí sólo su habilidad manual. Sin acudir á los grandes miniaturistas Van Blarenbergue y Kingsted, tan celebrados por nuestros abuelos, cuántos retratos y composiciones mitológicas, llenos de vida y expresión y de ignorado autor,

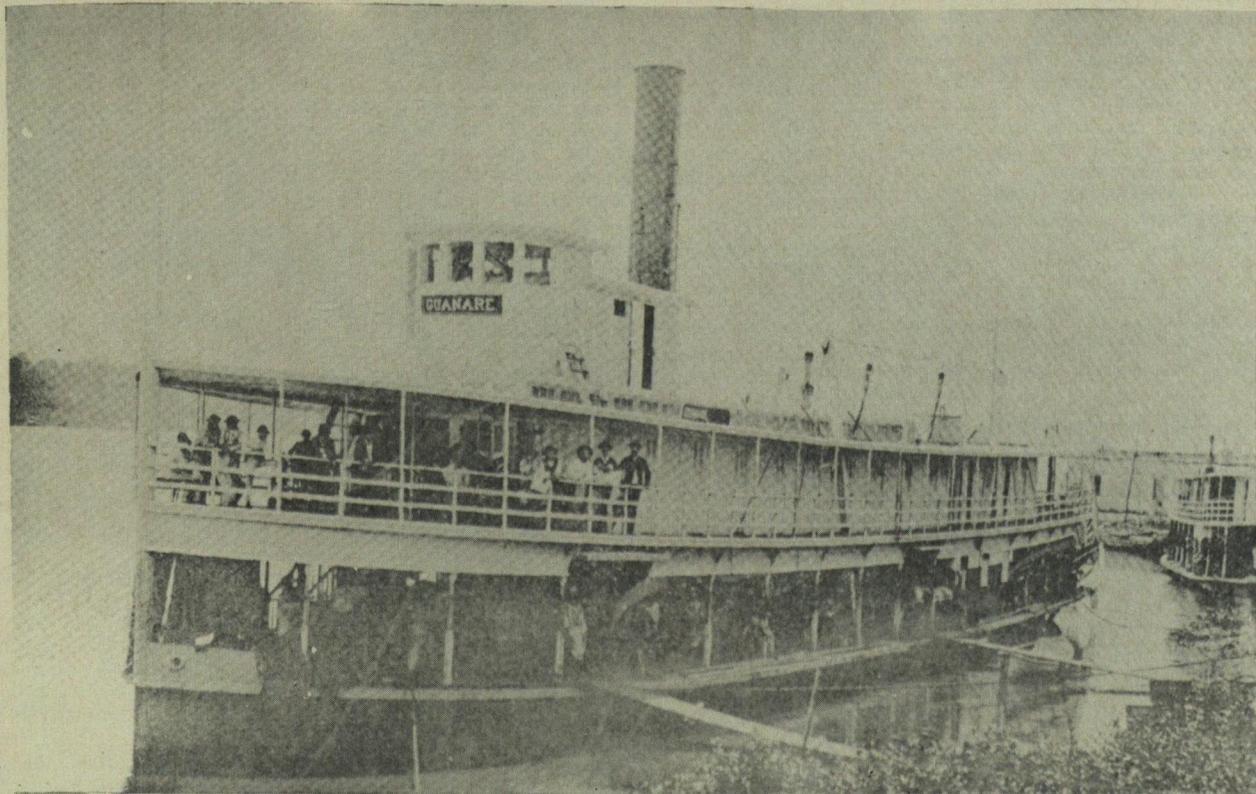


CALLE DE JUNÍN HACIA EL SUR — MEDELLIN

vemos en colecciones de antiguos objetos de arte! En los más de ellos á la feliz minuciosidad del detalle, se asocia el desempeño holgado: aquella firmeza de dibujo y de modelado supone algo más que la seguridad de la mano.

La pintura al pastel no tiene, es cierto, el atractivo que la miniatura, pero este procedimiento, diestramente manejado, no debe desdafiarse. Reproduce la verdad tan bien como el óleo y la acuarela, y tiene, sobre estos, la ventaja de ser mucho más sencillo y fácil. Como hay círculos de acuarelistas, hay en Roma y en París sociedades y academias de *pastelistas*. El lápiz de color, en manos de un artista inteligente, produce maravillas, se presta sobre todo á la entonación quizás mejor que el óleo. Para el retrato es un procedimiento muy usado. El francés La Tour hizo al pastel retratos de la Pompadour en los cuales la morbidez del cutis de la célebre cortesana aparece naturalísimo. Nuestros pintores catalanes Rodes y Clavé han dejado retratos al pastel llenos de vida y elegancia.

En la Exposición del círculo de Bellas Artes á que heme referido más arriba, hay



VAPOR GUANARE. — DE LA COMPAÑÍA DE LA ESTRELLA ROJA DEL ORINOCO. — (Ciudad Bolívar)

cuadros de Villegas Nin y Tudó y Lhardi que nada dejan que desear. Se dice que la pintura al pastel es efímera, que se desvanece, ó poco menos, pasados algunos años. Es cierto que tal sucede, si se descuida la conservación del cuadro; pero en colecciones de pinturas antiguas he visto pasteles mejor conservados que los cuadros al óleo de época reciente; los óleos pierden en el trascurso del tiempo, la entonación, especialmente desde que el pintor no prepara y diluye, por sí mismo, los colores y deja esta labor importante á las manipulaciones químico-industriales.

Otra Exposición de objetos artísticos notables tenemos actualmente en Madrid; la organizada por la junta de obligacionistas ó sean acreedores de la casa ducal de Osuna, casa que se ha derrumbado, bien puede decirse, bajo el peso de su propia grandeza. Aquellos Tellez Girón que gobernaron por España en Nápoles y Sicilia, y aquellos Mendozas y Borjas que contribuyeron á formar el gran ducado, magnates cuyos nombres aparecen durante siglos inseparables de todas las solemnidades y grandezas de la corte de nuestros Reyes, con quienes competían superándose á menudo en lujo y ostentación; aquellos Osunas que nuestro pueblo cita todavía cuando quiere ponderar el poderío y la riqueza unidos, han venido ruidosamente á tierra, como el más vulgar propietario que descuida sus fincas, ve disminuir sus rentas, acude á la usura y acaba por sucumbir ante un concurso de acreedores. Las grandes propiedades de la casa de Osuna que constituían un pequeño Reino; sus castillos señoriales, sus palacios, sus muebles y joyas fueron, hace unos meses, vendidos; y actualmente se bastan en Madrid los cuadros y objetos de arte antiguo que aquella casa poseía y que han podido salvarse de los efectos del desconcierto inherente á una morada invadida por leguleyos y escribanos.

Obras maestras de Wan Dick, Tintoretto, Coello, Pantoja, Rubens, Ticiano y el Spang-

noletto y de nuestro gran Goya; estatuas de Cánova y un Cristo de Alonso Cano; una gran colección de grabados antiguos; acuarelas y dibujos de autores modernos; arquillas góticas y del Renacimiento, armaduras cinceladas por los artífices italianos del siglo XVI, ricos arneses y hasta los pedreros que defendieron un día los señoriales castillos, allí están á disposición de quien quiera adquirirlos, expuestos á confundirse con los abigarrados muebles de cualquier zarramplín enriquecido en la Bolsa.

Afortunadamente se ha salvado algo de estas preciosidades. La rica biblioteca, abierta al público y visitada por los aficionados á las cosas de nuestra antigua nobleza—pues además de millares de libros, antiguos y modernos, contenía muchos manuscritos de gran valor histórico—no aparece en la subasta: ha sido adquirida por el Estado y forma parte ya de la Biblioteca Nacional. Había en la de Osuna entre otras curiosidades, una colección de todos los manifiestos y proclamas políticos que, en hoja suelta, se han publicado en Madrid desde mediados del siglo último á nuestros días: se teme que estos documentos han desaparecido vendidos como papel viejo para envolver especias.

De los objetos de arte subastados, se ha salvado algo bueno. Un lote compuesto de los mejores cuadros de Goya y de la *Hebe* de Cánova, tasado en 60.000 pesetas, ha sido adquirido por nuestro Ministerio de Fomento, pagando por él hasta 110.000. Los cuadros de Wan Dick, Rubens, Adriaensen y muchos grabados iluminados, han sido adquiridos por el Director del Museo Británico, venido á Madrid sólo por este objeto; los cuadros de Coello y los del *Spagnoletto*, algunos de Goya y de Coello, han sido comprados por los embajadores de Francia y Rusia y por los ministros de la Argentina y Costa Rica. Los retratos que constituyen el árbol genealógico de la familia Osuna, han sido disputados por miembros de nuestra aristocracia moderna, alguno de los cuales, á poca costa, ha podido crearse una galería de

antepasados. Un dato curioso: el retrato del último duque, del que más ha contribuido, con sus enormes derroches, á arruinar la casa, apareció tasado en cien pesetas y nadie lo ha querido.

Como dijo el poeta de la corte de Juan II que los señoríos se acaban y concluyen, "como los ríos van á la mar *que es el morir*," así á la muerte de este último duque, acabó la casa Osuna. Todos los jefes de esta casa habían vivido con gran ostentación: en lo que va del presente siglo, habían representado á España en Rusia, sin cobrar sueldo, eclipsando con su lujo á todos los embajadores de las naciones y á los orgullosos magnates de la corte del Czar; pero el último se sobrepuso en esto á todos sus antecesores. Además del de Madrid, tenía palacio en San Petersburgo, Roma, París y Berlín, montados, en punto á servidumbre y demás, como si los habitara. Una turba de parásitos acudía todos los días al de Madrid comiendo en él opíparamente y sirviéndose de los coches y caballos. Quiso, hace algunos años el duque de Osuna poner coto á esos gastos superfluos, y confió la administración de sus bienes y rentas á don Juan Bravo Murillo, ministro que había sido de Hacienda en España. Este le aconsejó que limitara á 25.000 duros mensuales el gasto de su casa y el duque no admitió el consejo. Desde entonces la ruina se le vino encima. Se anunció el gran empréstito de la casa de Osuna; hipotecáronse las inmensas propiedades y cuando ya no bastaron las rentas para pagar los intereses, murió el duque á tiempo para no presenciar el triste espectáculo de estos días. No acabó por esto el ducado de Osuna; pasó al marqués de Javalquinto, primo del último poseedor: el título subsiste, pero de la opulenta casa ya sólo queda el recuerdo.

Cada dos años celebra Barcelona una Exposición artística internacional, pero no de nombre sino de hecho. Es Barcelona la ciudad más europea de España, tiene mucho

del cosmopolitismo que á París distingue. El arte, la literatura, las ciencias, la industria y el comercio todo aparece allí informado por el espíritu nuevo. Lo nuevo ahora, en materia de arte, es allí lo íntimo, lo subjetivo, lo idealista y lo simbólico. Pasó la moda del realismo naturalista que años atrás apareció pujante; realismo que invadió los dominios del arte, no atropelladamente y como una innovación revolucionaria, sino como una reacción meditada hacia el verdadero arte nacional, como una especie de renacimiento. El arte pictórico que más alto brilló en nuestra patria, en los siglos XVI y XVII, era más realista que idealista. Velázquez se inspiraba en la naturaleza, imprimiendo en todas sus creaciones el sello de su poderosa personalidad: en esto último únicamente idealizaba.

El flujo y reflujo del pensamiento estético universal se observa casi siempre antes en Barcelona que en Madrid. Que la moderna escuela realista encontrara, numerosos adeptos en Cataluña, se explica por las circunstancias que caracteriza al genio de aquella región, de todas las de España la menos influida por el elemento semítico, y de antigua inclinada á la investigación experimental; pero que ahora aparezca al frente del retroceso hacia el idealismo medioeval, no se explica tan fácilmente, pues este retroceso supone en el adepto gustos é inclinaciones poco en armonía con el carácter de aquel pueblo. Hay quien en este fenómeno ve sencillamente un capricho de la moda, y hay quien lo atribuye á una impulsión indefinida, pero irresistible y fatal que periódicamente transforma los ideales del arte como transforma los de la filosofía y de la literatura en general. Yo creo que sólo obedece á un estado particular del espíritu del pueblo. La idea que nos forjamos de la belleza, no es inmutable por más que existen arquetipos de eterna duración: depende la belleza, en gran parte, del estado de ánimo y aún de la cultura individual ó social. Un hombre ó un pueblo sumidos en graves preocupaciones y de escasas fuerzas intelectuales, no concebirán lo bello de la misma manera que lo ven los individuos y las colectividades satisfechas de sí mismas y de cuanto les rodea, y poseen además una inteligencia viril bien cultivada. En los presentes días, los intereses se sobreponen á las ideas, y esto ha determinado una reacción hacia el justo medio, engendradora del excepticismo y de lo que ya se llama *ideofobia*. El arte aparece tocado de esta reacción. Los hombres de buena voluntad, los avezados en el medio ambiente en que se desarrolló el progreso intelectual durante la mayor parte de este siglo, lanzan gritos de dolor, suspiran por los ámplios y generosos radicalismos, tanto revolucionarios como reaccionarios que han cedido el puéstó al eclecticismo estrecho y acomodaticio, que si no da renombre y gloria legítimas y duraderas, proporciona paz y bienestar. De esto, de la necesidad de oponerse al dominio de lo mediocre, al hastío que produce la monotonía de la línea horizontal que surge al apreciar el mérito de las obras de arte en nuestras Exposiciones, ha nacido el nuevo idealismo, extremado por algunos hasta llegar al misticismo. Se trata únicamente de volver á las buenas tradiciones inherentes á toda obra humana: armonizar el espíritu con la naturaleza. Un crítico francés, en uno de los periódicos parisienses más leídos, hablando del *Salón del Campo de Marte* inaugurado hace poco, dice: "Los pintores empiezan á comprender que la naturaleza es más un medio que un fin, y de aquí la modificación que se observa en el arte pictórico. La obra del artista es ahora la expresión de un pensamiento, y no sólo el resultado de la observación de los fenómenos naturales. La característica de la Exposición de París en 1896, es, puede decirse, el esfuerzo acentuado y muy

sincero hacia el arte decorativo, hacia el arte de pensamiento y de memoria y de imaginación."

Otro tanto puede decirse de la Exposición de Barcelona, á juzgar por lo que de ella escriben los principales críticos de arte en aquella ciudad. La pintura luminista, al aire libre, exenta por completo de todo convencionalismo imperante, soberana en las últimas Exposiciones, aparece sustituida por las representaciones simbólicas, con figuras de contornos sencillos, de colorido suave y vaporoso, aliando la composición con el paisaje, la vida de los seres con la de las cosas. Se dice que este es el arte ornamental por excelencia, el que viene á armonizar la tradición medioeval, en cuanto á la ingenua expresión de las figuras, con el moderno realismo, propagador de la pintura á plena luz y del natural colorido. Se dice que es el arte de las sociedades del porvenir, destinado principalmente á decorar las fachadas, paredes y techos de los grandes edificios públicos, así religiosos como civiles, el que vendrá á sustituir el cuadro de salón y las estatuas, que constituyen el arte propio del individualismo egoísta y de las burguesías advenedizas. En Inglaterra y Alemania y, sobre todo, en Francia, tiene la nueva escuela muchos adeptos. Es la pintura mural, emancipada del clasicismo griego y romano.

En la actual Exposición de Barcelona han hecho los modernistas idealistas su entrada triunfal. Rusiñol ha llevado allí en un gran lienzo, propio para ornar la bóveda de un salón gótico, *La Poesía*, representada no por una mujer de perfil griego, con túnica de albo lino y tañendo la clásica lira; si no por una dama florentina, ó mejor dantesca, caminando por un jardín florido y ameno. En otro gran lienzo simbolista ó alegórico, representa la *Pintura*: tampoco para eso apela á las matronas griegas: escoge un doncel que asoma por un campo de blancas azucenas y fija en un lienzo, la visión de un desfile de santos y vírgenes. Gual, otro entusiasta de la secta, representa á la *Música* en una especie de sombra que vaga por una verde llanura. *La armonía del bosque*, de Tamburini, surge también como visión fantástica de un medio de una arboleda umbría. Brull, en su *Calipso*, simboliza el enigma de la perversidad femenina, meditando en medio de las sombras. Triadó, el menos idealista de todos, representa á la *Muerte* con sus manoseados atributos, pero se esfuerza en dar á la escena representación simbólica, ideal.

Todos, ó casi todos, esos pintores son á la vez jóvenes de superior cultura: poetas y escritores más que medianos: todos no sólo conocen la evolución del arte, sino que no son ajenos al movimiento literario y científico de su tiempo. Así se explica que no les sea difícil dar forma plástica á las ideas y á simbolizar los hechos.

Los modernos espiritualistas catalanes, no siguen, al pie de la letra, á sus predecesores belgas y alemanes que casi todos han caído en el misticismo. Aspiran á formar escuela aparte ó cuando menos, á conservar su autonomía. Hay como puede suponerse en la Exposición de Barcelona, cuadros de las viejas escuelas: muchos no pasan del nivel ordinario, sin que esto quiera decir que estén exentos de mérito: algunos lo tienen en grado máximo, singularmente algunos de los que han llevado allí los pintores residentes en otras regiones de España y que fueron premiados en la última Exposición nacional de Madrid. Héme únicamente fijado en los que representan las evoluciones modernísimas, para dar idea de ello, siquiera en su faz más interesante. Podrá no ser esta evolución provechosa para los fines racionales del arte; pero siempre significa vida propia y aliento creador en el pueblo que la realiza. En las sociedades decadentes no se operan esas brus-

cas transformaciones; en ellas los artistas copian discretamente, pero no crean: no aparecen con algo que ponga en relieve su personalidad.

Hablaremos otro día de la escultura, arquitectura y artes industriales que constituyen lo mejor de la Exposición de Barcelona.

J. GÜELL Y MERCADER.

Madrid: 1896.

ERROR ANGLO-BELGA

(POR ALFONSO ALLAIS)

Ayer me mostraron en el Concurso hípico de Bruselas á un caballero á quien sucedió una graciosa aventura.

Este pobre señor, á quien sus negocios llamaban á Londres, manifestaba en el salón de una dama inglesa (hay muchos ingleses en Bruselas) su repulsión á la travesía por el mareo horrible de que era víctima al embarcarse.

—Oh!—dijo la dama inglesa—teméis al mareo?

—Oh, sí señora!—contestó el caballero.

—Entonces voy á daros una magnífica receta para que podáis estar tranquilamente á bordo. Tomad cada cuarto de hora una cucharilla de café y os conservaréis perfectamente bien.

Y llamando á la institutriz de su hija, le dijo:

—Miss Anie, hágame el favor de ir á copiar de mi libro de recetas, la indicada contra el mareo. Para dar más confianza al caballero, la señora agregó:

—Esta receta me la dio un tío viejo, que fue hace algún tiempo misionero de New South Wales.

Miss Anie copia la receta y la entrega al caballero, quien al día siguiente la hace preparar casa del boticario vecino.

A su vuelta de Bruselas, la primera diligencia del demacrado viajero fue visitar á la dama inglesa.

—Señora—la dijo—os estoy profundamente reconocido por vuestra amable intención, pero debo advertiros que vuestra droga, contra el mareo, es precisamente todo lo contrario.

—¿Habéis estado mal?

—Como una sopa de ostras, señora.

—Oh! eso es sorprendente!

—Y sabed que he seguido vuestro consejo al pie de la letra: cada cuarto de hora he tomado una cucharilla de café de aquella poción.

—Ah!

—Es cierto que antes de llegar á Douvres, ya me había tomado todo el pote.

—Ah! ¿todo el pote?... ¿Qué pote?

—Cuál ha de ser, el de la droga.

—Pero no han debido dároslo en un pote, sino en una botella.

—El boticario me lo dio en un pote.

—.....Enseñadme el papel que os ha dado miss Anie.....

El caballero, después de hacer una corta pesquisa en sus bolsillos, sacó su cartera, la abrió y sacó un papel que presentó á la dama.

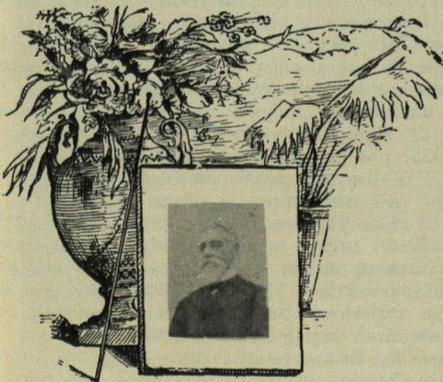
—Aaah! exclamó ésta: La estúpida de Anie.....en lugar de la receta para el mareo, os ha copiado una de salza mayonesa!

El buen caballero exclamó en seguidas filosóficamente:

—Apesar de todo, es una fortuna que miss Anie, no haya sufrido una equivocación mayor. Imaginad, señora, que en lugar de una mayonesa, me hubiera hecho engullir un cáustico para curtir pieles!



PUERTO DE CIUDAD BOLÍVAR. — [Parte oriental]



Obsequiamos á nuestros lectores con la publicación de los "Pensamientos" que en seguida se verán, obra de uno de nuestros más importantes hombres de letras.

La vida de Miranda se halla condensada en tan cortas líneas. Nuestro distinguido amigo y notable orador Don Marco Antonio Saluzzo ha levantado un monumento imperecedero á la gloria de aquel grande hombre.

PENSAMIENTOS

LEÍDOS POR MARCO-ANTONIO SALUZZO, individuo de número de la Academia Nacional de la Historia, en la junta pública y solemne celebrada por dicho Cuerpo el jueves 2 del corriente mes, con motivo de la apoteosis del

GENERALÍSIMO DON FRANCISCO DE MIRANDA

¡MIRANDA!

I

¡Cuántos recuerdos evoca este nombre! Virtud, ingenio, saber, gloria, fama, abnegación, martirio;.....y todo esto caído en anónima, en ignorada fosa, que sella el misterio con la más trágica de las desgracias.....

¡Miranda! Ved ahí un héroe de los tiempos modernos perseguido irremisiblemente y sin tregua por los antiguos, implacables Hados.

II

Si hubiese vivido en los siglos medios, habríase dicho que este hombre extraordinario fuera juguete de algún genio maligno, quien no lo alzaba al pináculo de la gloria sino para luego sumirlo en el abismo de aterradora catástrofe.

Porque nadie ha experimentado con mayor rudeza que MIRANDA las perfidias de la fortuna.

III

Las grandezas y las miserias de la vida caen sobre él sin envanecerlo ni abatirlo, como la luz del sol ó los rayos de la tormenta sobre las arduas cumbres de nuestras imponentes cordilleras.

IV

Aparece en la arena cuando se alzan pueblos contra reyes y reyes contra pueblos; un monarca de derecho divino ciñe por primera vez la espada; una nación erigida sobre el derecho humano levántalo en pavés victorioso, y aclámalo máximo entre grandes; pasa de los honores del imperio á los oprobios de la ergástula; y muere sin dejar quien recoja sus mortales despojos, ni quien los sepulte con religioso respeto para presentarlos algún día á la gratitud de su pueblo y á las alabanzas de la Historia.

V

Corrió, ansioso del bien, en pos de nobilísimos ideales, como sediento caminante tras los espejismos del desierto.

Proclamó la libertad de los siervos, y volviéronse los siervos contra él, reivindicando, como un derecho, su propia, su infamante esclavitud; buscó la igualdad en la nación que llena un siglo con la más

trascendental de las revoluciones modernas, y no la halló sino en las tumbas de las víctimas y en el puñal de los verdugos; puso al amparo de la fraternidad su propia suerte y la suerte de un pueblo para quien invocó el fuero sagrado de la desgracia, y el pueblo y él cayeron ¡ay! bajo la maza de Caín.

VI

Es tan inexplicable la suerte de este varón egregio, que uno de los más célebres historiadores contemporáneos, (*) penetrado de los ideales que lo animaban, y como para ponerlo de resalto, no vacila en llamarlo EL NOBLE DON QUIJOTE DE LA REVOLUCIÓN.

Quijote, en verdad, cuanto á la abnegación de los propósitos; sólo que el Justiciero de la Mancha no vivió sino en la fantasía de Cervantes, al paso que Miranda, caballero real de la libertad del hombre y de la independencia de los pueblos, fbase por todos los caminos de la tierra peleando las rudas batallas del derecho contra la opresión, desde el Manzanares hasta el Beresina, y desde el Sena hasta el Támesis, y desde el Hudson hasta el Orinoco, entre las bendiciones del amor y los himnos de la esperanza.

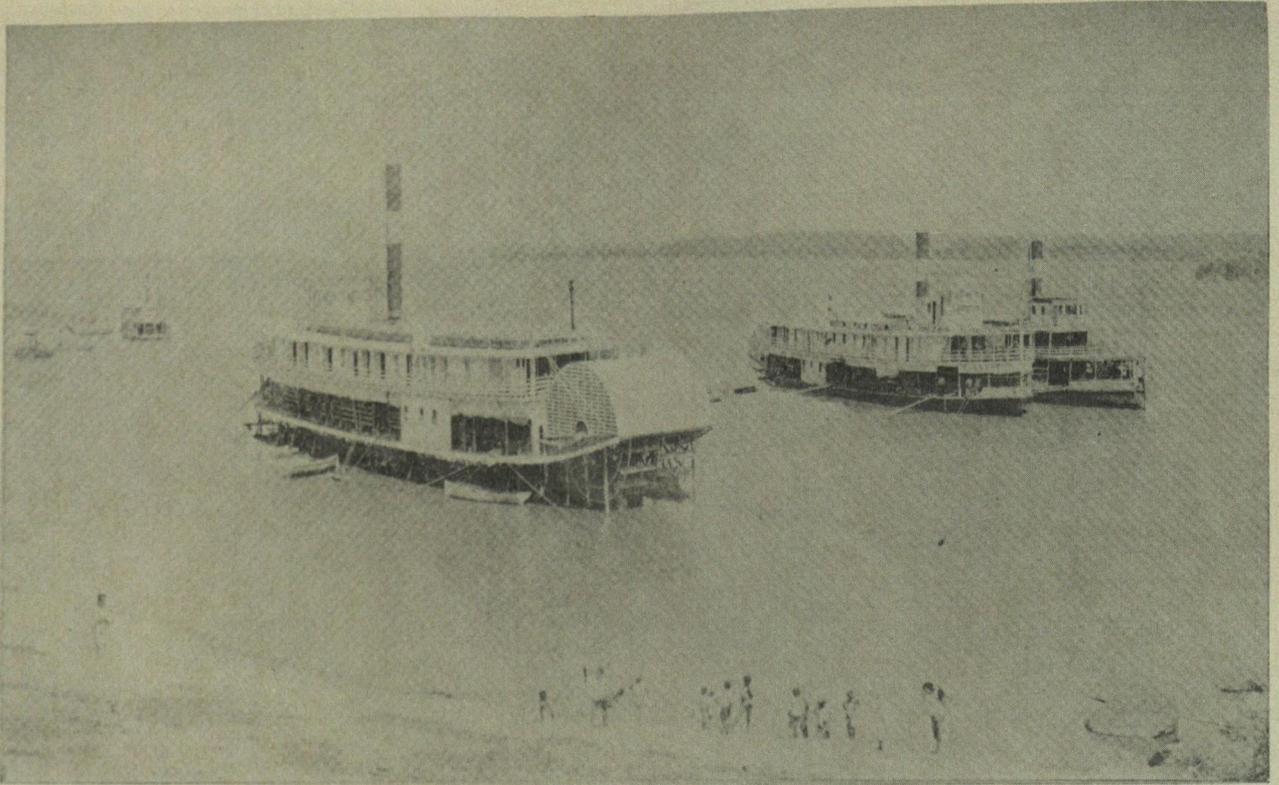
VII

Confúndense en este personaje singular la historia y la leyenda, hasta el grado de presentársenos reuniendo en su sér, el Traseas de Tácito y el Segismundo de Calderón.

De ahí el que la narración de su vida sea cuanto para cantada para escrita, ó más bien: pida á un tiempo el plectro de oro del poeta y el estilo de acero del historiador.

De tal modo alternan en la existencia del Generalísimo las alegrías y las triste-

(*) Michelet.



VAPORES DE LA COMPAÑIA DE LA ESTRELLA ROJA DEL ORINOCO — [Ciudad Bolívar]

zas, las victorias y los reveses, los honores y los vilipendios, siniestramente eslabonados por la mano misteriosa de la suerte.

VIII

Sus desgracias lo enaltecen, no lo amenguan; y de él puede sin hipérbole decirse, que desciende siempre desde mayor altura que aquella á donde lo elevara el destino.

IX

Si España lo señala con proscripción, Rusia lo protege con su escudo y lo abona; si la calumnia lo arroja como salario infame á un tribunal de verdugos hambriento de víctimas, el banco del acusado se convierte en trono y el reo en triunfador; si las expediciones de 1806 fracasan en las costas de Ocumare y de Coro, combatidas ¡oh vergüenza! por los mismos á quienes se intentara libertar, la conciencia de los buenos execra al vencedor y glorifica al vencido.

X

Triunfó del odio y de la envidia siempre que de frente lo combatieron; y si cayó á la postre vencido, fue cuando aquellas infames pasiones se aliaron con la traición, demonio sombrío contra el cual á nadie le es dado combatir.

XI

Pasiones siniestras lo persiguen más allá de la tumba, pero los veredictos de la Historia lo ilustran y engrandecen.

XII

¡Oh elocuente contraste!

La tumba del Mártir aparece ó desaparece según que el mar de la antigua Gades mengüe ó levante sus acérrimas aguas; en tanto que el nombre del Héroe, escrito por la mano de un pueblo justiciero, osténtase á la admiración y al aplauso del Universo desde el ARCO DE TRIUNFO DE LA ESTRELLA.

Aquella tumba instable entre el mar y la tierra, simboliza los combates del hombre con su época; aquel nombre, bañado en luz de gloria, el triunfo en la inmortalidad del campeón del derecho:—del PRECURSOR DE LA INDEPENDENCIA HISPANO-AMERICANA.

XIII

¡Oh Miranda!

Muchos entre tus coetáneos te aventajarán en prosperidades; algunos te igualarán en heroísmo; pero nadie, lo juro, nadie eclipsará tus virtudes, ni tus sacrificios, ni tu abnegación, ni tu martirio.

Tu vida, con ser tan larga y tan varia, puede historiarse por completo en la sentida exclamación del épico latino:

—¡TRISTE FATUM!

Caracas: 2 de julio de 1896.

PÁGINA DE UN LIBRO

I



EGRA y roja, allá abajo, en prodigioso tumulto, hormiguea, arde, resplandece la ciudad enorme bajo el cielo negro, á penas más inmenso que ella, estriado por rojizos proyectiles. Desde una azotea lejana que se destaca en el horizonte y lo domina, contemplo la ciudad en llamas, de cuyo seno surge el espantoso estertor de la guerra fratricida. Flamean los incendios cual si fueran terribles banderas deslumbradoras. En esa hora agonizaban en el desastre sueños de utopistas, esperanzas de míseros, reivindicaciones armadas y el supremo esfuerzo de todo un pueblo. Hora gloriosa y siniestra, por siempre inolvidada . . . inolvidable! Y, consternado, miraba yo la catástrofe. En la brisa que de la ciudad soplabá hacia las alturas, algo vago, instable, vacilante, cerniöse sobre mí, se

estuvo largo rato cuasi inmóvil, descendió luego lentamente y vino á caer, levísimo, á mis pies. Me incliné. Carbonizada, chamuscada, retorcida, pero milagrosamente íntegra, con todas sus letras negras, subsistentes, visibles, ví una hoja, la página de un libro, escapada de alguna biblioteca incendiada. Doblé la rodilla por contemplarla más de cerca. Al reflejo de los balcones fronteros se distinguían aún, casi netamente, las líneas finales . . . y leí "*inclita venustas.*" ¡Fragmento acaso de un verso! ¡Qué? De entre la ingente ruina se evadía esa sentencia, se posaba allí y persistía! Mi mano inhábil tocó la página. Se desmoronó, se dispersó, ni cenizas quedaron de la página desvanecida . . . Hasta la Belleza misma desaparecía.

II

DOS VIAJEROS

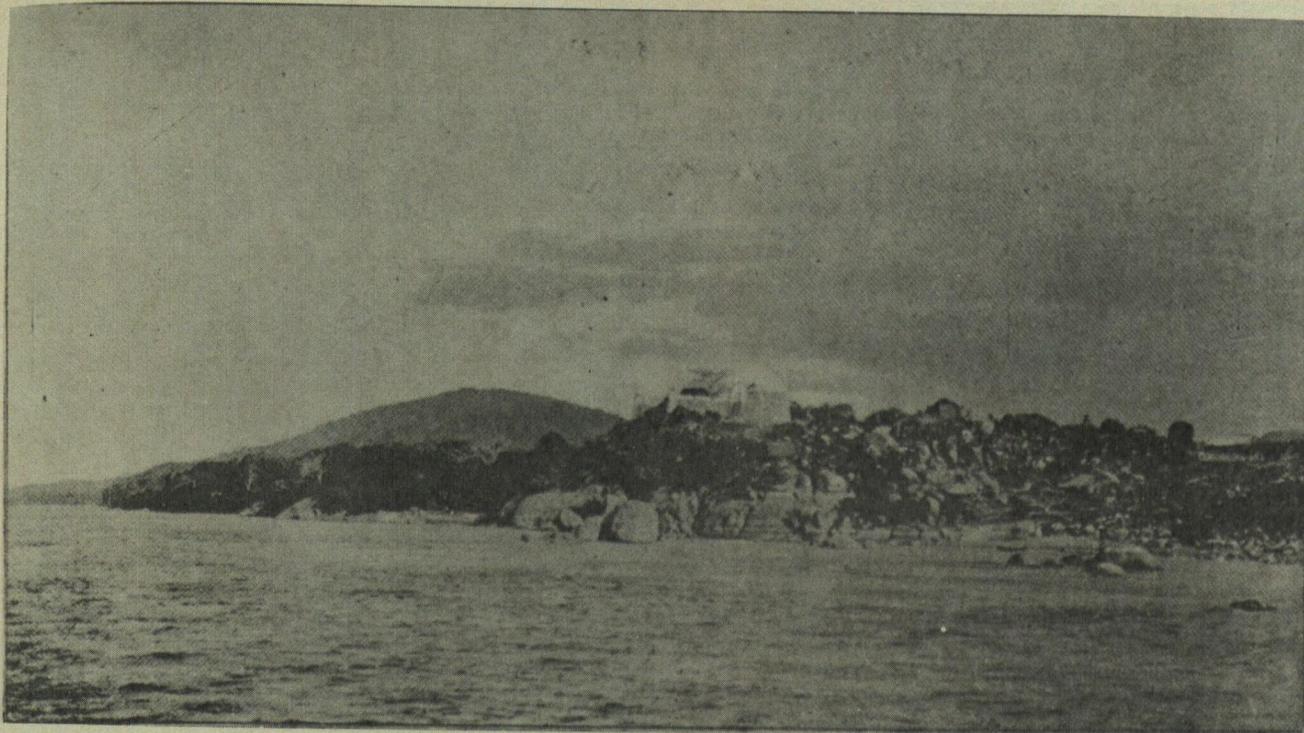
El uno.—Buenos días, viajador.
El otro.—Viajador, buen día
El uno.—Qué alegremente vas cantando!
El otro.—También tú caminas cantando alegremente.

El uno.—Es que yo parto.
El otro.—Y yo porque vuelvo.
El uno.—Es tan agradable la partida.
El otro.—Adónde vas?
El uno.—Hacia la vida.
El otro.—Es tan dulce el retorno.
El uno.—De dónde vienes?
El otro.—De la vida.
El uno.—Tengo veinte años. Voy á ver las mujeres en los balcones y á decirles versos que escucharán sonriendo.

—Tengo cincuenta años. He visto mujeres en las ventanas y les he dicho versos que escucharon sonriendo.

—Veinte años cuento. Tendré amigos con los cuales libraré santas luchas por el Ensueño, por lo bello, por lo humano.

—Cincuenta años tengo. Mis amigos y yo hemos librado santas luchas por el Ensueño, por lo bello, por la ventura de los hombres.



CASTILLO DE GUAYANA LA VIEJA — [Sobre el Orinoco]

—Veinte años! Los pobres me bendirán cuando los socorra.

—Cincuenta años! Los pobres han recibido bendiciéndome mi limosna.

—Veinte años! Si hay que sufrir para merecer la dicha, sufriré con valor hasta alcanzarla.

—Cincuenta años! Hubo que sufrir para merecer la dicha, sufrí con valor y la alcancé.

—Adiós, recuerdo viajero.

—Adiós, esperanza viajadora.

—Me place tanto oírte cantar á la vuelta.

—Es porque cantes á la partida. Vé. Vé á la Vida! Y cuando el turno sea de tu regreso no les digas á los que parten que las mujeres en los balcones no están pensando en los versos que escuchan, que el ensueño no cristaliza en realidad, que la belleza no es rosa de terrestres arreboles, que la humanidad nos odia porque la amamos, que los amigos nos abandonan en lo más cerrado del buen combate; no les digas que el pobre muere de la mano misericordiosa, ni que se sufre por la dicha sin alcanzarla jamás! Ves como río, oyes cual canto. Haz más tarde como yo. Los que vuelven no deben desalentar á los que van! Viva la ilusión en el pecho de los jóvenes!

III

EL SILFO

Quando lo que existe comenzaba á ser, sucedió que los rubíes, los zafiros, los crisoprasos y amatistas, las piedras preciosas todas se dijeron en mudos cuchicheos luminosos: Es bello esplendor y chispear mil colores, pero es lástima que no tengamos alas como las avecillas y voz como la gotita de la fuente que surge de entre las rocas!

Y, en tanto, las pardillas, las currucas, los ruiseñores, y aves grises, sin nido aún, decían: Bello es alzarse por los aires, pero ¡quién fuera un ruidillo encantador como el de las gotitas murmuradoras, y suave relámpago de mil colores como las piedras preciosas!

Las gotitas de las fuentes susurraban: nada hay más amable que nuestro murmullo armonioso, pero pluguiese el cielo que fuésemos aladas como el ruiseñor y luminosas como el rubí.

Encargado de las bellas labores de la creación universal estaba por entonces un silfo diminuto, muy atento, posado en el meñique del buen Dios: y de la gotita del manantial y de su voto, de las avecillas y de su deseo, de las pedrerías y de su pesar, formó el silfo el ave del paraíso.

— CATULLE MENDÉS.

DIVAGACIONES MACABRAS

La otra noche se reunieron varios amigos en casa de uno de nuestros más célebres escritores. Se hablaba de asesinatos á propósito, quizás, del último crimen. Había allí poetas, moralistas, filósofos, médicos, gentes todas persuadidas de que podía hablarse sin reparo, al grado de la fantasía y á la medida de sus paradojas, sin temor de que aparecieran en el rostro de sus contertulios esas sorpresas y esos terrores que la menor idea audaz ó curiosa hace pintar en la conturbada fisonomía de los notarios; y no digo notario por desdén, sino por indicar cierto estado de espíritu de la intelectualidad francesa.

—Pues! dijo uno, yo creo que el asesinato es la gran preocupación humana...

—Indudablemente! exclamó un sabio darwinista... El asesinato es la base de nuestras instituciones sociales y la más imperiosa necesidad de la vida. No es propiamente el resultado de una pasión particular, ni una forma de degeneración... es un instinto vital que reside en nosotros como los demás instintos humanos... Se le refrena, se le doma, ó, cuando menos, se atenúan sus apetitos porque es peligroso satisfacerlos sin moderación, y porque la satisfacción moral que resultaría de él no compensa las consecuencias ordinarias de ese acto: la prisión, los coloquios con los jueces y, finalmente, la guillotina...

—Oh! usted exagera, le contestó el otro. Sólo los asesinos sin elegancia y sin talento, los brutos impulsivos destituidos de criterio psicológico se dejan sorprender. Un hombre inteligente, razonador, puede cometer cuantos crímenes se le antoje. Tiene asegurada la impunidad. Sus combinaciones superiores prevalecerán sobre la rutina de las inquisicio-

nes de la policía. Usted no niega, querido amigo, que el número de crímenes ignorados...

—O tolerados...

—O tolerados, sea... es mil veces mayor que el de los crímenes descubiertos de que tanto charlan los diarios con extraña prolijidad y repugnante ausencia de filosofía. Admitido eso usted convendrá en que el gendarme no intimida á los impulsivos ni á los intelectuales del crimen. Pero no es esa la cuestión. Lo que yo quería decir es que el asesinato es una función normal, y no excepcional, de la naturaleza y de todo sér viviente. En consecuencia es injusto que, so pretexto de gobernar á los individuos, las sociedades se atribuyan el derecho exclusivo de matar, en detrimento de los asociados en los que, únicamente, reside ese derecho.

—Tan cierto es eso, dijo un filósofo, que no existe una criatura humana que, virtualmente por lo menos, no sea homicida. Yo me divierto á veces en las estaciones de ferrocarril, en la mesa del café, por donde quiera que la multitud circula, observando las fisonomías desde el punto de vista estrictamente homicida. En la mirada, en la nuca, en el zigoma de las mejillas, en alguna parte, llevan todos visible la señal de esa fatalidad fisiológica, de la tendencia al asesinato. No es aberración mía, es que no doy un paso sin codearme con el crimen, sin verlo llamear bajo unos párpados ó sentir su contacto en la mano que estrecho. ¿Ha estado usted en una fiesta de pueblo? ¿Se ha fijado usted en el placer preferido de los concurrentes, jóvenes ó viejos, de los que tienen suave mirar y de los que de sólo verles la cara hacen temblar? El tiro al blanco. Y no el tiro en donde sólo se rompen pipas y cáscaras de huevo en el chorro ascendente de las fuentes, sino el tiro complicado, dramatizado, en el que se ven pasar y gesticular muñecos de cartón, que dan la ilusión de la vida. En esas apacibles fiestas, bajo los olmos cargados de nidos, la diversión favorita es el simulacro de la matanza, que se le ofrece por dos centavos al paseante. ¡Cuántas veces he examinado en esos antros la cara del que apunta con su cara-

bina al hombrecillo de cartón que salta en la decoración arreglada para darle aspecto de realidad á la escena! Se le ve el gozo, el verdadero y penetrante gozo del homicidio. ¡Yo mismo! Bien. Yo tengo la certidumbre de no ser un monstruo, soy un ente normal, tengo ternuras, sentimientos elevados, cultura superior, refinamientos de civilización y de sociabilidad. . . . y ¡cuántas veces he sentido gruñir dentro de mí la voz imperiosa del asesinato! ¡Cuántas veces he sentido subir de lo profundo de mi sér al cerebro, en onda de sangre, el áspero, el violento, el casi invencible deseo de matar! No crean ustedes que ese deseo se ha manifestado en una crisis pasional, ó haya acompañado una cólera súbita é irreflexiva, ó se haya combinado con viles intereses venales. . . . no, ha nacido súbita, poderosa, injustificadamente, sin motivo, á propósito de nada. . . . en la calle, por ejemplo, ante la espalda de un desconocido. Hay espaldas que provocan el cuchillo. ¿Por qué? . . .

Un poeta que no había dicho palabra hasta entonces, habló después del breve silencio de angustia que siguió á la confidencia del filósofo :

—¿Por qué? ¿Quién lo sabe? . . . Es que acaso somos, sin osar confesarlo, criminales impotentes y estériles. Yo he sentido más de una vez esas impresiones descritas por nuestro amigo y hace poco, me ocurrió esto. Venía de Lyon, solo, en un compartimiento de primera. No recuerdo en qué estación subió un viajero. Bien sé, que el disgusto de verse turbado en su soledad, ó en su meditación puede determinar estados de espíritu de violencia interior. Pero yo no experimenté nada de eso. Me estaba fastidiando ya de estar solo y la llegada de mi compañero me causó más bien placer. Se instaló frente á mí, después de haber colocado con precaución su saco de viaje en la red. Era un hombre gordo, de aspecto vulgar. Pronto me fue antipática su grosera fealdad. Minutos después sentía al verlo una insoportable repugnancia. . . . Estaba pesadamente arrellanado sobre el cojín, abierto de muslos, y el voluminoso vientre le temblaba, á cada sacudida del tren, como un molde de gelatina. . . . Tenía calor y se quitó la gorra de viaje para secarse la frente, baja, limitada por el cabello corto y erizado como un cepillo. La cara no era sino un montón de pelmazos de gordura, y la triple barba le oscilaba sobre el pecho, como una corbata floja de carne blanda. Para librarme de esa vista me volví hacia el paisaje y me esforzé en abstraerme de la presencia del importuno compeñero. Pasó una hora. Cuando la curiosidad, más fuerte que la voluntad, me hizo volver los ojos hacia él, estaba profundamente dormido, acomodado sobre su propio cuerpo, la cabeza en vaivén sobre el hombro, las manos abotagadas, abiertas, posadas en las piernas. Los ojos redondos se le saltaban de bajo los párpados cerrados por entre una abertura de los cuales se veía un polo de pupila negra, como una equimosis en un girón de piel lacia. . . . ¡Qué locura me cruzó súbito por la mente! No sé! Porque si bien he sentido el deseo de matar ha sido en embrión y nunca en acto. Me levanté suavemente y me acerqué al dormido con las manos abiertas, crispadas como para la violencia de una extrangulación. Estoy dotado de una fuerza poco común, de una agilidad muscular y un poder de presión extraordinarios que centuplicaba en ese instante el ardor extraño del dinamismo de mis facultades fisiológicas. Mis manos iban solas hacia la garganta de aquel hombre, solas, ardientes y terribles. Sentía en mí una ligereza, una elasticidad, un flujo de ondas nerviosas, que me producían una voluptuosidad real. . . . En el momento en que mis manos iban á cerrarse como tenazas sobre su cuello, despertó el hombre. Se despertó con el terror pintado en los ojos y

balbuceando : "¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?" La mirada vacilaba y luego se fijó en mí, espantada y espantosa. Yo sin decir nada, volví á sentarme con aire indiferente y volví á contemplar el paisaje. A cada minuto crecía el terror en la mirada del hombre que, poco á poco, fue maculándose de rojo, amarotándose. Hasta París conservó su mirada aquella aterradora fijeza. Cuando el tren se detuvo el hombre no bajó. . . .

El narrador encendió un cigarrillo y, dejando escapar una bocanada de humo, agregó:

—Como iba á bajar. . . Estaba muerto. Yo lo había matado de congestión cerebral.

OCTAVE MIRBEAU.

PAGINAS PARA LAS DAMAS

(ESCRITO EXPRESAMENTE PARA "EL COJO ILUSTRADO")

Competencia de tejidos—Ecos de la elegancia europea—La moda en Madrid—Esclavinas y sombreros—El arte moderno en la mujer—Tres mil niños en Palacio—Entre los árboles—Lo del día—San Sebastián y Asturias—Sello de raza—Lo que no muere ni se olvida.

Madrid : junio de 1896.

Señor Director de EL COJO ILUSTRADO.

Caracas.



La nota suprema de la elegancia en lo que á fantasías estivales se refiere, será sin género alguno de duda, el linón, tejido vaporoso, ideal, que las damas de principios de siglo tuvieron en mucho, y que las gentes modernas habíamos relegado poco menos que al olvido. Tanto se impo-

ne su uso, que casi estamos por asegurar que, en determinados trajes, sustituirá á la muselina de seda. Mientras no se acentúa el calor, y esperando que éste justifique el empleo del linón en los trajes, se aplica con buen acierto, en concepto de adorno, bordado, calado en tiras, ceñefas y quillas, resultando por todo extremo distinguido y juvenil. El jular á cuadrillos, y á rayas, también predomina, combinando, eso sí, en su dibujo, tonos suaves, rosa y azul, blanco y dorado, verde y gris, en una palabra, todos los matices armónicos cuyo uso aconseja el arte á la mujer para realzar su poética y delicada belleza.

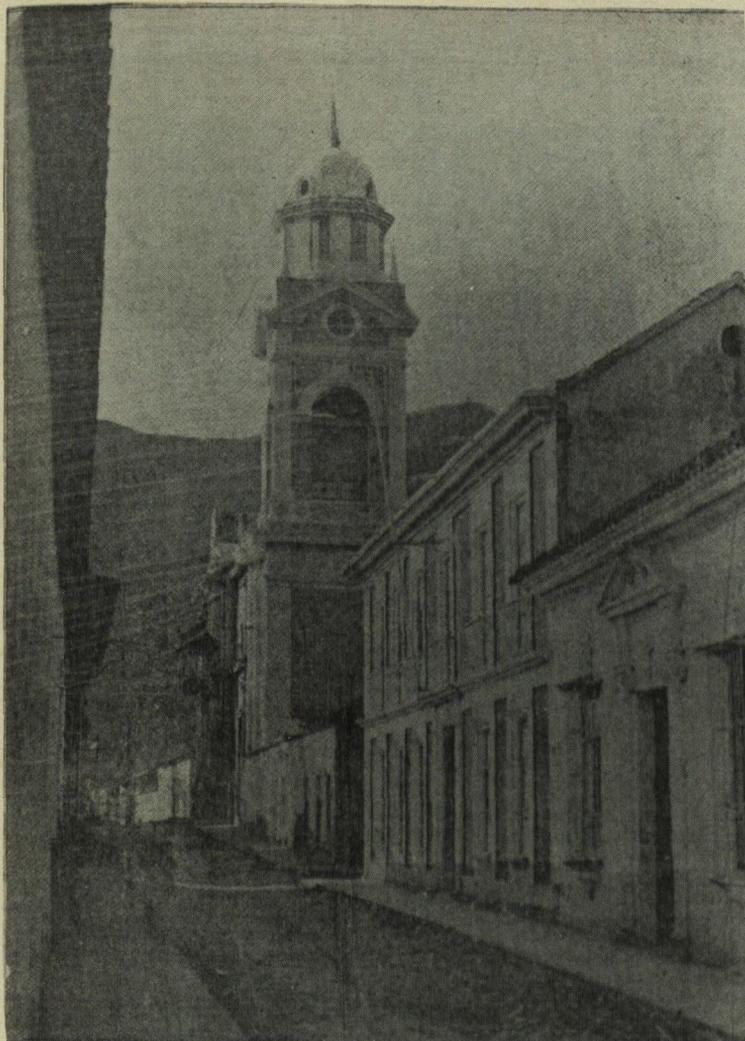
Insiste la elegancia europea en adornar mucho los cuerpos, ya que las faldas se llevan lisas, y á tal punto llega la fantasía sobre este particular, que algunos cuerpos resultan verdaderas maravillas. Bien puede asegurarse que no se ven dos cuerpos iguales; el gusto femenino ensaya en ellos sus fantasías con tanto acierto, que como nunca, se evidencia ahora cuánto en pocos años ha adelantado en belleza y gracia el arte de vestir.

La seda otomana, el paño Sedán, la benjalina y el encaje, son los componentes lindísimos de esas esclavinas de primavera puestas en boga, que no cubren el talle y por la amplitud graciosa de su hechura, tanta gallardía prestan á la mujer. Todas, absolutamente todas esas esclavinas, tienen

altos cuellos escarolados, y llamamos sobre este particular la atención de nuestras queridas lectoras venezolanas, porque la moda del día, así en abrigos como en cuerpos, aun á despecho del calor que se inicia, impone los cuellos muy altos, apartándose en absoluto de los escotes, como no sea para trajes de sociedad y mucha ceremonia. Respecto á los sombreros, nunca como ahora los hemos visto tan adornados; aparte de las tocas, que son reducidísimas y sencillas, según conviene á los trajes de mañana y poca pretensión; aparte de estas, los sombreros grandes, de copa baja, desapareciendo su hechura bajo un verdadero montón de flores, encajes, cintas y plumas. Esto resultaría horrible, amadas lectoras mías, si el aglomeramiento de adornos no tuviera por inspirador el arte, pero con auxiliar tan ingenioso y amable, el efecto es encantador, y las damas de nuestra época adquieren atractivos centuplicados, sin que para ello sean necesarios los excesivos gastos, que antes fueran causa de la ruina tristísima de tantas familias. La moda, hoy más que nunca, armoniza con la economía, porque la industria, al imitar los más costosos tejidos, pone el buen gusto al alcance de todas las fortunas. Siguiendo discretamente sus consejos, no cabe abrigar el temor de incurrir en el deplorable defecto de la cursilería; la hechura, la elección de colores y de adornos, determinan el efecto de un traje, prestando en absoluto el valor de la tela. La moda que exige sacrificios pecuniarios superiores á nuestras fuerzas, en vez de agrandar abruma, en vez de complacer enfada; no en vano el progreso se vanagloria de revestir múltiples aspectos; á nosotros nos encanta cuando facilita la misión de la mujer en el hogar, por lo mismo que la familia y sus solaces, son la única, la positiva dicha de la tierra.

Nuestra bondadosa y joven soberana, á quien los áridos negocios del Estado no divorcian en modo alguno de cuanto atestigua la ternura de la mujer y de la madre, ha reunido recientemente en Palacio tres mil niños de los colegios de Madrid, los mismos que tomaron parte en la campaña *Fiesta del Arbol*, obsequiándolos con una espléndida merienda presidida por Alfonso XIII. Lo lluvioso y desapacible del tiempo, no fue obstáculo para que la fiesta infantil resultara por todo extremo pintoresca y risueña. ¡La niñez tiene tantos encantos! Es ella á la vida, fecunda en desventuras, lo que son las mariposas para los campos, alegría y belleza, lo que es la aurora á los cielos, cuando sacuden las nebruras de la noche: poesía y luz.

La serie de conciertos organizada en el local ocupado en el Retiro, por la Exposición del Círculo de Bellas Artes, ha gustado mucho, viéndose allí el núcleo de nuestras elegantes madrileñas, luciendo más que en las carreras las artísticas fantasías que distinguen á la risueña moda primaveral. Ningún vecino de la corte, importa poco la clase á que pertenezca, deja de sentir especial predilección por el Retiro, umbroso, fresco, poblado de armonías y de flores. No es extraño, por lo tanto, que cuantas diversiones en dicho sitio se organicen, obtengan entusiasta acogida. Además, con los deslumbramientos pecuniarios á Mayo, y las avanzadas temidas, si se quiere, pero al fin positivas del calor, la población se siente estrecha en las angostas viviendas y anhela por momentos esparcimiento y diversión al aire libre. Los teatros se resienten de esta corriente, y sólo á título de excepción muy justificada, la *Comedia* en los pasados días ha reunido el Madrid aristocrático e inteligente, nunca satisfecho de rendir tributo de admiración al gran artista italiano, Ermete Novelli, por su inflexible inge-



IGLESIA Y CASA DE GOBIERNO EN LA VICTORIA

nio y arte exquisito, en todas las obras de su repertorio de mil maneras revelado. Palcos y butacas del lindo coliseo, parecían las noches de moda, inmenso, colosal ramillete de animadas flores, según eran de bellos los trajes de las damas, en los cuales se hiciera derroche espléndido de riqueza y buen gusto.

Todavía no se ha puesto sobre el tapete el tema de los viajes veraniegos, fecundo en discusiones para la mayoría de las familias. El calor se retrasa, pero vendrá al fin y la moda, la corriente avasalladora de la costumbre, impondrá la necesidad de viajar, siquiera por un par de meses; el afán de mudar de aires acarrea no pocas molestias y enormes gastos. San Sebastián será como siempre, la playa favorecida por los privilegiados de la fortuna que veranean en España, y al par de ella, la pintoresca Asturias se verá invadida por la alegre colonia emigradora, de resultar cierto el rumor, harto extendido; del viaje de la familia real á Covadonga, para la confirmación del pequeño soberano.

La procesión del *Corpus*, celebrada en la heroica vi-

chedumbres, inquietas, impresionables, vehementes, ponen sello, por decirlo así, á la típica fisonomía nacional, evidenciando ante los extranjeros que nos contemplan y estudian, que España es como ayer el país apasionado

de sus tradiciones religiosas y de sus legendarios heroísmos, que siempre tuvieron por objetivo á la mujer y al amor, en la escala infinita de los humanos anhelos.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

VIAJE

—¿Quién se embarca? gritaba el marino sentado en la popa de la embarcación.

¿Quién se embarca en el mar de la vida?

Y dije al momento:

—Bogar quiero yo.

—Me dirijo á remotas regiones, el bravo marino volviéme á decir, y saltando á la barca ligero repuse:—No importa, yo quiero partir.

Cortamos la amarra, hinchada la vela se ve por el cierzo salobre del mar.

—¿Dónde vamos?

—A un punto remoto, que tal vez no existe, llamado Amistad.

¡Amistad! Encantado paraje que en dulces ensueños con el alma ví, lo hallé con escollos y bancos de arena, y el débil esquife por poco perdí!

Salimos del puerto rasgada la vela, el mástil partido y roto el timón, buscando refugio, buscando esperanzas en el ancho golfo que llaman Amor.

Tempestad desecha, profundos abismos en sus latitudes revueltas hallé, y en la débil lancha, tras grandes esfuerzos, á remotas playas gozoso arribé.

Radiante la aurora brillaba en el cielo; copiaban las aguas su hermosa extensión.

—¿Qué paraje es éste?—pregunté al marino, y él dijo:—La playa de la Religión.

Y aunque de misterios me ví rodeado entre las grandezas del cielo y el mar, en aquellas zonas echamos el ancla, y ya no he querido volver á bogar.

TOMÁS DE ASENSI.



CALLE REAL DE LA VICTORIA

PAGINAS CORTAS

MARIA, LA DEL CIELO



El nombre de María es el anillo al través del cual pasan los más puros recuerdos del cristianismo, como pasa una ancha banda de seda al través del anillo de una dama.

En el arte gótico tiene la belleza martirizada y transparente que le da esplendor de electa; en las telas de los pintores del Norte tiene la magnificencia de la serenidad, reflejos de inacabable calma: el Perugino en líneas trazadas por el genio pintó su célica castidad: en la Virgen de la Silla ostenta cierta belleza pagana; pero ni la poesía, ni la paleta ni el cincel alcanzan á dar idea plena de ese rostro humano iluminado por un alma á tal grado bella que Dios la eligió para vivienda y santuario suyo. Los que la vieron no osaron describirla. Era morena ó rubia? Blanca como el blanco mármol recién salido de la cantera ó como la perla oriental? Azules los ojos como el cielo á donde ascendió sin morir, ó negros como la sin par belleza de la noche? Cuanto sabemos es que "la expresión de su rostro no era santa ni angélica sino muy superior á eso y habría que inventar una nueva voz para expresarla."

De todas las Vírgenes que nos ha legado la escultura y la pintura las más bellas son las de anónimos artistas antiguos que aparecen en la historia como los viejos reyes de Oriente, con la majestad de lo desconocido. Para ellos, la santa mujer cuya vida fue una sola armonía, no debía ser corpórea. Sobre un traje flotante diseñaban ellos el virgíneo rostro divino, entornadas las pupilas como para que lo velaran con invisible velo.

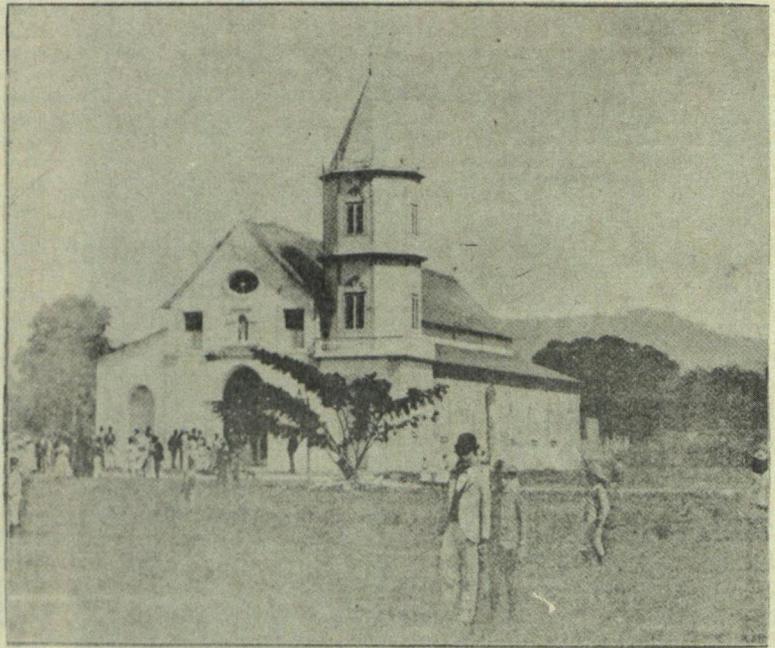
La tradición la rodea y la envuelve desde su nacimiento: desde el beso que San Joaquín dio á Santa Ana en la puerta dorada de Jerusalem. La Edad Media no fue insensible á la poesía de esa escena, sino que la reprodujo y de sobre los juntados labios de los esposos arranca, en sus cuadros, un blanco lirio en cuya corola asoma el rostro de María.

La misma clásica actitud de la Virgen es simbólica. Está en pie porque es mediadora entre el Eterno y los mortales: tiene las manos cruzadas sobre el intocado seno: una corona ciñe su frente: á sus pies está la media luna, la serpiente y el globo.

La corona tiene doce estrellas porque la iglesia reconoce á María en la mujer que San Juan vio coronada por doce astros rutilantes. La luna, recuerdo también de Juan, representa la humana inconstancia, variable siempre como la luna que crece y decrece: símbolo de las cosas pasajeras y móviles de este mundo. María con su pie divino fija esa movilidad.

La serpiente recuerda el versículo bíblico: tratarás de morderla en el calcañar y ella te aplastará la cabeza.

No está sobre una nube, sino sobre el mundo porque, como nosotros, es hija de Adán. La leyenda, en este punto, llega hasta afirmar que su familia no se ha extinguido y el viejo blasón heráldico de los duques de Lewis, de la más antigua nobleza



IGLESIA DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN — [Güiría]

européa, reclama esa encumbrada prosapia. El viejo duque cuando iba á Nuestra Señora de París, decía: "Voy á ver á mi prima."

Las fiestas de María á través del año son una cadena de resplandecientes aureolas desde la de la Inmaculada Concepción hasta la de Nuestra Señora de los siete dolores, solemnidad de tristeza en que se rememoran las angustias de la angélica reina que aún cuando fueron más de siete, llevan ese número simbólico que en las Escrituras designa las cosas innumerables.

JEAN DE BOMEFOU.

Los amigos de Zola están muy esperanzados esta vez y creen que le será concedido el sillón que dejó vacante Alejandro Dumas. Francois Coppee defenderá la causa del autor de *Roma* y trabajan activamente en su favor Sardou y Paul Bourget. Se dice que Brunetière, el duque de Broglie y el Vizconde de Vogüé han renunciado á votar con el partido de los duques en contra de Zola, y si todo esto es cierto dentro de poco será de la Academia el eminente escritor. ¿Será que ese cambio se deba á las ideas un tanto conservadoras ardentemente defendidas en estos últimos tiempos por el autor de *Nana*?

EL SUPPLICIO DE UN PROFETA

El asesinato del Shah de Persia perpetrado por un babista ha hecho recordar el suplicio que le fue infligido al joven jefe de la secta, que, como es sabido, comenzó la predicación de una doctrina casi cristiana, hace cincuenta años, cuando él contaba apenas 19. Fue tal el número de sus adeptos que los sacerdotes musulmanes atormentados lograron que se le persiguiera y por último lograron hacerlo prisionero con dos de sus discípulos.

Fue dispuesto que, á fin de disipar toda duda en el ánimo del pueblo respecto á la identidad del Bab, el suplicio fuera público de modo que todo el mundo se persuadiera de su muerte.

Ligados los brazos por esposas y con un cárcin al cuello fueron paseados por las calles de Tifz, el Bab y sus discípulos. Un soldado llevaba de la mano las tres cuerdas que pendían de los tres carcanes. A empujones, entre las rechifas, los golpes y las pedradas que le lanzaba el pueblo, pasearon todos los bazares y todas las calles de la ciudad. Por último fueron conducidos en casa de un teólogo á fin de que el Bab explicara sus doctrinas, y de ahí los arrastraron con gran tumulto hasta la casa de otro gran sacerdote. Los soldados permitían que el pueblo los abofeteara. Tres sacerdotes ratificaron públicamente la sentencia de muerte.

A la salida de la casa del segundo de los sacerdotes uno de los discípulos, Houssein Jezdi, cayó como desmayado llorando amargamente. Se le hizo poner de pie y no pudo tenerse. Entonces sollozando confesó que sus fuerzas estaban agotadas y pidió perdón.

—Si maldices á tu maestro, te haremos gracia, le dijeron.

Houssein Jezdi lo maldijo.

—Escúpele la cara y te pondremos en libertad.

El apóstata le escupió la cara.

Lo libraron de sus prisiones y lo abandonaron. Cuando la calle quedó desierta el hombre se levantó y tomó el camino de Teherán. Poco años después, arrepentido, abrazó de nuevo el babismo y recibió el martirio por la fe de que había renegado.

Los ejecutores tentaron entonces al otro discípulo, joven, rico, habituado á una existencia tranquila. Hicieron venir á su presencia su mujer y sus hijos, y ni por el terror ni por la piedad lograron conmovirlo. Cuanto pidió fue que le permitieran morir antes que su maestro.

Viendo que era inflexible y que ya se aproximaba la puesta del sol los llevaron á la ciudadela de donde los habían sacado en la mañana; los ataron fuertemente por debajo de los brazos y los colgaron del lado afuera de un alto murallón de ladrillos. La multitud agrupada detrás del regimiento que debía hacer fuego presencia



LA VENDIMIA, GRUPO DE A. MILANO — [Salón de los Campos Eliseos — París]

el suplicio. Mohammed-Aly, el discípulo fiel, preguntó entonces con voz que oyó distintamente el populacho: ¿Maestro, estás contento de mí?

En ese momento resonó la descarga.

Ni una bala había tocado al Bab, pero la cuerda que lo retenía fue cortada por un proyectil, y el mártir cayó por tierra.

La tortura del día y la dolorosa suspensión habían agotado sus fuerzas y turbado sus sentidos. El Bab se incorporó y corrió á refugiarse en una garita. Allí un capitán lo mató á sablazos.

Todos están de acuerdo en que, si en vez de haber corrido en esa dirección avanza hacia las tropas, ni el pueblo ni el ejército, estupefactos por lo que consideraban un milagro, hubieran tenido valor sino para arrojarse y proclamarlo, y que ese día habría sido el último de la dinastía de los Kadjars.

El cadáver del Bab fue arrastrado por las calles de la ciudad y al día siguiente arrojado fuera de las murallas para que sirviera de pasto á las bestias.

Paisaje

(POR MARGARITA DE PIMENTEL)



Es la hora del crepúsculo, hora llena de profunda vaguedad, de encantos indefinibles, que impregnan el alma de dulce melancolía.

La brisa de la tarde al pasar por entre los árboles, murmura á mi oído frases desconocidas. Allí, á lo lejos, en el fondo azul del firmamento, las nubes dibujan figuras caprichosas que la imaginación reviste de formas que semejan seres amados y

ya idos.

Los blancos túmulos de los sepulcros brillan con indecisa claridad á los últimos reflejos del sol poniente.

El verde oscuro de las montañas que circundan el horizonte, hace contraste con la blancura de la ciudad de los muertos.

Reina profundo silencio, silencio que sólo interrumpe la brisa fría de la tarde al inclinar sobre las tumbas la copa del sauce ó la florida rama del rosal, y el monótono y triste concierto de los insectos escondidos en la yerba.

Por encima del angosto muro que circunda el cementerio, se divisa el sendero que conduce de la vida á la muerte; del bullicio al silencio; de las pasiones á la inalterable tranquilidad de la tumba.

El alma se siente subyugada, atraída por el misterio.

¿Cuántas ideas, cuántos pensamientos se despiertan en la mente al meditar en lo desconocido!

Unas veces el temor domina nuestro espíritu, otras nos alienta la esperanza, y, al fin, la religión fortificando nuestra fe, nos trasporta más allá de los blancos túmulos de piedra.

Los Relicarios

(POR FRANCIS MARATUECH)

Por entre los postigos entreabiertos se desliza un vivo rayo de luz en que danzan los átomos.

Despeinada, pálida, con la mirada fija, vela atenta la madre, contenido el aliento. ¿Hace meses de esto, hace días? Ella no lo sabe.

Entre las cortinas cerradas duerme el niño su sueño febril, mientras que ella tiembla, cada vez más aterrada por las lamentables incoherencias de los accesos.

Hace mucho tiempo que el pobre chiquito permanece perdido en aquella inmensa cama nupcial, alta, ancha y profunda,—el lecho tradicional, sólido y sano.—¿Cómo trepaba á él en otro tiempo por la escala portátil de tres gradas, con la agilidad graciosa de un gatito!

Había tenido el capricho de no querer dormir sino en la cama del abuelo—el altar de familia, santificado hacía casi doscientos años por los nacimientos y por la muerte.....por el amor también. Pero ya no le interesaban las representaciones de los buenos tiempos viejos, sencillos y candorosos, asuntos de caza, de pesca, cuadros sagrados ó profanos: el cielo de su cama contenía sin embargo todo un mundo poético y encantador, que sólo para él se animaba.

Hace muchos días, ¡ay! que el pobre chiquito, con los ojos hundidos, la frente pálida y el rostro demacrado, se hunde en un semi-sueño agitado por pesadillas, mientras su fina cabeza parece desvanecerse entre los bucles extendidos de sus cabellos dispersos en forma de aureola. Está pálido, con palidez nacarada, y casi inmaterial entre las cortinas de cuadros azules y blancos que tamizan la luz vaga. Son perturbaciones nerviosas; es una fiebre lenta que pasará á fuerza de tranquilidad.....Nada hay que hacerle: reposo, y sobre todo no contrariarlo, habían dicho los médicos.....

*

Inesperadamente una voz débil turba el triste silencio del vasto aposento, que tenía las sordas resonancias de una pieza por largo tiempo deshabitada. Una manecita diáfana se agitó en los rayos luminosos haciendo además de atrapar un puñado de átomos:

—Mamá, mamá!.....

La madre se acercó con el corazón agitado y más pálida que su hijo, y se inclinó sonriendo hacia el niño que le hablaba como soñando:

—Debe haber flores allá fuera.....yo quiero!.....Y también dos pedazos de vidrio..... y musgo.....papel blanco y tus tijeritas de bordar.....es para hacer una cosa.....tú verás, mamá. Pero, pronto!

El enfermo se sofocaba, hablando con imperceptible impaciencia. Un matiz rosado teñía sus pomulitos:

—Ten juicio, amorcito mío, tendrás todo lo que quieras.

La pobre mujer, arrastrando sus piernas dormidas é hinchadas por las viglias, bajó al jardín, donde la ofuscó el radiante esplendor del joven abril. Ella cogió al acaso flores entre el césped- violetas, botones de oro y margaritas—arranque una costra de musgo del tronco de un olmo viejo, tomó dos láminas de vidrio del borde de una ventana, y volvió corriendo á vaciar sobre la ancha cama el contenido de su delantal; sin miramiento alguno por la bella manta de crochet, de que era tan cuidadosa y estaba tan satisfecha.

Estaban las flores como bañadas de rocío, tanto había llorado la madre, al cogerlas, de enternecimiento y de esperanza.

El niño se incorporó en las almohadas;

con el mismo lento y cansado ademán bañó su mano plácida en el tibio rayo en que gravitaban los átomos.

La madre se estremeció al pensar que aquella escala angélica no se coloca así entre el cielo y el gran lecho de los abuelos sino para que pueda más fácilmente subir el alma del chico allá arriba, hacia el sol que carmina entre sus rayos de oro y fuego!

—Mamá, buena mamá, dame ahora tus tijeras y papel. Estoy bien y quiero divertirme.....

Entonces abrió ella enteramente las colgaduras, y el enfermo lanzó un alegre grito de pájaro. Con delicada y conmovedora atención había reunido la pobre mujer sobre una mesa redonda los juguetes del niño: el polichinela de colorines, el tambor adornado de cobre, y los soldados de plomo en batalla—era para hacerle más grato el despertar, con el espectáculo de los objetos preferidos.....

Pero el niño, suspirando, apartó su mirada melancólica y profunda para volverla á las flores que embalsamaban su cama con un grato olor de primavera. Con las narices dilatadas, aspiró prolongadamente la intensa vida exterior, y luego, muy grave, dijo:

—Debo despacharme ahora.....Voy á hacer "relicarios."

*

Y sacando la punta de la lengua, laborioso, con ademanes inexpertos y encantadores, hacía esfuerzos—un poco oprimido siempre—esparciendo las flores, arreglando el musgo, cortando papel.

—Ya!—dijo poco tiempo después—aquí están "sus dos relicarios," mira, mamá, qué lindos son!

Aplaudió débilmente. La opresión aumentaba.

—Descansa, hijo mío.....

—Sí, sí.....Mira, pues, mamá.

En cojines de musgo se mostraban las margaritas y los botones de oro rodeados por una corona de violetas, detrás de un vidrio colocado incorrectamente en un cuadro de papel.

—Bueno, para papá, cuando vuelva de su viaje, las flores de oro; para tí, mamá, las margaritas. Ahora voy á descansar.....

Dobló el niño con gracia su brazo enflequecido bajo su cabellera rubia—así pone el pajarillo la cabeza bajo el ala para dormir—; le corrían por las sienas gotas de sudor:

—Pero tú siquiera no sufres, mi tesoro, dime, dime—preguntaba ansiosa la madre.

—No, no; estoy bien, tengo sueño.

Levantó tranquilamente la cabeza:

—Le dirás á papá que he hecho estos relicarios pensando en él.....también para..... para consolarlos á los dos.....

La joven se lanzó á él exhalando un grito de terror, un grito estridente de agonía. La cabeza del chiquito, volviendo á caer rodaba sobre su rubia aureola.

Al rededor de los ojos, de la nariz perflada, crecían sombras violadas—la sombra aterradora de la muerte que pasaba, mientras que el alegre rayo en que los átomos danzan se posaba precisamente en los labios azulados y sonrientes, de los cuales había volado el alma á lo infinito donde tantos soles marchan, llenos de júbilo, sobre sus rayos de oro y de fuego!

Historias misteriosas

SERENA ALBRIZZIA

À GABRIEL D'ANNUNZIO

(POR RENÉ MAIZEROT)

¿Qué buscaba aquella mujer—espectro en la playa solitaria y desolada, en cuya húmeda arena se pudrían esqueletos de tar-

tan que evocaban naufragios lejanos, donde las algas arrojadas por el mar, amasadas por el empuje incesante del flujo, tomaban aspecto de muralla? Qué imploraba con sus gestos de angustia y de espanto? Qué voces misteriosas venía á escuchar al caer de la tarde, entre los roncacos clamores de los pájaros de mar y las dilataciones, monótonas quejas de las olas cabalgando sobre las olas? Qué manos invisibles la azotaban, la aguijoneaban, guiándola hacia los bosques de olivos, ya envueltos en la sombra azul de las colinas? Con aquél paso resbaladizo de alucinada, ¿corría acaso á una cita? Era algún estrige que vuela hacia una mansión frecuentada, que se despierta con los murciélagos, alguna muerta enamorada, resucitada por mágico conjuro, que viene á sentarse en el sitio acostumbrado, á murmurar frases de amor al corazón infiel donde agoniza su recuerdo? Llevaba al rededor de su cuerpo descarnado, de su cabellera suelta, girones de sudario, ó vagaba enloquecida, engalanada para una fiesta virginal, vestida de flotantes y ligeras muselinas, envuelta en los amplios pliegues de albo cendal?

En tanto que el viento arrastraba á través del cielo como las cenizas de apagado brasero, cubriéndole de vagas nubes que semejan marchitos ramilletes de violetas; mientras las ruinas de los templos y de los acueductos, los negros cipreses que siembran el campo de fúnebres obeliscos, los miserables caseríos que á lo lejos parecen montones de escombros, se desvanecían, se esfumaban en los movidos pliegues de una cortina de niebla, rompieron el silencio, súbitamente, imperiosos y siniestros sonidos de cuernos, poblado de prolongados sollozos la triste bahía; negras cabras salieron de la maleza y se agruparon delante de la extraña paseante, rozándola con sus torcidos cuernos y sus ásperos vellones.

Seguía al rebaño un viejo pastor, cuyos dedos temblorosos desgarraban una á una las cuentas de un rosario; su faz rugosa, tal como un pergamino polvoriento y amarillado donde se trazaran signos cabalísticos, tenía algo de bestial, su cuerpo se encorvaba y sus piernas vacilaban como bajo un peso abrumador. Perezosamente hizo por tres veces la señal de la cruz, y con humildad de servidor, exclamó: "Ha llegado la noche, signora Serena!" Entonces, la Dama-Blanca, dócil, pasiva, como una niña que hubiera jugado bastante, tomó la mano del anciano, se dejó conducir sin murmurar una palabra, y presto desapareció en el polvo que se elevaba del camino, en medio de un rumor de cencerros y de balidos.

Yo había visto su pavoroso y trágico rostro, y como en aquel crepúsculo autumnal, en que me sentí desfallecer de terror, aún me estremezco cuando pienso en aquellas pupilas de ciega, vítreas, pálidas, descoloridas, que se congelaban como charcos de agua estancada bajo una frente de dolor y de pasión, y en todo lo que restaba de hermosura y de juventud en aquella faz marchita y lívida de mártir.

En seguida supe que la desventurada criatura era loca, y que vegetaba abandonada en una quinta ruinosa, donde sólo aquel pastor se ocupaba de ella.

Desde su infancia, Serena Albrizzia tuvo ojos que atraían, que producían vértigos, que no se podían olvidar; ojos grandes y profundos, velados por las aterciopeladas y palpitantes franjas de largas pestañas oscuras, que semejaban alas de mariposa de noche; ojos que cambiaban de tinte como el cielo y el mar durante la tempestad, que palidecían repentinamente como piedras preciosas que se mueren, que parecían abstraerse de la vida, partir, viajar no se sabía adónde, que rompían las

tinieblas con su mirada aguda, que sondeaban lo invisible, que irradiaban claridades sobrenaturales, y se velaban, se extinguían como en una niebla de invierno, que inspiraban el deseo de robarlos, de interrogarlos, y también de huírlos; ojos que sentías revolotear á vuestro alrededor, que os quemaban como rayos deslumbradores que brotaran de un lente de cristal.

No fue sino al cumplir dieziocho años que se reconoció que sus ojos esparcían maleficios, que tenían el triste poder de enlutar las casas, de provocar los desastres, de atraer la mala suerte.

Ya antes, la nodriza que la amamantara se había extraviado, una tarde de nieve, y había sido devorada por los lobos; las débiles comulgantes envueltas en largos velos de tul que por vez primera venían junto con ella á recibir la santa hostia, una mañana de Corpus, habían perecido casi todas en medio de horribles sufrimientos, incendiadas con uno de sus cirios simbólicos; el tío que, al quedar huérfana, la recogió con ternura, que se ingeniaba para hacerla feliz y satisfacer sus menores caprichos, había sido asesinado por malhechores al servicio de algún cobarde rival.

Después, dueña de sí misma, mujer precoz, tan radiante de hermosura que las gentes del pueblo se volvían en las plazas y en las calles para contemplar por largo tiempo su talle esbelto, sus líneas puras, su tez de flor, sus ojos deslumbradores; tan hermosa, que los niños le sonreían, que en el teatro arrancaba murmullos de admiración de un extremo á otro de la sala cuando entraba en su palco. Serena Albrizzia sintió el deseo de ser amada, esperó, buscó, eligió el alma apasionada digna de fundirse en la suya, de poseerla toda entera hasta más allá de la muerte, saboreó con ardor la delicia de las incertidumbres, de las iniciaciones, de los sueños, de las emociones, la tortura del deseo, la embriaguez de las confesiones y de los besos, el espejismo de los éxtasis. Y el amante adorado á quien habría servido de rodillas, á quien con pesar y ocultándole sus lágrimas despedía cada noche, cayó con su caballo sobre piedras cenagosas, destrozándose el cráneo.

El sacerdote que la confesaba no trató de consolarla, y le dijo con tono cruel de exorcista:

"Decididamente, tú tienes el mal de ojo, causas la desgracia de todo lo que te rodea, de todo lo que tocas, de todo lo que amas; eres peor que los azotes que la cólera celeste desencadena sobre nosotros; llevas en tí el demonio, y tu deber es huír para siempre de las gentes y ocultarte en lo más profundo de las soledades!"

Vibrante de remordimientos y de terrores, enloquecida, maldiciendo al Destino, obedeció á esas sugerencias implacables; se refugió en las montañas de Gádna, cerca de una aldea miserable, se encerró en su casa y su jardín, vivió como cenobita. No se tranquilizaba sino al declinar el día, se apartaba de los espejos, de los estantes, de las cisternas, de los platos de cobre y de plata donde pudieran reflejarse sus maléficis ojos, recitaba sin cesar inquietas oraciones, maquinalmente repetía en voz baja los nombres de todas sus víctimas. Bien que ella evitase mirar á los robustos campesinos que la servían, éstos fueron atacados, uno tras otro, de enfermedades hasta entonces desconocidas. Fuertes granizos azolaban las viñas, destruían los verjeles, tumbaban los maíces, fiebres infectivas devastaban los establos.

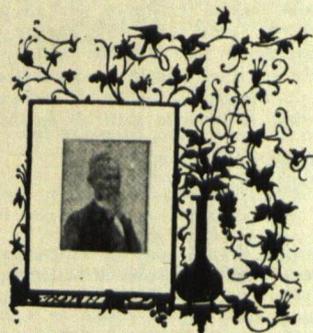
Y una noche, los rústicos amotinados sonaron el toque de agonía, vistieron sus cogullas de penitentes, arrancaron á Serena Albrizzia del lecho donde imploraba, adormecida, la misericordia de Dios, y abrazaron sus pupilas con un crucifijo de hierro

que habían enrojecido en la lumbre del hogar.

¡Oh! aquel fantasma blanco que vagaba en la playa solitaria, llamando la noche con sus gestos desesperados, azotado por el rocío y las anchas alas de los pájaros de mar! Oh! aquellas órbitas sin brillo, como llenas de agua muerta, en una faz macilenta de endemoniada!

EL QUE Á HIERRO MATA.....

I



Yo era un niño.

Extraño suceso conmovía profundamente el ánimo de los laboriosos habitantes de La Guaira.

Las campanas de los templos ele-

vaban á Dios tristes voces de duelo.

Era que una ley bárbara presentaba horrible espectáculo á todas las miradas.

Todavía lo recuerdo, como se recuerda una espantosa pesadilla, como recuerda el hombre los espectros con que asustaron su corazón de niño.

¡Sí! Todavía lo veo.

El dolor está en todos los corazones; las lágrimas en todos los ojos; la palidez, en todos los semblantes.

La Guaira, mi pueblo nativo, va á presentiar la agonía de un reo, va á ver un patíbulo, va á oír las detonaciones de las armas de fuego que, en nombre de la ley, matan á un hombre.

En medio de dos filas de soldados, atadas á la espalda entrambas manos, lento el andar, á que dan dificultad pesados grillos, y acompañado del Ministro del Señor, se encamina el reo al Cardonal, donde le espera el banquillo.

II

Retrocedamos.

Allá en aquellos tiempos, de que apenas puedo hacer memoria, los individuos de la caleta de La Guaira eran hombres vigorosos, trabajadores y honrados, todos, nativos de aquel suelo, ó hijos de los pueblos circunvecinos: eran una grey de hombres buenos, formaban, como si dijéramos, una estirpe, la estirpe heredera de las virtudes patriarcales.

Tenían á orgullo ser miembros de aquel cuerpo honorable, en el cual sólo eran admitidos los que podían presentar títulos de probidad, credenciales de conducta irreprochable.

No podía ser de otra suerte, como que por las manos de aquellos hombres rudos pasaban valiosos intereses; y así, nunca se vio desmentido el crédito de la caleta, ni nunca acción villana llegó á menguar la confianza en ella depositada.

No es tampoco de extrañarse la rectitud, la rudeza, la honradez de aquellos hombres: eran guaireños.

Mas no por eso dejaban de reñir de vez en cuando unos con otros, por motivos de poca importancia; y casi siempre estos motivos debían su origen á la altivez del uno que se juzgaba ofendido por una palabra, ó á la vanidad del otro, que creía ver duda en algún compañero acerca de su fuerza física ó de sus aptitudes para el trabajo.

Llegó así, pues, un día en que riñeron por fútil causa, un peón llamado Juan y otro llamado Pedro.

Vivía éste con su mujer y sus hijos, allá, cerca de la Toma ó estanque público, en un

ranchito que representaba sus economías, y acostumbra bajar desde tan lejos, los domingos por la madrugada, para oír la misa que terminaba antes del amanecer, y que en La Guaira llamaban: *misa de cinco*.

Escopeta al hombro y cuchillo al cinto, se internaba luégo en el cercano monte, donde cazaba conejos y lapas y venados; y volvía, al caer de la tarde, cargado con la caza que él y su mujer preparaban para ofrecerla en venta el lunes temprano en el mercado.

Juan, el contrario de Pedro, vivía con su mujer en el Cardonal, y alguna vez lo acompañaba en sus cacerías dominicales.

El día de la riña se dieron sendos golpes, tras los cuales fueron separados por sus propios compañeros; pero, caliente la sangre, como suele decirse, y más caliente aún, porque les cercenaron el placer de maltratarse, desataron en amenazas, aplazando para mejor oportunidad el verse la cara de *hombre á hombre*.

—Ya verás si doy duro, dijo el uno.

—Ya te beberé la sangre, dijo el otro.

III

Algún tiempo después de la frustrada riña, la policía recibió el aviso de hallarse cerca de la Toma el cadáver de un hombre muerto á puñaladas.

Acude al lugar, acompañada del médico de ciudad, y encuentra, en efecto, un cadáver, no lejos de la casa de Pedro: el cadáver, medio oculto en las malezas, era el cuerpo de Juan.

Se recordó en aquel momento la riña entre ellos ocurrida, y en Pedro recayeron las sospechas.

Se le solicitó inmediatamente en su casa: acababa de salir.

—¿Adónde fué?

—Fué hacia arriba, respondió su mujer.

Disemináronse los individuos de la policía, buscándolo en aquellos contornos, y quedaron, entre tanto, en la casa, dos de ellos junto con el médico.

A poco andar, vieron los perseguidores que un hombre salía de un soto con dirección al camino: era Pedro.

—Alto! . . . ¿Por qué se oculta usted? ¿Por qué huye?

—No me oculto, no huyo.

—¿Qué hace usted ahí?

—Busco una lapa.

—En nombre de la ley, está usted preso.

—¿Preso yo?—repuso Pedro, trémulo de susto.

—Entréguese usted sin resistencia.

—¿Qué he de resistir? . . . pero . . .

—Nada! Eche usted á andar.

Los policías condujeron á Pedro á su casa.

En el momento en que llegaban, vio el jefe de la policía que de la pared colgaba un gran cuchillo sucio. Lo descolgó y lo mostró al médico. Salíó éste con el arma en la mano, acompañado de algunos policías, y volvió muy luégo junto con ellos.

—Las manchas que tiene este cuchillo son de sangre, le dijo en voz baja al jefe, y la herida que ha causado la muerte al hombre que yace muy cerca de aquí, fue hecha con un instrumento de las mismas dimensiones. Esta hoja se adapta á los labios de la herida.

—No queda duda, exclamó el jefe, guardando el cuchillo; éste es el cuerpo del delito.

—El cuerpo del delito! repitió Pedro, anodado de espanto.

Se le ataron las manos y se le condujo á la cárcel.

IV

Evacuadas las primeras diligencias de la sumaria, se le tomó al reo declaración con cargo.

Negó ser el autor del homicidio que se le imputaba.

Se le recordó el pleito que pocos días an-

tes había tenido con su compañero de caleta, muerto cerca de su casa; se hizo mérito de las amenazas que el uno y el otro se habían hecho; y se le citaron sus propias palabras: "Ya te beberé la sangre" y se le presentó el cuchillo, todavía ensangrentado, con que se suponía haberse cometido el asesinato.

—Ese cuchillo no es mío, dijo Pedro en el primer momento, mintiendo á causa del miedo que sentía.

—Si no es de usted, ¿por qué estaba en su casa, donde ha sido hallado, tinto con la sangre de la víctima?

—¿Sangre? exclamó espantado, yo no he matado á nadie. Soy inocente.

Preguntado y repreguntado capciosamente, el reo, que no tenía conciencia de lo que contestaba—tal era su espanto—incurrió en contradicciones que la Justicia estimó como nuevas pruebas del presunto crimen. El infeliz Pedro confesó que era suyo el cuchillo, y añadió que estaba lleno de sangre, porque con él había desollado un venado ó un conejo.

—Ya sabemos qué conejo era ese, dijo el Juez.

No parecía sino que el Juez se empeñaba en que Pedro fuese el asesino de Juan.

De todo lo actuado se concluyó que Pedro había sido el matador, y se le declaró convicto.

Administrando, pues, justicia, en nombre de la ley, se le condenó á la pena capital.

La pena capital! Horrible pena, y tras horrible, ineficaz y absurda. Ineficaz, porque no corrige; absurda, porque es la repetición del crimen que se intenta castigar, y del cual se hace reo la sociedad, esto es, el fuerte contra el débil.

Privar de la libertad á un ciudadano, eso es imponer castigo provechoso; eso es corregir; eso es lo único que puede hacer la ley, por la sencilla razón de que puede devolverla cuando el reo haya cumplido la condena ó cuando se llegue al conocimiento del error en que pueda haberse incurrido. Arre batir la vida á un ciudadano, eso es bárbaro, inmoral, injusto, porque la ley no debe quitarle aquello que no es dádiva suya, aquello que no puede devolverle.

V

Llegó el día tremendo.

Y el reo repetía: soy inocente.

El sacerdote lo dejó en el tránsito de la capilla al patíbulo, y corrió á suplicar al Juez que hiciera suspender la ejecución de la sentencia.

—Este hombre, le dijo, sabe que va á morir, y sabe, porque es buen cristiano, que su alma será juzgada por Dios. Así en estos momentos supremos se atreve á jurar que es inocente. ¿Por qué, pues, matarlo? Vamos á esperar . . . Además, acabo de recibir la confesión de un hombre que me ha llamado al efecto y que se declara reo del delito que se atribuye á este infeliz á quien condenan las apariencias. Su inocencia es incuestionable.

—El reo está convicto legalmente; pero ya que usted aboga, examinaré al hombre que quiere cargar con ese crimen. ¿Dónde está ese hombre?

—Ha desaparecido.

—¿Sus señas personales? ¿Su nombre?

—No puedo decirlo. Yo recibí su secreto bajo el sagrado de la confesión.

—Comprendo! El ministro del altar, no más dolorido que el ministro de la ley, se interesa por un desgraciado en quien va á caer el peso de la Justicia, y lleva la caridad hasta querer salvar, á todo trance, la vida de ese hombre, que, no por criminal, deja de ser un hermano en Jesucristo. Celebro ese rasgo de piedad cristiana; pero no puedo imitarlo con perjuicio de mis deberes de magistrado. La ley debe cumplirse.

—Señor Juez, ese hombre es inocente, si

no me constara, no me atrevería á afirmarlo. —No perdamos tiempo.

Volvió el sacerdote, ya sin esperanzas, á lado del reo, que empezaba á subir las gradas del patíbulo.

Al verlo, exclamó el reo con acento de resignación: "Soy inocente . . . perdono á los que me condenan."

—Inclínate, hijo mío, ante los designios del Altísimo, cuya justicia es la sola justicia infalible.

El reo llegó al banquillo.

Y la justicia de los hombres fue cumplida.

VI

Han transcurrido muchos años.

Nadie recuerda la catástrofe sangrienta.

El mar está tranquilo.

Sus rugidos habituales se han cambiado en quejas y murmurios.

Sus ondas apacibles se convierten en espuma, al espirar en la playa.

Y multitud de botes surcan velozmente la tersa superficie de las aguas.

Fondea, entre tanto, una goleta cuyo casco desaparece bajo las blancas lonas, y muy luégo, cumplidas las prescripciones aduaneras, de ella se desprende un bote en que llega al muelle un pasajero.

Salta éste á tierra.

Y tropieza con él un peón de la caleta que á la sazón está reparando sacos de cacao descosidos al peso del valioso grano. Al tropiezo sucede una bofetada que el recién llegado descarga sobre el rostro del inculpable caletero quien, en venganza, introduce en el pecho del agresor la enorme y afilada aguja, instrumento de su trabajo.

Bambolea, palidece y cae, bañado en sangre. La multitud acude presurosa.

El herido es trasportado al hospital, á donde le lleva la piedad de aquellos hombres si duros y fuertes para el trabajo, blandos y suaves para los sentimientos generosos.

El médico declara mortal la herida.

Y llega el sacerdote á prestar al moribundo los auxilios que el alma necesita.

Recobra, entre tanto, el herido sus facultades intelectuales.

Su mirada mustia abarca con dificultad el conjunto y se fija luégo en el sacerdote.

—Padre, le dice con voz débil pero inteligible, hace diez años que recibí usted la confesión de un malvado. Ahora va usted á oír la de un pecador arrepentido á quien sólo quedan unos pocos instantes de vida.

—Cálmese usted, le dice el sacerdote, cálmese usted y eleve á Dios su espíritu.

—Soy tres veces criminal. Hace diez años que asesiné á un hombre indefenso, allá cerca de la Toma, en la parte alta de esta ciudad, y por aquel crimen mío fue fusilado el caletero Pedro, que era inocente.

—Sí, lo recuerdo . . . no pude salvarlo. ¿por qué asesinaste á Juan?

—Me dio una bofetada.

—¿Por qué?

Porque ofendí groseramente á su mujer. Lo hice ir con engaño á la Toma, donde yo lo esperaba para vengarme. Huí entonces para sustraerme á la acción de la justicia. Llego hoy, después de tantos años de ausencia, y me castiga inesperadamente la justicia divina. Yo veo en esto la mano de Dios. Déjese, pues, en libertad al hombre que me ha herido, no se le haga mal, que ese hombre es el ejecutor de una sentencia del cielo: "El que á hierro mata, á hierro muere." Padre . . . yo muero arrepentido . . . ¿Verá Dios mi arrepentimiento?

—Sólo él sabe leer en la conciencia, hijo mío . . . Confía en él, que su misericordia es infinita



SUELTOS EDITORIALES

Apoteosis de Miranda.—Con admirable concierto y puntualidad cumpliéronse las disposiciones de los programas formulados para los diversos actos que debían efectuarse durante los cinco días fijados para la solemne festividad.

Poetas, literatos, escritores, artistas, mecánicos, industriales, han contribuido con su óbolo á formar el caudal que como una cascada de pedrería ha caído sobre la ciudad, patria nativa de Miranda.

Celebráronse sesiones solemnes en el Ateneo, en el Liceo Pedagógico, en la Academia de la Historia, en la de la Lengua, en el Club Agrícola, en la Ilustre Universidad Central, en el Grande Oriente Nacional, y reuniéronse Juntas patrióticas en las parroquias del Distrito Federal.

Condujéronse los restos de los Ilustres Próceres Montilla, Blanco y Peñalver al Panteón Nacional. Tuvo efecto la inauguración del Concurso Agrícola é Industrial en el edificio del Paraíso, al Sur de la ciudad.

Exposición de pinturas, concurso de flores y ramilletes y apertura del Museo Bolívar en el Palacio Federal.

Te Deum el 5 de Julio, procesión cívica al Panteón Nacional, inauguración del cenotafio de Miranda y celebración de la grande apoteosis del héroe en el Teatro Municipal.

Exhibición del notable cuadro *Miranda en la Carraca*, del pintor Arturo Michelena, en la Casa Amarilla.

Por la noche retretas en la Plaza Bolívar y en la de Washington, y fuegos artificiales en los boulevares del Capitolio.

Debemos mencionar también el baile del Club Alemán, que se efectuó cual cumple á los distinguidos caballeros que lo componen.

La prensa toda ha dedicado ediciones especiales á la apoteosis con artículos laudatorios de alta inspiración.

En los diferentes actos literarios dedicados á Miranda, se dio lectura á importantes documentos históricos, poco conocidos, y bellas composiciones en prosa y verso.

Los oradores de orden nombrados para los actos que requerían esta solemnidad, fueron los señores León Lameda, en el Ateneo; Dr. Carlos F. Grisanti, en el Panteón, al acto de colocar los restos de los Ilustres Próceres Montilla, Blanco y Peñalver; Dr. Francisco de Paula Reyes, en el Club Agrícola; Dr. Heriberto Gordon, en la Ilustre Universidad Central; señor Lorenzo Matías López, en el Acto literario del Grande Oriente Nacional; Dr. Pedro Vicente Mijares, en la plaza de Washington; Dr. Rafael Villavicencio, en el Panteón Nacional, al acto de inaugurar el cenotafio; y el Dr. Félix Quintero en el Teatro Municipal. Todos estos discursos han merecido muchos aplausos y lo mismo las composiciones de otro género que fueron leídas por sus respectivos autores.

Entre las obras de pintura descuellan naturalmente las de nuestros conocidos artistas, que ya podemos llamar maestros; pero no faltan nombres nuevos que se incorporan ahora con muestras evidentes de ingenio. Esos nombres son los de Mejías y Vega. Quizá sean estos los escogidos por el Dios del Arte para reemplazar en la actividad del pincel á los que actualmente forman nuestro orgullo. Ya tuvimos la desgracia de perder á Rojas que vive en su cuadro "El Purgatorio," exhibido nuevamente. En cuanto á Tovar y Tovar, Michelena, Herrera Toro, Mauri, Rivero Sanavria, Winckelmann Oñate, cada uno en la escala que le corresponde y cuya altura respectiva ha fijado ya el público, nada tenemos que añadir sino un aplauso más á los que ya tienen merecidos. Sólo sí no podemos pasar en silencio la sorpresa y admi-

ración que ha causado generalmente el nuevo cuadro de Michelena, que representa á Miranda en la prisión de la Carraca! En nuestro concepto es una composición de relevante mérito, que ha contribuido mucho al solaz artístico de la festividad y que le coloca al lado de los célebres pintores del Viejo Mundo.

En suma, y prescindiendo de detalles sin importancia, podemos decir sin rebozo: que la Apoteosis de Miranda es una obra del patriotismo concebida por el Gobierno y secundada por el entusiasmo público. Para el cúmulo de actos contenidos en los programas hubieran sido pocos quince días, y sin embargo se han ejecutado todos en cinco y á la perfección. El concurso agrícola é industrial que tomó las proporciones de una verdadera exposición, fue preparado con rapidez vertiginosa. En horas se reformó el edificio, en horas se construyeron elegantes y cómodas calzadas en un largo trayecto, y cuando el día anterior á la inauguración dudábamos del éxito, vimos asombrados el palacio flamante, exornado con lujo, las instalaciones establecidas, todo limpio, correcto y en su puésto. Parecía una obra de hadas.

Las sesiones literarias, la procesión cívica, el aparato militar, las músicas, el estanipido del cañón, el silencio, el respeto, el orden, todo infundía ideas heroicas y patrióticas: se sentía uno mejor hombre y más digno ciudadano. Nada iguala á la majestad de estas fiestas y á la solemnidad de todos sus actos. Miranda, desde la mansión de los héroes, debe sentirse verdaderamente inmortalizado, y el General Crespo enorgullecido del éxito de sus esfuerzos y del pueblo que preside.

No terminaremos sin dirigir una palabra de aplauso y otra de gratitud á la Junta Directiva de la Apoteosis y al Presidente del Club Agrícola, cuyos esfuerzos han contribuido á tan hermoso resultado.

Chanzas y Verdades

Cedemos las columnas editoriales á nuestro querido amigo y colaborador señor Francisco de Sales Pérez, académico de la lengua, para que sea conocido de nuestros lectores el siguiente juicio acerca del nuevo libro del señor Eugenio Méndez y Mendoza, editado recientemente en nuestros talleres.

Don Eugenio Méndez y Mendoza, uno de los más brillantes escritores de la nueva generación, acaba de enriquecer la bibliografía nacional con una colección de preciosos artículos de costumbres.

El gran mérito de este libro consiste en que sus "Chanzas" no son pesadas, ni sus "Verdades" amargas.

Méndez es, ante todo, hombre culto y benévolo, y sus producciones tienen sus mismas cualidades: no son hechas para producir impresiones fuertes, sino para deleitar, por la pureza del estilo y la verdad que encierran.

La sátira hiriente no tiene cabida en sus propósitos, porque en su carcaj no hay dardos emponzoñados sino alfileres untados de bálsamo.

Si alguna vez dispara sus tiros contra los malos hábitos, no lo hace con proyectiles de plomo, sino con fuegos de bengala:—él no quiere destruir de un golpe las malas costumbres, sino iluminarlas para que resalte el ridículo y provoque la risa.

Yo, que dedico mis ratos desocupados á escribir en el mismo género, envidio la manera sutil y delicada con que Méndez explota los vicios y las ridiculeces sociales, en provecho de la cultura y de la moral, y para brillo de su fecundo ingenio y honra de las letras patrias.

Los artículos del señor Méndez y Mendoza son afiligranados; parecen labores de

manos de mujer: tienen sal, pero nó en terrones, sino molida en almirez de cristal: no están condimentados con pimienta en grano ni con mostaza para cinapismos, sino con un polvo sutil, imperceptible, que produce exquisito sabor, pero que no levanta ampollas al más delicado paladar.

Yo felicito cordialmente al campeón que, desde sus primeros años, viene luchando con brillantes armas en la arena literaria, y que ha conquistado puésto honorífico entre los más aventajados adalides de la idea.

"Chanzas y Verdades" ha obtenido la más favorable acogida entre los lectores de buen gusto, y se abrirá paso en el porvenir, y perdurará, como toda obra que tiende al bien.

F. DE SALES PÉREZ.

PROLOGO

DEL REFERIDO LIBRO "CHANZAS Y VERDADES"

Aquí está. Su lectura persuade de que, no obstante aparecer diversificados entre sí los cuadros y las descripciones que contiene, este libro obedeció á un sólo propósito, digno de loa por su propia tendencia y por la manera como se hizo realizable.

Toca al entendimiento buscar para el logro de determinados fines, entre los varios medios ofrecidos á su acción, el que posea la eficiencia de la oportunidad, fuerza misteriosamente enérgica á que por desdicha no conceden siempre el mismo valor los sacerdotes del arte ni los ministros de la ciencia. Para el espíritu que sigue el rumbo natural de las ideas, lo que no es oportuno resulta al cabo innecesario.

De los cuatro sentidos que atribuye Dante á todo escrito, basta uno á concentrar peculiarmente el pensamiento capital de la obra, cuando ésta mira á corregir errores ó á restablecer hechos, sin desmenuzar los elementos de que el espíritu se sirve para su propio trabajo. Las ideas, así como los objetos en que ellas se encarnan, entran como materiales en la labor intelectual á la manera que el oro en la joya artística: sin las escorias de su primitiva condición. Tarea infucunda al par que ingrata es la de aplicar á la literatura los sistemas ó métodos de la química, y hacer de las frases y aun de las imágenes meros simples ó sustancias, susceptibles de análisis cada vez más persistentes y prolijos. *El esplendor de la verdad*, que dijo el filósofo, lejos de requerir para manifestarse fuerzas proyectorias emanadas del subsuelo, las busca en el ámbito inmenso donde la Naturaleza muestra sus lozanos atavíos, libres ya de toda penosa gestación. La minuciosa tendencia que lleva hasta describir las heces del fango, no tiene razón artística que la justifique y habrá de detenerse por extemporánea.

Uno de los géneros literarios más inclinados á despojar al arte de su ropaje augusto para vestirlo con harapos recogidos ó mercados á precio vil en los hospitales y en las lonjas, es el satírico-social, semejante á veces á esos árboles descritos por los viajeros orientales, que matan con su sombra al peregrino mismo á quien brindan en el jugoso fruto consolador refrigerio. Eludir la influencia dañina y obedecer á la inocua, sin esquivar por ello los socorridos arbitrios del chiste donairoso, es facultad no distribuida muy pródigamente por la Naturaleza, pero de la cual caben ya á Venezuela bien honrosas manifestaciones.

El presente libro viene á comprobarlo; y aunque no aceptamos todas las ideas que en algunas de sus páginas incidentalmente se apuntan, juzgamos que él confirma la idea enunciada por el sabio Hartzenschuch al referirse á las "Escenas Matritenses" del *Curioso parlante*, de que se puede escribir en el género festivo sin hacer agravio á las leyes ni á las personas. No hay, con efecto, en la obra de Méndez y Mendoza nada que pueda rozar siquiera la más delicada epidermis: nada que pugne directamente con los principios constitutivos del orden social. El pensamiento que sirve de vínculo á sus diversas partes, tiende á lo ameno dentro de lo natural y de lo justo. La pesimista aserción de Montaigne resulta aquí tácitamente refutada. El autor de los *Ensayos* no podría hallar en ninguno de estos cuadros, derivado el beneficio de unos seres del daño de los demás. Tan bien librado sale el cuerpo social de la exposición de los hechos en estas páginas festivas, que aun las costumbres censuradas y las acciones reprendidas, si fueran seres animados, habrían de convenir, como efecto natural del retrato, en la necesidad de su propio desaparecimiento.

Las obras dedicadas á un tiempo mismo al solaz

y á la enseñanza, poseen, cuando cumplen su doble fin, méritos dignos de especial consideración. El que escribe un libro de ciencia donde sólo se solicita la concentración de la verdad en el orden meramente especulativo, si bien necesita mayor caudal de estudio y más potencia investigadora, puede prescindir de las circunstancias peculiares de cada objeto en sus relaciones con la parte sensitiva del alma, y aun distraer la mente de cierto linaje de ideas que la razón no requiere sino cuando busca hermanar sus atributos con los del ingenio por virtud de una consustancialidad eminentemente artística. No es lo mismo recoger los rayos de la luz para formar el foco, que difundirlos en progresiva divergencia á fin de que cada uno proyecte sobre el objeto respectivo la claridad bastante á infundirle vida real y belleza duradera.

Los cuadros de costumbres del señor Méndez y Mendoza, aun aquéllos en que él, sin variar el carácter genuinamente objetivo de la obra, limita á determinadas exageraciones sociales el radio de su facultad crítica, reúnen á un movimiento descriptivo sobremano animado y pintoresco tal ingenuidad de acción, que cada asunto parece hablar por sí mismo, sin que se vea al autor un momento siquiera andar á caza de extraños interlocutores para comunicarle esa especie de existencia postiza, fruto ó resultado de convencionalismos absurdos. El joven escritor estudia los hechos y examina los seres que en ellos influyen, sin curarse para nada de juicios anteriores. Con la sinceridad del que lleva consigo fuerzas poderosas de observación, dibuja sin trabajo lo reflejado en el espejo de su mente, y al reproducir la imagen interior para que todos la vean tal como la retrató su espíritu, la baña, por virtud natural, en la serena luz del arte, que es el más eficaz de los factores en todas las obras de la inteligencia.

La mejor prenda de su valer la tienen esos cuadros en el gusto con que se leen ahora, después de haberse visto sucesivamente aplaudidos en las columnas de EL COJO ILUSTRADO. En ese noble palenque literario, abierto siempre por mano inteligente y amiga á todos los ingenios de la República, vienen brillando los escritos de Méndez y Mendoza á la par de los galanos estudios y de las sonoras rimas con que enriquecen día por día el arte patrio, los ya por desdicha escasos hijos de la segunda generación literaria de Venezuela, y los numerosos adalides de la que llega, radiante de juventud, á dominar la escena con altos títulos á su gloria.

El estilo de la obra de Méndez y Mendoza deleita por manera singular. Y no es que se saquen á lucir en él giros exóticos, de hiperbaton ondulador, ni modos de decir rebuscados en la época del clasicismo español. Ni es tampoco que dé franco acceso á locuciones viciosas, usadas sólo y defendidas por algunos lectores de obras mal trasladadas del francés. Conocedor de las riquezas de la lengua, sabe aprovecharlas como el diestro segador que recorre el campo y recoge en sazón la granada mies, sin tocar las espigas ya secas ni hacer cuenta de las que aun luchan por llegar á su completo desarrollo.

Y erran los que niegan al castellano la facultad de hacer suyas, sin detrimento de la pureza nativa, las palabras técnicas de algunas de las ciencias humanas; y desbarran de igual modo los que rechazan el empleo de frases castizas por más natural que resulte su oficio en las oraciones gramaticales. Bien puede el castellano asimilarse los vocablos indispensables á la expresión de nuevas ideas y darles carácter peculiar dentro de sí mismo, sin renegar por ello de una vasta herencia que equivale á valioso patrimonio de gloria literaria. No vayamos los poseedores del rico tesoro á postergarlo inconsultamente para dar entrada á neologismos peligrosos; y si la exuberancia de esta hermosa tierra americana que de derecho nos pertenece, facilita el aumento de nuestro léxico, procuremos en buen hora que acrezca el caudal, mas sin confundir lo superfluo con lo verdaderamente necesario ó provechoso. El vario colorido que se observa en el lenguaje de Méndez y Mendoza, es una prueba más de las galas naturales del castellano, y la corrección de estos artículos muestra inequívoca del acierto con que se cultiva en la República. Libro así escrito, bien merece ser leído con interés y entusiasmo por, cuantos hallan en el brillo de los ingenios patrios un motivo de justificado orgullo.

3 de mayo de 1896.

MANUEL FOMBONA PALACIO.

“**Dos Fieras**” —Está impresa y á la venta la novela del esclarecido poeta Don José Antonio Calcaño que lleva este título y que hemos anunciado antes. Recomendamos esta obra al bello sexo, por la ternura y sentimentalismo que su autor ha derramado en ella: los lectores todos encontrarán en las *Dos Fieras* lenguaje castizo, elevación de ideas y no poca enseñanza. Gustará leída y se ganará leyéndola, cualesquiera que sean las inclinaciones pasionales ó tendencias artísticas del lector.

Juzgando en general, creemos que esta novela es un gran paso dado hacia la meta de este interesante género de literatura, tan poco cultivado entre nosotros y tan brillante en todos los países de Europa.

Al emitir estos conceptos no nos anima sino un sentimiento de justicia, y con el mismo felicitamos sinceramente al autor.

Rio de Janeiro.—En el próximo número obsequiaremos á nuestros abonados con una interesante Revista ilustrada de nuestro colaborador señor Eloy G. González, cuya publicación habíamos demorado por no haber llegado á nuestras manos las fotografías. Estas están ya en nuestro poder y grabándose en nuestros talleres.

En Las Tres Américas, de Nueva York, número 41, leemos lo siguiente:

BIBLIOGRAFIA.—*Pentélicas*.—Colección de poesías por Andrés A. Mata (venezolano).

Es un primer editorial este libro. Nada tienen que envidiar los talleres de “El Cojo,” de Caracas, en que se ha publicado, á los talleres de su género de Europa y Estados Unidos.

La simpatía de que goza el popular autor de *Pentélicas*, nuestro querido y admirable Andrés Mata, ha dejado una traza en cada página del libro, desde la cubierta, que es un precioso grabado alegórico, hasta la última foja. Artista, cajistas, impresores, encuadernadores, todos han puesto mano carifosa en ese volumen de versos marmóreos, cincelados á punta de diamante, á semejanza de las diosas griegas, pero también como ellas, con un alma divina disuelta en el grano palpitante y riendo amor en las curvas voluptuosas.

Nuestras felicitaciones muy sinceras, tan sinceras cuanto lo son los dictados del orgullo; nuestras felicitaciones para Mata, que con su libro precioso enriquece á la patria literatura, y para Herrera Irigoyen & C^o, los exquisitos editores, porque han logrado que la imprenta en Venezuela tenga poco ó nada que envidiar á la de países más propicios para su adelanto.

Respecto al mérito de las poesías contenidas en el libro, sólo diremos que si Mata no fuese ya conocido y aplaudido, le bastarían ellas para que se le reconociese como uno de los primeros poetas de América.

Eduardo Máximo Diaz.—Alegre, confiando en sus fuerzas y lleno de fe en su destino, se despidió de nosotros este amigo sincero y útil ciudadano, al trasladarse á los Estados Unidos. Pasan apenas unos días y nos llega la dolorosa noticia de que aquel amigo de tantas esperanzas asistido y de tan honorables antecedentes adornado, había caído en la fosa, víctima de rápida enfermedad. La muerte ha sido esta vez impía: no atendió á nobles propósitos, ni á generosos pensamientos, y le acorchó velada con manto de promesas. Es duro morir así: hubiérase aguardado á su regreso á la Patria, cumplidas ya sus esperanzas, para descargarle el golpe fatal, rodeado de los suyos. Infeliz esposa! Quién podría consolarte de tan acerbo dolor! Sólo Dios posee ese bálsamo que regenera y conforta en el dolor mismo.

¿Y á quién consagraríamos nuestros ayes, si todos los que le conocimos y amamos, deudos, amigos y simples relacionados, estamos igualmente de duelo? Consolémonos mutuamente y fortalezcamos nuestro espíritu en la fe, acatando los decretos de lo Alto y pensando en la inestabilidad de las cosas humanas.

Condolencia.—El día 7 de los corrientes falleció en esta ciudad la respetable señora Juana de la Cruz V. de Alas, viuda del inolvidable caballero y distinguido artista señor José de Jesús Alas.

Enviamos nuestro más sincero pésame á los hijos y demás deudos de la señora de Alas y muy especialmente á nuestro querido amigo el señor Dr-Domingo Alas.

Guadalupe Vegas de Palacios.—La respetable señora, madre y progenitora de una numerosa familia, acaba de descender á la tumba, después de una enfermedad perenne que abarcó gran parte de su vida. Pasó sus largos días en una atmósfera de inocencia iluminada por el amor maternal.

Enviamos nuestro más sincero pésame á todos sus deudos y en particular á las familias Palacios, López de Ceballos, Vegas y Casas.

Pésame.—Lo damos muy sincero al señor Nicolás Gavotti por la muerte de su esposa la señora Concepción S. de Gavotti, acaecida el 27 de junio último.

Libros y folletos recibidos.—“*Documentos relativos á la vida pública del General Joaquín Crespo.*” —Tomo II—por el señor Landaeeta Rosales.

“*Anuario Estadístico del Zulia*” de enero á diciembre de 1895—Presentado al ciudadano Presidente Dr. Jesús Muñoz Tébar, por el órgano del señor Secretario General del Estado, Dr. Alejandro Andrade, por el Director de Estadística señor José I. Arocha.

“*La Crítica y la Historia en una Vida de Jesús.*” por el Padre Didon.—(Traducción del señor J. M. Núñez Ponte.

“*Anuario Estadístico del Estado Miranda*, homenaje á la memoria del Generalísimo Miranda.”

“*Confederación americana*, por el Dr. Teodoro González.”

Damos cumplidas gracias á los señores remitentes.

SECCION RECREATIVA



El Payador

Especie de cantores populares de la República Argentina y, también, de la del Uruguay. Cantan las típicas *milongas* improvisando sobre los cantos, graciosos acompañamientos en la guitarra. Refinense á veces para *tenzonar* ó justar cantando canciones de este género del cual viene el nombre vulgar de *milongueros* ó *paysaderos*.

Museo regional

El gran poeta provenzal Mistral y el etnógrafo Dr. Marignan se ocupan actualmente en reunir á todos los artistas y hombres científicos, con el objeto de fundar en Arles un museo regional donde se recogerán y se conservarán todos los vestigios pintorescos, todas las reliquias dispersas de la antigua Provenza.

Muebles, trajes, joyas, instrumentos de música, armas, instrumentos de trabajo, utensilios de cocinas, objetos antiguos, recuerdos del comercio, de los oficios, de las artes locales de Provenza, antes de nuestra era de la uniformidad llevada al extremo, encontrarán un refugio en Arles; y el visitante podrá conocer en estas cosas la vida de sus antepasados.

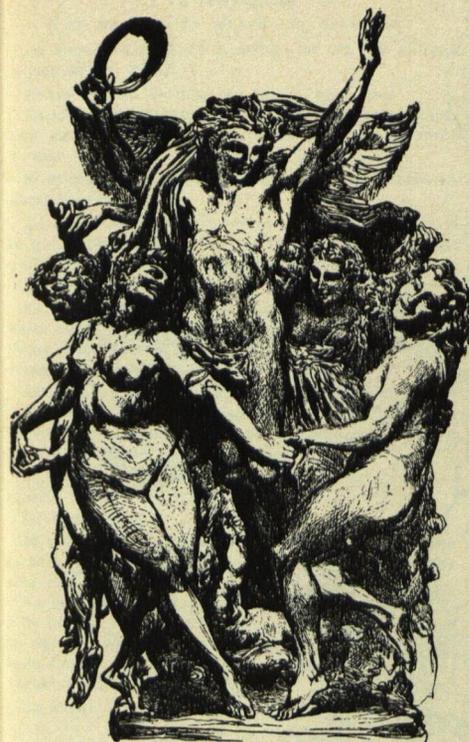
Paradojas y verdades

Poned un grano de poesía en los detalles más insignificantes de la existencia, y aun la vida más vulgar se hace preciosa.

J. de B.

Sólo el que sabe doblegarse es verdaderamente fuerte.

Claude Leroy.



LA DANZA

Juego original

Hay en las Indias un juego bastante original, llamado *barsat kasatta*, que consiste en apostar cuál será la mayor ó menor cantidad de agua que haya de caer cuando llueve.

Con este objeto tienen en las azoteas de muchas casas un depósito, provisto de un tubo, por el cual sigue corriendo el exceso de agua, una vez que ha llegado á una altura determinada en el depósito. Se trata, pues, de adivinar, al acercarse una tormenta, cuánto tiempo se necesitará para que el agua llegue á cierta altura.

El juego, que en el primer momento no parece muy interesante como para excitar las pasiones, ha alcanzado gran aceptación entre los indígenas, dando origen á tanta miseria y ruina las apuestas hechas, que el gobierno inglés se ha visto en el caso de prohibirlo.

La botella

QUE NO SE PUEDE LLENAR SINO UNA VEZ

Está por resolverse un problema difícil é interesante á propósito de los líquidos que han adquirido gran reputación, como algunos perfumes, licores y otros: se trata de hacer una botella que no pueda volver á llenarse, una vez que se ha vaciado. El asunto es de notable interés para evitar la falsificación; y si se llega á resolver favorablemente, se hará un gran servicio á los propietarios de específicos afamados; pues nadie ignora que las botellas vacías de esas grandes marcas, sirven después para contener productos inferiores, que se ofrecen luego á la venta como auténticos por la apariencia del envase.

Muchos inventores se han desvelado por encontrarle una solución al asunto, y tanto en Francia como en el extranjero se han podido ya centenares de privilegios, sin que ninguna de las botellas imaginadas hasta el día haya presentado las condiciones requeridas.

El problema es en efecto algo complicado, y son muchas las dificultades para la construcción de semejante botella.

Dicen unos que no se debe modificar la forma actual, mientras otros opinan que la cuestión de la forma no tiene importancia alguna.

La verdad es que si el producto se vende sólo por la elegancia de la botella, no se recomienda muy bien. Pero al mismo tiempo hay que convenir en que el comerciante debe tener una forma de botella propia, que caracterice á primera vista la autenticidad del contenido; es, pues, de suma importancia, que no se modifique esa forma por el sistema de seguridad.

Pero, dirán algunos, lo mismo que se puede llenar por primera vez la botella, se llenará de nuevo.

A lo cual respondemos que ese es precisamente el sistema que se debe inventar: algo que se adhiera á la botella después de llena, y que no se pueda arrancar sin que aquella se rompa.

Debe ser además inaccesible á un alambre que lo hiciera moverse de modo que pudiera introducirse un líquido; á no ser que en esta operación se emplease tanto tiempo que bastase á compensar, por el valor de la mano de obra, la diferencia entre el precio de la mercancía de calidad inferior y el de la legítima.

Objetan algunos que se podrá siempre hacer un agujero en la botella para introducir el líquido, ó buscar la manera de llenarla por el cuello; pero sería muy difícil, si no imposible, volver á taponar ese agujero de modo que no se observara. Se presentarían también otras muchas dificultades para ese procedimiento.

También debe tenerse en cuenta que el nuevo sistema aumentará el precio de las botellas; pero esto no será un inconveniente muy grave, tratándose de proteger de un modo eficaz productos siempre caros. El aumento no será muy elevado si se compara con los buenos resultados que se obtendrán al cesar las falsificaciones.

En Francia y en otros países se han ofrecido premios de importancia para el que resuelva el problema; pero por importantes que sean, no valdrán nada en comparación con los rendimientos que pueda producir la venta de la botella.

Z.

La vuelta al mundo en cuarenta días

El famoso viaje de Phileas Fogg, el héroe de la novela de Julio Verne para dar la vuelta al mundo en ochenta días, resultará dentro de pocos años, no un prodigio de rapidez, como el autor de aquella obra pretendía, sino una excursión de lentitud inesplicable.

En efecto, según leemos en la *Koelnische Zeitung*, el año 1900 se podrá dar la vuelta al planeta que habitamos en cuarenta días.

Para entonces habrán terminado las obras del gran ferrocarril que los rusos construyen á través de Siberia para cruzar el Asia.

En dicho año 1900: un viajero que salga de Londres y tome la vía Ostende-Berlín llegará á San Petersburgo á los cuarenta y cinco horas, y al cabo de otras 250, atravesando Rusia y Siberia, arribará á Port-Arthur, después de recorrer 10.000 kilómetros.

Es decir, que de Londres á Port-Arthur habrá tardado doce días y horas.

Desde Port-Arthur, donde tomará pasaje en un barco de la Compañía de vapores-express que se ha formado con capitales rusos y norte-americanos, irá á San Francisco de California y cruzando los Estados Unidos se embarcará en Nueva York con rumbo á Londres por el Océano Atlántico.

Todo este enorme recorrido se hará en cuarenta días.

El desembolso de dinero también será menor que el que hizo Phileas Fogg, pues mientras aquél gastó 2.750 bolívares el viajero de 1900 no gastará más de 2.000.

Los ejércitos europeos

El periódico inglés *Army and Navy* nos presenta las siguientes apreciaciones numéricas de las fuerzas de que podrían disponer los diversos ejércitos europeos en caso de guerra.

Austria-Hungría: 1.872.000 hombres, de los cuales pertenecen á la caballería 177.900, sin incluir la *landsturm*.

Bélgica: 131.000 hombres.

Holanda: 35.000 hombres.

Dinamarca: 58.000 hombres.

Inglaterra: 640.000 hombres.

Francia: 4 millones de hombres aproximadamente.

Alemania: 5 millones poco más ó menos, de los cuales 680.000 de caballería.

Italia: 3.300.000 hombres.

Rusia: 3.200.000, sin contar la milicia caucásica.

España: poco más ó menos 2 millones de hombres.

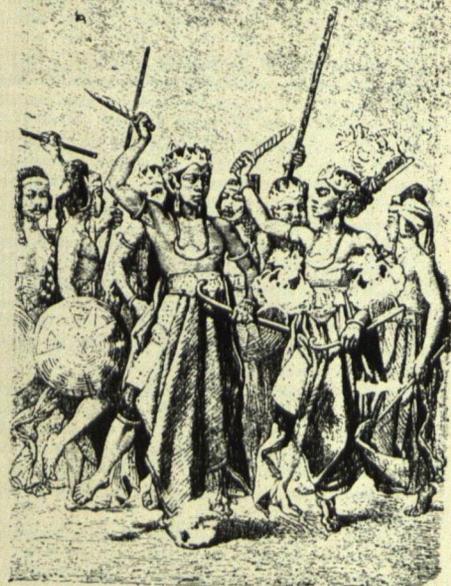
Suiza: 193.000 hombres, sin la *landsturm* que comprende todos los hombres de diecisiete á veinte años y de cuarenta á setenta.

Turquía: 800.000 hombres.

Rumania: 200.000 hombres.

Montenegro: 50.000 hombres.

Estos cálculos pueden no ser exactos, y sólo los damos porque es interesante saberlos, tal como nos los presenta un periódico militar inglés de mucha autoridad.



Danza de Kriss

Verdadera danza de coqueo, en la que los instrumentos son cortantes y punzantes, verdaderas espadas, machetes, picas y puñales.

Fotografía directa de la escritura

En el reciente Congreso de las sociedades científicas, que acaba de efectuarse en París, dio á conocer M. Colson una interesante propiedad de los papeles sensibles por cloruro y por bromuro de plata; consiste ésta en que dichos papeles, puestos en contacto con otra hoja de papel ordinario escrita con tinta, pierden su sensibilidad en todos los puntos tocados por la tinta.

La insensibilización no es completa sino á las 48 horas. Exponiéndolo entonces á la luz se obtiene un negativo que permanece inalterable, sin que sea preciso tratarlo por el hiposulfito.

Las tintas ricas en materias muy oxidables son las que sirven particularmente para producir este fenómeno.

De un periódico del exterior traducimos lo siguiente:

En una de las últimas sesiones de la sociedad francesa de higiene, el doctor Toveau de Courmelles llamó la atención de sus colegas sobre el frecuente contagio á que están expuestos los consumidores, por los vasos de los cafés ó ventas de licores.

En un recipiente al cual no le cambian el agua, lavan todos los vasos, ó los meten simplemente en el agua sin lavarlos; así se secan á veces, sin que hayan empleado un paño para enjuagarlos. El mismo peligro de contagio tienen los platos y cubiertos de restaurants.

Sería medida prudente exigir en los cafés y restaurants el empleo de estufas á ciento diez grados, para esterilizar por completo los vasos y los cubiertos.

El mercado de cerdos en Chicago

Se sabe que la ciudad de Chicago es el centro principal del comercio de cerdos en los Estados del Oeste, pero es difícil formarse una idea del abastecimiento del mercado. De un total de 15 millones de puercos en los mercados de esta región, en el año pasado, se mataron en Chicago solamente 5.490.410.

Estos 5.490.410 cerdos llevados á Chicago, de 1895 á 1896, se vendieron por 54.975.000 dólares (285.870.000 bolívares); ó sea, 52 bolívares por cabeza. Por otra parte, el peso de estos animales es de 1.318.690.000 libras, ó 5.773.665 quintales métricos. Se calcula el peso medio de cada puerco en 108 kilos 720.

Fuerza de un cañón

¡Cuán buenos son los números para fijar bien las cosas! Hace treinta años se extasiaban ante una máquina de vapor de 500 caballos! 500 caballos!..... qué fuerza! Hoy nos parece muy sencillo que después grandes locomotoras desarrollen 1.200, 1.500 y 1.800 caballos de vapor.

¿Y qué diremos de los vapores mercantes y de los grandes acorazados, con máquinas de 10.000, 15.000 y 20.000 caballos? ¡Es asombroso! 20.000 caballos de vapor, ó sea la fuerza de 60.000 caballos de carne y hueso: ¿Y será ese el máximo que se puede alcanzar? No por cierto. Hay otros motores más poderosos que las máquinas de vapor. El cañón, por ejemplo, es un motor de pólvora destinado á lanzar á la distancia moles de gran peso.

M. E. Hospitalier, ingeniero é ingenioso, ha tenido últimamente la buena idea de representar en números la fuerza motriz de los cañones, dejando muy atrás los 20.000 caballos de vapor de los grandes vapores. Dichos números son abrumadores. El cálculo está al alcance de todos; pero á nadie se le había ocurrido hacerlo.

El trabajo motor de un cañón equivale á la fuerza viva de un proyectil, ó bien á la mitad de su masa multiplicada por el cuadrado de su velocidad. M. Hospitalier toma como ejemplo el cañón italiano de 100 toneladas, modelo de 1879, que, con una carga de 250 kilogramos de pólvora, lanza un obús de 917 kilogramos.

La fuerza viva del obús es de 12.772 kilográmetros. El empuje de los gases de la pólvora no dura ni la centésima parte de un segundo. Ahora bien, durante esta pequesísima parte de tiempo la fuerza media es de más de 1.200 millones de kilográmetros, que á razón de 75 kilográmetros por caballo da diez y siete millones de caballos!

Si en vez del cañón de 1879 tomamos los grandes cañones modernos, lanzando proyectiles de 1.000 kilogramos, con la velocidad inicial de 600 metros por segundo, vemos que, por cada tiro, en menos de un centésimo de segundo, comunica el cañón al obús la fuerza formidable de mil ochocientos millones de kilográmetros por segundo, ó sea veinticuatro millones de caballos de vapor!

Veinticuatro millones de caballos de vapor en un cañón! Bien es verdad que el cañón no trabaja sino un centésimo de segundo en cada tiro.

Pero por lo general á los 100 tiros enferma gravemente y muere de sus 24 millones de caballos de vapor. Es tan colosal el trabajo que fácilmente se comprende que el metal de más resistencia acabe por ceder. De todos modos, ahí tenemos en números exactos la fuerza de un cañón! Trabajo gigantesco y por consiguiente corta vida. No sería malo presentar el ejemplo á todos los que hacen más de lo que sus fuerzas les permiten en los sports de moda. Trabajo excesivo, vida corta. *Chi va piano va sano.*

Un dicho poco conocido de Victor Hugo

Desde la vuelta del destierro hasta los últimos años de su vida, el poeta contrajo la costumbre en las horas de ocio de hacer interminables carreras en ómnibus, sin objeto, para volver al principio de la línea, una vez llegado al término de la carrera. A todo marchar componía versos.

Un día que se encontraba en ómnibus, una joven penetra en el coche y se dirige hacia un asiento vacío: una brusca detención de los caballos la hace caer sentada en las piernas del poeta. Entonces, llena de confusión, ella murmura:—Os ruego me excuséis, señor.

—Y yo, responde el autor de Heruani, os doy las gracias, señora.

La Era persa

La era persa cuya fundación se atribuye á Djénichid comenzaba en el equinoccio del otoño. Los nombres de los meses eran los mismos que los de que se sirve la era presente que comienza en el equinoccio de primavera.

Cada mes es de 30 días á los cuales se añade 5 ó 6 días complementarios. Así el antiguo año persa, que todavía se llama *Yezdedgirdique*, es el mismo que trató de establecerse en Francia en 1793 bajo el nombre de era republicana.

El día consagrado á los matrimonios en Persia es el 5 del mes de *Essendiarniz* que corresponde al 26 ó 27 de febrero.

La fiesta del año nuevo se llamó *New-Rouz*, esta es la única que no es movable pues según el año sola una cosa contribuye á hacer muy solemne esta fiesta, y es que ella conmemora la inauguración de Alí como sucesor de Mahoma.



ESTUDIO DE ARTURO MICHELENA

Microbios

¿Amáis los microbios? Se les ha colocado, ó mejor dicho, se les ha visto en todas partes. Los bacteriologistas, sabios indiscretos, descubren cada día nuevos enjambres de microbios en todo lo que nos circunda. El aire que nos rodea, el agua que bebemos, nuestros alimentos favoritos están impregnados de estos fatales animalículos; ellos se multiplican hasta el infinito en nuestros vestidos, en las tapicerías y cortinas de nuestras habitaciones. Hasta los volúmenes de nuestras bibliotecas encierran, según lo ha revelado el microscopio, en sus hojas los horribles bacilos de la tuberculosis, de la dipiteria y de todas las afecciones menos recomendables. El microbio, se ha dicho con razón, es omnipresente.

No obstante, nos quedaba la secreta esperanza de que la blanca piel "impregnada de rosas y de lirios," cantada por el poeta, estaba exenta de tan grave mal. Mr. Remlinger acaba de arrancarnos brutalmente esta última ilusión. Sobre nuestra delicada epidermis vegetan en efecto—oh! elocuencia terrífica de los números!—una flora de 550 millones de microbios. Luégo si nuestra "máquina terrestre" tiene una superficie media de quince mil centímetros cuadrados, deduciremos lógicamente que cincuenta mil de estos pequeños pero temibles adversarios viven y se multiplican en un centímetro cuadrado de nuestro cuerpo. La cifra es desalentadora; sin embargo nos queda un consuelo. Algunas de estas numerosas especies microbianas son inofensivas, y los temibles gérmenes de la tuberculosis, del tétanos y de la septicemia son desconocidos en nuestra epidermis. Es verdad que en ella se ha hecho constar la presencia de diversos microbios de la supuración y de ciertas enfermedades de la piel, desde el streptococo hasta el *staphylococcus pyogenes aureus*, de sonoro nombre, que engendra el incómodo clavo. El más pequeño rasguño hace penetrar estos enemigos en el organismo. En estos casos se impone un baño local frecuente para disminuir su número sin lograr eliminarlos completamente porque ellos son en extremo tenaces. El buen Montaigne, en los tiempos dichosos en que la microbiología era desconocida sobre la tierra, nos enseñaba ya en sus *Ensayos* "que el bañarse es cosa saludable."

La música y el sistema nervioso

Sería superfluo afirmar que la música ejerce una influencia considerable en el sistema nervioso. Todos los músicos son nerviosos. Ciertas notas prolongadas serían susceptibles de provocar accesos de locura furiosa en únos, y de delirio melancólico en otros. Se han visto personas ponerse malas á las primeras notas de una ófata. No insistimos. Los animales también son en extremo sensibles á la música. Hay algunos que gozan con ella y otros que desde las primeras notas lanzan quejidos lastimeros. Todas las vibraciones, de cualquiera naturaleza que sean, impresionan el sistema nervioso. Por lo cual, hace mucho tiempo, se ha tenido la idea de emplear la música como agente terapéutico, y se ha obtenido más de un triunfo. Mr. Bezichinsky acaba de aplicar la música terapéutica al tratamiento del miedo nocturno en una niña de cuatro años. Sin duda se cometió el disparate, como sucede algunas veces, de contarle historias de fantasmas. Poco á poco la niña se sintió dominada por terrores nocturnos que se repitieron hasta el punto de producir inquietud. Todas las noches se despertaba dos ó tres veces presa de verdaderos accesos. Se ensayó, pero sin éxito, el bromuro de potasio. En fin Mr. Bezichinsky apeló á la música.

La madre puso á la niña cerca de ella antes de acostarla y le tocó al piano algunas piezas en diversos tonos. Cuando la madre adoptaba el tono mayor, la niña hasta entonces tranquila y soñolienta, parecía excitarse y finalmente pedía se cambiase de pieza. Le tocaron una serie de valeses de Chopin en tono menor y de nuevo se calmó. La acostaron y durmió tranquilamente. Durante una semana se empleó el mismo tratamiento. Al suspender las sesiones musicales, los accesos, que habían desaparecido, volvieron, aunque muy aminorados. Fue pues preciso recomenzar el tratamiento, al principio todas las noches, después cada dos días y así seguidamente retardando las sesiones más y más. Al cabo de un mes la curación fue completa y definitiva.

Este suceso no es único. Mr. Berberoff obtuvo uno semejante. Es muy racional, y parece que este tratamiento puede influir, no solamente en las niñas, sino en las personas grandes.

El invitado

EL MARIDO.—LA MUJER.—EL INVITADO

La mujer.—Ah! dime ¿cuándo se irá tu antigua camarada de colegio?

El marido.—A fe mía! yo me lo pregunto.

La mujer.—Qué pesadez! Ya para tres semanas que está aquí, no habiéndolo invitado sino por cuarenta y ocho horas.

El marido.—Quiere decir que se encuentra bien en nuestra casa.

La mujer.—Sí? Pues bien! á mí me carga: cueste lo que costare, es preciso que se vaya lo más pronto posible. Jamás he visto hombre más difícil.

El marido.—Eso.....

La mujer.—Lo que nosotros hallamos bueno, él lo halla malo. Nada está á su gusto, nada le complace. Come como cuatros, bebe como un hoyo. En fin, me repugna profundamente.

El marido.—Sí, pero cómo hacerle comprender.....

La mujer.—No tienes más que decirle: "Vete, se te ha visto demasiado." El no es un imbécil y partirá á la misma tarde.

El marido.—No, eso sería grosero y brutal. Es necesario buscar otro medio.

La mujer.—¿Cuál?

El marido.—Este, por ejemplo: esta tarde al servir la sopa retiraré yo mi plato exclamando: Dios mío! esto es pura pimienta. Tú, por tu parte replicarás. "No hay tal, al contrario." De aquí disputas, palabras fuertes: yo entonces me levantaré y le pediré su opinión. Si él opina como yo te incomodarás y en tono furioso le dirás: "Señor mío, si no le gusta, váyase á comer á otra parte."

La mujer.—Comprendo.

(Las siete.)

El marido.—¡Oh Dios! esto es como para devorarle á uno la boca. Jamás se ha visto nada que contenga más pimienta.

La mujer.—Esta sopa está deliciosa y demasiado suave.

El marido.—Demasiado suave?.....

(Gritos, disputas.)

La mujer.—En fin, caro amigo, la sopa tiene demasiada pimienta, ó no tiene bastante?

El invitado, sencillamente.—Oh!..... por lo que hace á mí, me es igual..... He de permanecer pocos días aquí.....

El marido.—!!!

El perro de Bismarck

Hasta los perros tienen historia.

El conocido perro "Tyras II", perteneciente al Príncipe de Bismarck, ha muerto, como han dicho todos los periódicos, en la residencia de éste; vencido por el peso de los años.

Era el sucesor del histórico "Tyras" que alcanzó tanta celebridad acompañando siempre á su dueño, en la época del Congreso de Berlín.

El "Tyras" primitivo se encontraba al lado del Príncipe en una comida que éste ofreció en aquel tiempo á varios personajes. Inmediato al anfitrión se sentó el Príncipe Gortschacoff, canciller de Rusia, y al terminar la comida y levantarse de su silla, tropezó con ella, asiéndose de su vecino para sostenerse. El perro creyó que su amo era víctima de una agresión, y lanzándose sobre el anciano representante ruso, lo sujetó por los faldones del frac, siendo necesarios tres vigorosos golpes de Bismarck para que desapareciera bajo la mesa con la parte de la prenda de que se había apoderado.

Al asustado representante ruso hubo que darle agua, y fue conducido á la Legación con el frac convertido en chaquetilla, y en el estado de ánimo que es fácil imaginar.

El sucesor de ese can no registra en su hoja de servicios ninguna intervención diplomática semejante.

Chifladuras de sabios

Parece ser que entre los cirujanos no es rara la costumbre de dejar olvidados dentro del vientre de algunos clientes sometidos á la terrible operación de la saporotomía ó apertura del abdomen, ya unas pinzas, ya un trozo de gasa fenicada, bien una compresa, ó lo que es más peligroso todavía, una esponja ó un bisturí.

Un distinguido médico italiano se ha entretenido en catalogar en una revista profesional de su país, las distracciones de ese género que han llegado á su noticia desde que ejerce la carrera.

De esa estadística espeluznante, resulta que, los más distraídos son los operadores alemanes, siguen luego los franceses, los ingleses, etc., y ocupan, el último lugar los italianos.

Cursos de reposo

Hay en Norte América, junto con los cursos de estética para desarrollar metódicamente la belleza, cursos de reposo, que tienen por objeto enseñar á los adeptos el secreto para reparar las fuerzas, abandonando toda preocupación moral, intelectual ó física.

Durante el período consagrado á la reparación de las fuerzas musculares, hay que llegar "á la serenidad del niño," y esta gracia puede adquirirse, según dicen, por la aplicación de principios razonados. La base de esta gimnasia negativa es imponer al cuerpo el abandono de todo esfuerzo.

La profesora Miss Call, nos dice Mme. Bentzon en su obra, cierra los ojos y se imagina que es pesada como plomo; luego ejecuta lentamente movimientos con cada uno de sus miembros, como si formaran parte de un saco de huesos ligados unos con otros por medio de lazos muy flojos.

De la aplicación continuada de este método resulta un descanso completo de todas nuestras fuerzas físicas, un reposo absoluto y profundo, desconocido para nuestro organismo, excitado siempre por el exceso de fatiga á que estamos sujetos todos. Son sorprendentes los resultados obtenidos por el método de reposo en los estados tan frecuentes de anemia cerebral ó general.

Temperatura media de las grandes ciudades

El *Bulletin de la Societé Astronomique de France* ha publicado un cuadro de la temperatura media de las principales ciudades de Europa. Hay en él tres divisiones ó climas: frío (0° á 9°), templado (9° á 14°) y cálido (de 14° para arriba).

En la primera de estas divisiones encontramos á Arkhangelsk (0°,2), San Petersburgo (3°,8), Stockholm (5°,4), Christiania (5°,8), Copenhague (7°,5), Edimburgo (8°,2), Viena (8°,9). La zona templada comprende naturalmente las grandes ciudades del centro. Berlín (9°,1), Ginebra (9°,3), Londres (9°,4), París (9°,9), Bruselas (10°,0), Lyon (10°,5), Burdeos (12°,1), Madrid (13°,2), Venecia (13°,7). En el clima cálido encontramos todas las ciudades del Mediterráneo: Marsella (14°,2), Constantinopla (14°,3), Roma (15°,3), Lisboa (14°,4), Nápoles (15°,8), Atenas (17°,2), Palermo (18°,2). Esta última temperatura, la más elevada de toda Europa, es igual á la de Argel.

MISCELANEA**La higiene en el ejército alemán**

De todos los ejércitos europeos es sin duda el alemán el que observa más rigurosamente las prescripciones de la higiene; por ese motivo la mortalidad es en él más escasa que en los otros. Esa mortalidad fue en el año 1895 de 2,4 p‰.

Para poder apreciar debidamente los progresos alcanzados en la higiene del soldado en Alemania, es necesario saber que hace sesenta años era relativamente mayor el número de defunciones en el ejército prusiano que en la población masculina de veinte á treinta años. En el ejército moría el 14 p‰ y en la población el 10 p‰.

Las epidemias son las que han perdido más terreno. Puede decirse que la viruela ha desaparecido por completo del ejército, pues, desde 1873 no ha ocasionado más de dos defunciones. La fiebre tifoidea, que atacó en 1868 como á 34 entre cada mil hombres, no atacó en 1894 sino á un 2,4 p‰, cada 10.000, en lugar de 22 como antes. Lo mismo puede decirse de las otras enfermedades contagiosas.

Bueno es recordar que la campaña de 1870-71 presentó la primera excepción á la regla general citada á menudo, pero no siempre inexorable, de que en las guerras mueren más hombres por enfermedades que por las balas ó el acero del enemigo.

En efecto, perecieron en los combates 26.562 soldados alemanes, ó sea 33,77 p‰ del número total, y de enfermedades sólo 14.649 ó sea 18,6 p‰.

Esta inmunidad de los alemanes no es más que el resultado incontestable de la práctica de la vacuna obligatoria, introducida en el ejército desde 1840.

Conductores de tranvías

Los conductores de tranvías en los Estados Unidos de América están expuestos á una enfermedad nerviosa especial, causada por la tensión excesiva de espíritu que se requiere en las calles de mayor circulación de las ciudades populosas del país.

La enfermedad empieza por insomnio ó inapetencia; después sobrevienen estremecimientos nerviosos de las facciones y una extrema irritabilidad.

Trátase de un estado neurasténico análogo al que se observa en todos los casos de exceso de fatiga, sea cual fuere la causa.

Pero lo más raro de esta neurastenia de los conductores de tranvías es que todos los trastornos desaparecen á la semana, para volver á presentarse después de otros siete días, de manera que la existencia del enfermo está dividida en períodos semanales de enfermedad y de salud sucesivamente.

Entiéndase bien, que son sobre todo las personas nerviosas las que se ven atacadas por esta rara neurastenia intermitente.

Los globos cautivos en España

El general Acárraga del ejército español ha sido puesto recientemente que vayan á Alemania, Inglaterra, Francia ó Italia dos oficiales del batallón de telégrafos, el teniente coronel Suárez de la Vega y el capitán Rojas, con el objeto de conocer los parques aerostáticos de dichas potencias, y de imponerse del material que tengan disponible los constructores de ciudades de los países visitados. Mucho se han ocupado en España en estos últimos días de los globos cautivos y de los servicios que rinden en una campaña.

Los estudios que sobre ellos se han hecho en el ministerio de la guerra, han dejado claramente demostrada su utilidad, y los periódicos han preconizado la conveniencia de usarlos en Cuba, donde podrán los observadores ejercitados tomar nota de todas las posiciones que los accidentes del terreno no les permitieran conocer hoy. Es probable que el general Acárraga forme dentro de poco parques aerostáticos de campaña, que ofrecerán al cuerpo expedicionario de Cuba observatorios de valor incontestable. Y decimos que pronto, porque los oficiales del cuerpo ya nombrado cumplirán su misión con la mayor rapidez. Es conveniente recordar aquí que los globos cautivos dieron buenos resultados en el Tonkin, en el Sudán y en el Africa central, donde tanto los franceses como los ingleses se sirvieron de ellos en diversas ocasiones. Italia también mandó á Massauah, en 1877, un parque aerostático compuesto de dos globos [de 200 y 400 metros cúbicos]; pero no se ha oído hablar de ellos hace mucho tiempo. Inglaterra está preparando un parque aerostático para las operaciones del Sudán egipcio.

¿Qué es la luz negra?

Las Academias se ven en apuros para darle una definición, que hasta hoy no han podido encontrar. Según las noticias más recientes, el fluido misterioso, cuyas indiscreciones acaban de trastornar las leyes de la antigua óptica, no es luz en el sentido que le damos á esa palabra.

Es una especie de energía como la luz, el calor, el estado magnético, etc., pero de carácter particular cuya naturaleza especial no podemos definir por falta de sentidos.

La vista crea la luz como el oído crea el sonido, y desgraciadamente no tenemos ningún órgano capaz de recoger las primeras manifestaciones de la luz negra.

¿Qué es la luz negra? No tengamos más que cinco sentidos en un siglo en que hay tantas fuerzas misteriosas que excitan nuestra ardiente curiosidad sin poder satisfacerla!

Esto nos recuerda un cuento filosófico.

—¿Cuántos sentidos tienen los hombres de nuestro globo?

—Nosotros tenemos setentidós, dijo el habitante de Saturno, y todos los días nos quejamos de la insuficiencia del número, siendo así que nuestra imaginación va más allá de nuestras necesidades. A pesar de nuestros setentidós sentidos, de nuestro anillo, de nuestras líneas, nos sentimos muy limitados, y con tantísimas pasiones, resultado de nuestros setentidós sentidos, nos sobra siempre tiempo para fastidiarnos.

—Ya lo creo, contestó el habitante de Sirio, pues que en nuestro globo tenemos mil sentidos, y nos queda siempre cierto desseo vago, una rara inquietud que nos advierte á cada instante que existen seres muchos más perfectos.

Y por cierto que eso tales no son los habitantes de nuestro planeta.

Temperatura baja de los pozos de minas

No están de acuerdo los sabios sobre el calor interior de nuestro globo. Hasta el día se han limitado á observar la elevación de la temperatura en los pozos de minas ó otras excavaciones verticales, sin que se haya podido establecer una ley precisa á este respecto en las numerosas pruebas que se han hecho. Entre las muchas observaciones señalaremos á nuestros lectores la del Estado Nevada en los Estados Unidos, donde existe una mina de plata muy productiva llamada *The Comstock Silver Mines*, con galerías de 400 kilómetros. A los 800 metros de profundidad se eleva la temperatura á 52° centígrados y la del agua que allí se encuentra llega á 67° 2. En otro pozo cercano [Yellow Jacket Shaft] que tiene 930 metros de profundidad, está continuamente el termómetro á 77° centígrados, y los mineros no pueden trabajar en él más de diez á 15 minutos seguidos. Sólo trabajan dos horas por día en esta parte de la mina, y se les paga á razón de 25 francos por día. Las minas de Comstock, de las cuales se han extraído desde su origen 1880 millones de plata aproximadamente, se consideran como las más calientes que existen, por lo menos entre las que se explotan con regularidad. También se cita la mina de la Plaza de Ora en la América del Sur, á 4 kilómetros del Ecuador, donde la temperatura, sin llegar al máximo de las ya nombradas, es sin embargo muy alta en relación con la poca profundidad de las galerías. Resulta además de las observaciones hechas en diversos puntos que la ley empírica de aumento de temperatura, tal como se ha aceptado hasta hoy por falta de otra mejor, no se compeadece bien con los relucientes descubrimientos en la geología.

Los ferrocarriles en Alemania

El desarrollo de los caminos de hierro en el Imperio germánico se ha manifestado más vigoroso que nunca en los últimos años.

En 1894 la red ferroviaria ha aumentado 700 kilómetros y 1.475 en el año próximo pasado.

Este enorme esfuerzo de construcción ha sido determinado principalmente por consideraciones exclusivistas militares, como puede deducirse de la observación de los gráficos recientemente publicados. En ellos se nota, en efecto, que el trazado de las nuevas vías, permitirá, en caso de guerra, acumular sobre las fronteras rusa y francesa grandes contingentes de soldados.

Guillermo II, ingeniero naval

La inagotable inventiva del Emperador de Alemania se ha manifestado bajo un nuevo aspecto con ocasión de su reciente viaje á Venecia.

Dice el corresponsal en Italia del *Times*, que, apenas llegó el kaiser al puerto de Siracusa, á bordo del *Hohenzollern*, vistióse apresuradamente el uniforme de almirante inglés, y visitó acto seguido el crucero británico *Astrea*.

Después de haber examinado detenidamente la nave, invitó al capitán de la misma, Mr. Barry, á que pasase á bordo del *Hohenzollern* con objeto de hacerle conocer una importante mejora en la construcción naval de que es autor.

Trátase, según parece, de un sistema especial de cierre de los compartimentos estancos, en el cual las diferentes válvulas que actúan separadamente para verificar dicha operación, funcionan de un modo simultáneo, por medio de una palanca automática, abreviándose de un modo extraordinario la maniobra.

El aparato referido es de una precisión asombrosa, según ha manifestado el oficial inglés, quien ha pedido al regío inventor la oportuna autorización para hacerlo conocer técnicamente al Almirantazgo.

Seda artificial

La industria de la seda artificial, que se practica en una gran fábrica en Besançon, Francia, por el procedimiento inventado por el conde Hilaire de Chardonnet, se dice que prospera y que vende cuanto hace siendo un producto tan semejante á la seda del gusano común, que sólo los más peritos distinguen una de otra.

Lo que se sabe hoy sobre la nueva fabricación, es que se emplea como primera materia la pasta de papel ó el cartón, aun cuando se puede partir también de los desechos del algodón, siendo la primera operación nitrificar la celulosa en un baño de ácido nítrico y sulfúrico en disolución. La siguiente operación consiste en extraer los ácidos por presión hidráulica, lavando después completamente la materia en grandes tinas. Luego se seca, hasta cierto punto, y se introduce durante algunas horas en un cilindro giratorio que contiene una mezcla de alcohol y éter. Tras esto se pasa por un filtro, que la deja con un aspecto muy semejante á la goma espesa, y se pone en cilindros, de los cuales, por presión neumática, pasa por medio de tubos al taller de hilar.

En este departamento la maquinaria se asemeja mucho á la empleada para hilar en las fábricas de algodón, diferenciándose en que uno de los tubos atraviesa cada fila de máquinas.

Estos tubos tienen pequeños grifos, muy cerca uno de otro, y cada grifo termina en un tubo de cristal de 0m,02 de diámetro, en cuyo extremo hay una salida tan diminuta, que se necesitarían diez hilos para hacer el grueso de un cabello humano.

Estos tubos de cristal han tomado el nombre de *gusanos de seda de cristal*, y se emplean 12.000 de éstos en la fábrica de Besançon.

El efecto de la fuerza neumática en los cilindros es, no sólo hacer pasar la materia á los tubos de hierro, sino también, cuando se abren los grifos, hacer que salga por los pequeños agujeros de los tubos de cristal, en donde se presenta un glóbulo casi invisible.

Una muchacha lo coge entre el dedo grueso y el índice, y extrae una hebra casi invisible, que pasa por la guía al huso, donde lo fija, y después sigue saliendo indefinidamente hasta que el huso se llena; entonces el hilo se rompe automáticamente, resultando de un grueso uniforme.

Las operaciones posteriores son las mismas que las de la seda ordinaria, con dos diferencias. En primer lugar, la seda artificial tiene que desnitificarse, porque si no sería inflamable, y además los carretes se colocan en cilindros giratorios que estiran la seda y la planchan, produciendo un brillo que es característico de la seda artificial. En cuanto al tinte, se asegura que la seda artificial lo toma con más facilidad que la natural, y las muestras que se han visto en Londres no dejan nada que desear respecto á esto. La diferencia de aspecto entre la natural y la artificial, es que la última es más brillante. La resistencia á la ruptura por tensión es una quinta parte menos en la artificial que en la natural.

Contractilidad del bazo

Es sabido hace mucho tiempo que el bazo se agita con contracciones rítmicas. Los señores Schaeffer y Moore acaban de terminar su largo trabajo, sirviéndose de un *plethysmógrafo* especial, con el cual han reconocido que todas las influencias que obran sobre la circulación general modifican el ritmo de los movimientos del bazo.

El bazo no está prácticamente aislado del sistema arterial; como lo aseguraba Roy; y su circulación no se efectúa por sus propias contracciones.

Estas son independientes del sistema nervioso central, pues continúan produciéndose aun cuando se hayan dividido en secciones todos los nervios que van al bazo. Se aumenta con las inyecciones intravenosas de curare, de extracto acuoso del cerebro, de extracto acuoso de cápsulas suprenales y por la disnea.

Los nervios espláncicos contienen á la vez fibras sensitivas y fibras dilatadoras del bazo.

(Sociedad real de Londres)

Análisis espectral

Determinación de la composición de una moneda por el análisis espectral.

M. Hartley ha hecho una curiosa aplicación del análisis espectral. Fotografizó el espectro de un centavo blanco hecho en 1798, y comparando la fotografía con el espectro de los metales constituyentes, determinó aproximadamente la composición de la moneda. Hizo entonces algunas ligas, variando los metales hasta obtener un compuesto de 13,93 por 100 de plomo; 72,35 de cobre; 0,85 de hierro y 12,70 de zinc, del cual dio el espectro eléctrico una foto-

grafía idéntica á la del centavo. Dedujo de esto que la moneda tenía exactamente la misma composición de la liga. El método parece más original que práctico.

Nuevo túnel bajo el Támesis

Se construirá próximamente en Londres el nuevo túnel para unir á Millwall con Greenwich, el cual se destinará exclusivamente á los pedestres, y no tendrá más que un camino de 2 m. 45 de ancho. Se compondrá de un tubo de hierro cubierto en todo el interior con ladrillos de loza, y estará iluminado con luz eléctrica.

Las bocas de entrada en las dos orillas tendrán 10 metros de diámetro, con un ascensor de 6 metros de diámetro rodeado de una escalera en forma de espiral. En la orilla del norte tendrá 13 m. 25 de profundidad, y 15 m. 55 en la del sur.

El costo será de 1.762.000 francos de los cuales se destinarán 137.000 á la compra de terrenos.

NUESTROS GRABADOS

Dr. J. M. de los Ríos

Acompaña al retrato del eminente abogado Dr. J. M. de los Ríos, un estudio biográfico del Dr. Ricardo Ovidio Limardo, trabajo sobre el cual no necesitamos llamar la atención de nuestros abonados porque lo recomienda el nombre de su erudito autor.

Los talentos y virtudes del Dr. de los Ríos han sido heredados por su hijo del mismo nombre, notable médico, colaborador de esta Revista, y distinguido amigo nuestro, que bien merece un recuerdo afectuoso en esta vez que se le tributa homenaje de justicia al eximio patrio que le dio el sér.

Don Lorenzo Mendoza

La pluma que llena esta cuartilla se detiene y testa, con una raya sentida y temblorosa, las alabanzas y frases de admiración que le inspiran los merecimientos del íntegro ciudadano, que no ha mucho fue conducido á la muda ciudad de los muertos en procesión solemne que revistió la forma de duelo público. Y testa ese tributo de justicia, porque no quiere que se sospeche que al consagrarlo, se ha visto obligado á ello por las consideraciones que le debe al Director de esta Revista, hijo político del señor Mendoza.

Al retrato de esta honorabilidad acompaña un artículo escrito al efecto por el señor León Lameda.

Estudios de Michelena

De nuestro compatriota y colaborador distinguido, el insigne artista Arturo Michelena, continuaemos insertando varios estudios que llamarán la atención de los aficionados al arte pictórico.

Y nunca mejor ocasión que la presente para dar á conocer hasta los trabajos más ligeros de Michelena, por el triunfo alcanzado con su último cuadro *Miranda en la Carraca* y porque la juventud ilustrada preparada en estos momentos, en el seno de nuestra culta sociedad, una fiesta artístico-literaria que traduzca la admiración que tenemos por el artista y el orgullo que sentimos por las glorias del compatriota.

La Virgen Auxiliadora

En la página 54 aparece la vista de esta imagen que se venera en la capilla de los talleres salesianos de Sarriá, jurisdicción de Barcelona de España. La religión del trabajo y la religión cristiana se hermanan y se estrechan en ese sitio en presencia de la santa virgen en cuyo rostro se transparentan todas las banderas del cielo.

En Constantinopla

Bajo el reinado de la Emperatriz Eudoxia

El lienzo del artista francés J. Lafón, refleja toda esa época que hicieron trágicamente célebre la esposa de Arcadio y el armenio Eutropio. Dotada Eudoxia de un carácter altivo y ejerciendo poderosa influencia en el ánimo del Emperador, armó la conjuración que derribó al terrible armenio; y sostuvo larga querrela con San Crisóstomo á quien persiguió cruelmente. La muerte de la Emperatriz Eudoxia es considerada por algunos autores como un castigo del cielo.

La Victoria

Dos vistas de la heroica ciudad inmortalizada por Ribas el año trágico de 1813, aparecen en la presente edición; y representan: la calle principal; y la iglesia, antigua construcción española que ha sufrido mejoras ventajosas; y la Casa de Gobierno, edificio elegante que fue levantado en la época en que La Victoria fue asiento del Ejecutivo de Miranda. Las citadas vistas demuestran que La Victoria es de los pueblos florecientes de la República y uno de los más importantes de la rica zona de los Valles que riega el Aragón.

Indios guajiros

A la primera página hemos llevado un grupo de la vieja raza aborigene, que aún tiene dominios en sus bosques y conserva en gran parte su carácter primitivo, suavizado un tanto por la influencia civilizadora que poco á poco se extiende en la Península.

Los guajiros son robustos y muy bien formados, de color rojizo obscuro y larga cabellera, que suelen adornar con hermosas plumas de águila y tuacán.

Son ágiles en las carreras y en el manejo del caballo, diestros en el uso de las armas de fuego, sufridos, perspicaces y muy valientes é inofensivos cuando los tratan bien.

Nostalgia

La página musical la engalana el señor A. M. Capriles con una inspirada producción titulada *Nostalgia*, que será del agrado de los aficionados al divino arte.

Medellín

Cuatro vistas de la opulenta ciudad colombiana ofrecemos hoy á nuestros favorecedores.

El camellón del Sur Oeste, que es una avenida pintoresca;

La portada y el frontispicio del *Mercado*, que es de las buenas obras públicas de la ciudad; y

La calle de Junín, hacia el Sur, amplia y de construcciones sólidas y elegantes.

Ciudad Bolívar

De la Reina del Orinoco, como la han cantado sus poetas, publicamos hoy cinco vistas, de las cuales tres de ellas atestiguan el desarrollo comercial que adquiere cada día la ciudad de Heres. En una se ve al vapor *Guamare*, de la "Compañía de la Estrella Roja del Orinoco;" en otra los vapores de la línea de la citada compañía; y es la última la parte oriental del puerto, poblada de buques capaces para la exportación únos y destinados al cabotaje otros.

Los otras dos vistas representan una parte de la ciudad y el "Castillo de Guayana la Vieja," centinela de piedra del Orinoco, construido por la dominación española y ampliado y refaccionado por los últimos gobiernos de la República.

La Vendimia

El grupo escultórico de A. Milan, expuesto últimamente en el Salón de los Campos Elíseos, denuncia en el autor potencia asimilativa, concepción delicada y pleno poderío de facultades artísticas para darle vida perdurable á sus obras. La actitud de las figuras del grupo lo demuestran.

Güiria

La capital del Distrito Rivero es de nuestros pueblos más consagrados al desarrollo de la agricultura, y su puerto le ofrece ventajas á las riquezas que se explotan en el interior. A la fecha, sólo hemos podido adquirir de Güiria una sola vista: la de la Iglesia de la Concepción; y esa ocupa una de las páginas de la presente edición.

PERMANENTE

Muchas veces, en nuestra correspondencia y en EL COJO ILUSTRADO, hemos suplicado que no se nos envíen retratos, biografías, versos ni escritos que no hayamos pedido. Sin embargo, llueven sobre esta empresa artículos de personas del interior de la República á quienes no conocemos. Esto nos hace un daño inmenso, primeramente porque nos obliga á multiplicar la correspondencia con detrimento de nuestras ocupaciones, y después porque se nos pone en el caso, siempre penoso, de rechazar esos trabajos que no pueden tener cabida por diferentes razones. Aun siendo aquéllos buenos, es imposible publicar en una Revista quincenal cuánto á ella se envía. Unos, son malos y largos; otros tratan asuntos políticos y contienen juicios aventurados ó duros sobre personajes de la historia contemporánea; otros, en fin, materia baladí, que interesa sólo á sus autores.

Repetimos hoy nuestra súplica y encarecemos de nuevo: QUE NO SE NOS ENVÍEN VERSOS, ARTÍCULOS, MUSICA NI RETRATOS QUE NO HAYAMOS PEDIDO, pues hemos resuelto definitivamente pasarlos á la cesta de papeles, sin previa lectura.

Establecimiento constantemente surtido

—DE LAS—

ULTIMAS NOVEDADES EN SU RAMO



SIMON SANZ
CALLE DEL COMERCIO

SUR 4, NUMERO 28 TELEFONO VIEJO, 600

FABRICA DE CHOCOLATES SUPERIORES Y CACAO EN POLVO SOLUBLE

PROPIEDADES DEL CACAO

EN POLVO SOLUBLE

El cacao en polvo soluble, marca *LA INDIA*, es un producto normal, sacado (extraído) de una mezcla de los mejores cacaoes de Venezuela, tan acreditados en el mundo entero, y elaborado cuidadosamente por medio de procedimientos científicos. En Europa y en los Estados Unidos goza este producto desde hace veinte años, de fama y consumo universal y donde casi sustituye el uso del Café y del Té, por sus propiedades nutritivas, corroborantes y digestivas, siendo un alimento inapreciable, especialmente para los niños, para las personas anémicas, débiles de estómago é inapetentes, que no soportan ni digieren la grasa que contienen los chocolates.

El Cacao en Polvo Soluble marca *LA INDIA*, no debiera faltar á ninguna familia.

CACAO SOLUBLE



CARACAS - VENEZUELA

MODO DE PREPARARLO

DOSIS PARA UNA TAZA

Mézclese bien dos cucharaditas de cacao soluble con igual cantidad de azúcar en polvo, agréguese un poco de leche ó agua caliente, y revuélvase bien hasta conseguir una pasta chocolate muy espesa, y en seguida puede usted llenar la taza con leche ó agua (mejor es leche) y obtiene usted una bebida theobromina superior al chocolate (hecho á la minuta) por ser ésta más digestiva é higiénica para las personas débiles de estómago.

Una latica de una libra de Cacao en Polvo Soluble marca *LA INDIA* vale 8 reales, y equivale á 5 libras de chocolate.

Avenida Sur, N. 2 y 4.—Fábrica: Calle de la Estación

Productos premiados en las principales exposiciones de Europa y de las Américas con 12 medallas de Mérito de Oro y de Plata

QUINCALLA MUÑOZ

Mudada de Gradillas á Sociedad -- Avenida Sur No. 10

OFRECE COMO SIEMPRE A SUS RELACIONADOS

PERFUMERIA OBJETOS DE FANTASIA FERRETERIA

Lámparas Belgas Gran surtido de juguetes baratísimos

DE OCASION PARA LOS PAPÁS

GRAN SURTIDO DE CASIMIRES

Franceses é Ingleses

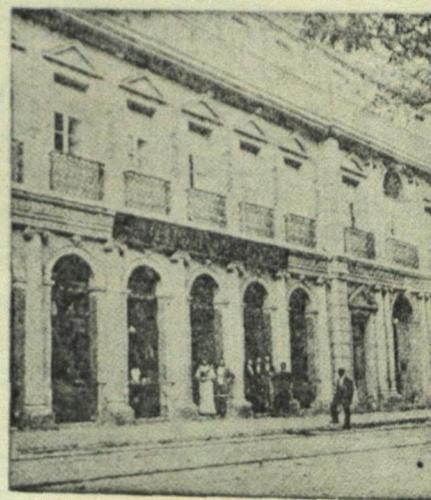
CAMISAS ULTIMA NOVEDAD

ROPA INTERIOR FINISIMA

de hilo, seda y lana

Medias Medias-Haute Nouveauté

PAÑUELOS, ELASTICOS
PERFUMERIA



CUELLOS - PUÑOS - BOTONES

BASTONES-PARAGUAS

y artículos de fantasía para regalos

ESPECIALIDAD

en uniformes militares, levitas
y casacas

Expediciones para el Interior

LOS CORTADORES DE LA CASA SON FRANCESES

TELEFONO VIEJO, N. 1928

TELEFONO VIEJO, N. 1928

GRAN SASTRERIA DE PARIS — CAMILO SIRET — GRAN SASTRERIA DE PARIS
ENTRE LA TORRE Y EL PRINCIPAL — PLAZA BOLIVAR — CARACAS

DOS FIERAS

Linda novela original

DE

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO

EDITADA A TODO LUJO

A la venta en **La Empresa El Cojo**, en todas las librerías de Caracas y en las Agencias de "El Cojo" en toda la República.

PRECIO

En Caracas.....B 1,50 el ejemplar.
En el Interior.....B 1,75.

VOLANDERAS

POR

Miguel Eduardo Pardo

DIBUJOS DE A. PONS

A VENTA EN LOS SIGUIENTES ESTABLECIMIENTOS

Empresa El Cojo.....Caracas
L. Puig Ros y Hermano..... "
Chaumer & Ca..... "
M. I. Leicibabaza..... "
Carlos Zuloaga..... "
Eduardo Luis Pardo..... "

6 REALES EL EJEMPLAR

LIBRERIA FRANCESA

9-AVENIDA SUR-9

Marcel Prevost:

Demi-vierges, Confession d' un amant.

Paul Bourget:

Un Scrupule, Steeple chase, Un Saint.

Pierre Mael:

Celles qui savent aimer.

Alfred de Musset:

Confession d' un enfant du siecle, Frederic et Bernerette.

Flaubert:

Education sentimental.

Daudet:

Contes du lundi, Frente ans de París, Rose et Ninette.

Prevost:

Le mariage de Juliette.

Bourget:

Nouveaux pastels.

Biblioteca de ciencias contemporaneas

Biblioteca de filosofia id.

Manual de Historia de Venezuela POR FELIPE TEJERA

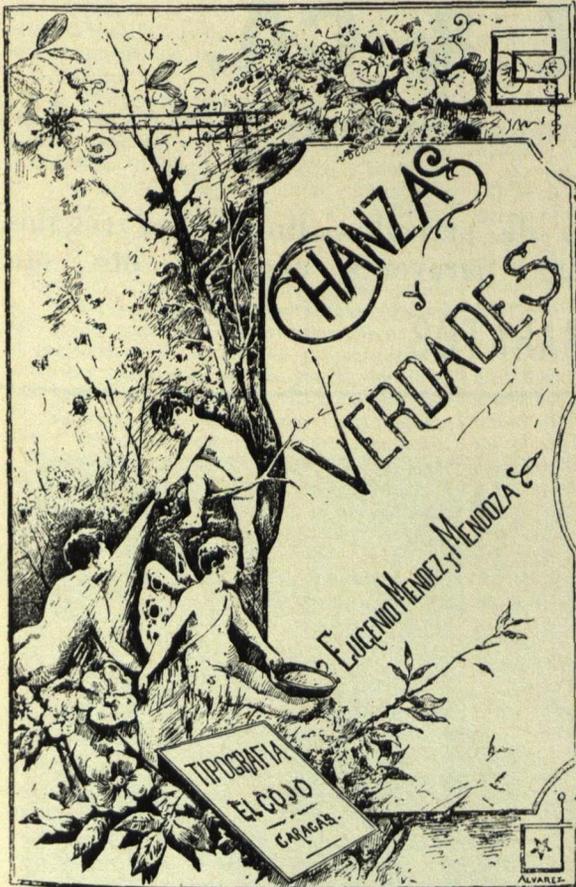
Edicion de la Empresa El Cojo
JON MAS DE 70 CRABADOS

ADOPTADA COMO TEXTO EN LOS COLEGIO

A VENTA EN LOS SIGUIENTES ESTABLECIMIENTOS:

Empresa El Cojo.....Caracas
L. Puig Ros y Hermano..... "
Chaumer & Ca..... "
S. N. Ilaozas & Ca..... "
Urdaneta, Falangon & Ca..... "

Pedro A. Sosa.....La Guaira
Rafael Hernández.....Puerto Caballo
M. Jiménez Solórzano.....Valencia
J. Orsini é hijos.....Carúpano
S. Dominici e hijos.....Barcelona
A. C. Natera.....Ciudad Bolívar
R. Nones é hijos.....Maracaibo
Jesús Maria Graterol.....Los Teques
Luis Corrales & Ca.....Calabozo
Gonzalo Picón Febres.....Mérida
Isaac Chapman.....Coro
Francisco A. Bolaños.....Barquisimeto
Alejandro Benitz.....Ciudad de Cura
J. M. Rauseo Guerra & Ca.....Rio Caribe
Climaco Serrano.....Maturín



De venta en Caracas: **La Empresa El Cojo**.—En la Librería Española.

En La Guaira: **Pedro A. Sosa**.

En Puerto Cabello: **Rafael Hernández**.

En Valencia: **M. Jiménez Solórzano**.

Precio en Caracas.....B. 3

en el resto de la República. **3,50**



Salón Muestrario de Vinos Españoles y Franceses

de las casas de

MANUEL FERNANDEZ DE JEREZ Y HANAPPIER & CO. DE BURDEOS

Representante en Caracas,

Manuel Clavijo Pérez.

LA TRASATLÁNTICA



Capital responsable

Bs 37,500,000.

Acepta seguros contra incendio bajo condiciones muy módicas

CESAR MÜLLER

Agente General en Venezuela

ANEMIA **HIERRO QUEVENNE** **DEBILIDAD**

Unico aprobado por la Academia de Med. Cinc. de Paris, contra CLOROSIS, FIEBRES, FALTA de FUERZAS

Exista el Verdadero. - 14, R. BEAUX-ARTS, PARIS

"LA ESTRELLA DEL TUY"

MERCANCIAS DIVERSAS


Papereria, Libros en blanco
Artículos de lujo


NOVEDADES

LA CASA QUE VENDE MAS BARATO EN TODO EL TUY

AGENCIA DE EL COJO ILUSTRADO

Romero Rocha & Ca.

OCUMARE DEL TUY - VENEZUELA

Etsaco 5fr. en Paris

PUREZA DEL CUTIS

- LAIT ANTIÉPHELIQUE -

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TIZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARFUGAS PRECOSES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.

Fóne y conserva el cutis limpio y terso

CANDES & Co. B^o St-Denis 46

ARON WALTZ & CA.

No. 43 - De Pajaritos á La Palma - No. 43

Ofrece al público el más completo surtido de artículos finos para regalos, tales como estatuas de bronce, vasos de la China, paravents, abanicos, etc., etc.

A PRECIOS MUY BARATOS

R. Zitting & Ca.

SUCESORES DE H. ROO & CA.

AVENIDA SUR

Sociedad á Gradillas N. 19 - Caracas

Ofrecen al público su grande y nuevo surtido de

FERRETERIA - QUINCALLERIA

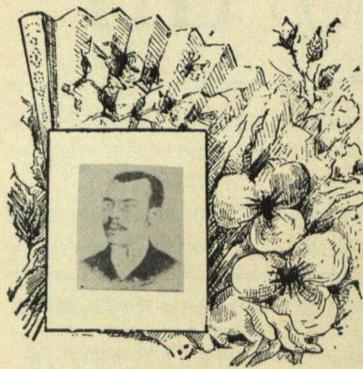
ESMERO Y PRONTITUD

En el despacho y empaque de pedidos.

PRECIOS EQUITATIVOS



ALEGRÍAS DEL PERIODISMO



Con eso de los derrumbes inesperados — decía yo — y con aquello de los trasbordos penosos, amén de las paradas con puntos y

ribetes de Estación, cualquiera se expone á hacer el viaje de Caracas á Villa de Cura, para luego llegar molido y zarandeado á presenciar la Apoteosis.

Esto no obstante y no obstante las dudas harto tristemente arraigadas que yo tenía del éxito de la fiesta fuera de la Capital, decidí partir en representación de EL COJO ILUSTRADO; y una espléndida mañana, toda llena de sol y de alegría, llegué á la estación del Gran Ferrocarril de Venezuela, en solicitud de Díaz Lecuna, Borges y Mármol que, á su vez, representaban dignamente otros principales periódicos caraqueños.

Corriendo, pues, las contingencias de los desastres ferroviarios—tan frecuentes en nuestro país—salió el tren excursionista, rey de los caminos, á desafiar el peligro de la montaña derrumbada, á leadear abismos, á trepar cuestras asombrosas, á correr, en fin, intrépido, triunfante por aquellos campos lujuriosamente impregnados de juventud y de vida, hasta dar con el primer tropiezo en Tejerías: todo un cerro arbitrario y pedregoso que se vino abajo interrumpiéndonos la marcha.

A bien que los ingenieros de la línea, activos é inteligentes todos, venciendo las dificultades que se presentaron, nos trasbordaban aquí, y más allá nos sacaban de un apuro, dejándonos, al cabo y al fin, ilesos y contentos en el pueblo de Cagua, donde encontramos los coches que nos condujeron á la Villa.

Y en la Villa nos detuvo la policía.....

Pero no crean ustedes que aquella policía nos llevó á la cárcel, como esperábamos, ó como fue uso y costumbre en otros tiempos en que el periodismo era la víctima propiciatoria de todos los gobiernos, no: la policía nos llevó á la casa del Secretario del Estado, y en vez del inundo calabozo nos dio cuarto espléndido y camas cómodas y riquísimos banquetes.

Por otra parte, hacía los honores del simpático hospedaje una dama distinguidísima, la señora de Vicente Betancourt, á cuyas finezas y atenciones no sabrá corresponder bastante bien el agradecimiento periodístico, ni aun poniendo á prueba todos sus entusiasmos: todo elogio es pálido, toda gratitud, por elocuente que sea resulta pobre, para los que tan gentil dama se merece.

Precisamente la noche que llegamos á Villa de Cura se celebraba la Apoteosis de Miranda, á la cual Apoteosis nos fue imposible asistir por lo avanzado de la hora. Pero en la Plaza, revueltos entre aquel tumulto de curiosos que pretendía presenciarla desde lejos, encontramos á José Ramón Betancourt, director de *El Diario de Valencia* y al insigne vate Alejandro Romanace que nos informaron minuciosamente del acto, que fue lucidísimo, un acto regio en un salón decorado con lujo y en donde la poesía y la oratoria, disputándose la palma del triunfo patriótico, hicieron gala de inspiración y elocuencia.

En la mañana siguiente se celebró el *Te-Deum*, y luego la procesión cívica, figurando en ésta un soberbio carro triunfal ocupado

por tres bellísimas jóvenes villacuranas, vestidas alegóricamente en representación de las tres naciones que llenaron de gloria la vida de Miranda. Después fueron las ofrendas al pie de la estatua del Generalísimo y la Comisión de la Prensa llenó entonces cumplidamente su cometido. Por la noche hubo iluminación, retretas y fuegos artificiales: alegría popular, alegría del patriotismo verdadero, nunca desmentido en aquella hospitalaria ciudad.

Mientras la inmensa muchedumbre se entusiasmaba con los himnos, los vítores y los estrépitos pirotécnicos, otra multitud de damas y caballeros se dirigía á la casa del Presidente.

A trueque de codearme con esos cursis rivisteros de salón que ahora se dan para desgracia nuestra, necesito decir aquí, regateando el elogio á mi pesar, que el baile con que el general Andrade obsequió á sus huéspedes no tuvo nada que envidiar á los mejores y más brillantes que se han dado en Caracas—y me quedo corto.

Por todas partes flores y adornos en fastuosas combinaciones artísticas; por todas partes luces que hacían del recinto, paraíso: luces en los corredores, en los salones, en los patios y sobre todo esto una orquesta nutrida, magnífica, poblando la hermosa mansión de sonoridades divinas.

Pintar, describir la selecta concurrencia es más difícil de lo que parece, y á no ser por el temor de confundirme con los arriba aludidos cronistas, acabaría por citar una por una las damas que á tan suntuosa fiesta asistieron, sin olvidar los soberanos detalles de la vaporosa indumentaria femenina que allí hizo ostentación de galana sencillez; diría cómo la espléndida señora del general Andrade no se dio punto de reposo en toda la noche, atendiendo á sus hermosas invitadas; y elogiaría con apasionada frase la cultura famosa, de la sociedad villacurana que allí encontré, por la cual juzgo el resto que debe ser exquisito. Mas por aquel temor y por otros temores no menos razonables; me abstengo, con gran pena quizás, y sin quizás, de consignar aquí nombres dignos de especialísima mención.

Afortunadamente Miguel Mármol recogió allí notas, apuntes, detalles minuciosos y mañana, probablemente, nos hablará del *buffet* que fue magnífico; de la música soberbia; y de aquel rosado albor de la mañana que nos sorprendió á todos en las ondulaciones de un valse maravilloso que no debió acabarse nunca.

En esa misma casa—al día siguiente—cuando aún flotaba por los patios y corredores el aroma de las flores de la noche anterior, nos honró el Presidente del Estado con un familiar y simpático banquete; y luego, como para no darle margen al reposo en aquellas alegrías del espíritu fuimos al otro baile que, en obsequio de las victorianas dio el caballeroso señor José María Tosta.

Cumplida nuestra honrosa misión en la Apoteosis de Miranda salimos de Villa de Cura acompañados de la juventud victoriana que puso singularísimo empeño en festejarnos; y á partir de aquel instante no fuimos dueños de nuestras personas.

El recibimiento que nos hicieron en La Victoria no es para contado: un desbordamiento de atenciones capaz de llenar la ambición más desmesurada. En la estación un banquete del Jefe Civil General Vicente Fuentes; en el Hotel, más tarde, José Isabel Castro, competentísimo y caballeroso en eso de hospedajes y distinciones nos abrumó á obsequios; en el Club, Luis María García, Napoleón Pérez, Indalecio Díaz, Alfredo Jahn, Blas Bruzual, Reinaldo Fernández, Federico Párraga y Guillermo Power ejercieron sobre nosotros una dictadura.... tan cariñosamente hostigadora de buena voluntad—que está, aún, pidiendo una crucialísima venganza de afecto, por parte nuestra.

Para que no se doliera la materia de lo que regalaban al espíritu aquellos señores conti-

nuaron “abusando” de su poder y tras de un almuerzo opíparo, nos daban una comida de príncipes. Por la noche serenatas y retretas, fuegos.... y vuelta á los obsequios. Dijéranos que pretendían matarnos....

Cuando ya creíamos terminadas las espontáneas manifestaciones de aquella espléndida juventud, recibimos la siguiente, expresiva tarjeta—que, como ustedes ven, á juzgar por lo antes consignado—viene á servir de coronación á la serie de fiestas que nos dieron:

La Junta Directiva de la fiesta en honor de los jóvenes representantes de la Prensa, tiene el gusto de invitarle usted para una reunión esta noche á las 9 en los salones del Club Victoria.

La Victoria: 8 de julio de 1896.

JUAN TORRES CANCIO—JOSE I. CASTRO—EDUARDO LEHRMANN—INDALECIO DIAZ—ABRAHAM SABAL.

¿Con qué palabra sonora, con qué frase alta y elocuente podríamos describir este acto magnífico de galantería inmerecida, cuando la palabra es pobre y la frase pálida para agradecerlo siquiera?

Cuando llegamos al Club, presididos por una comisión designada por la Junta Directiva para que nos acompañase, el salón radiante de belleza... Gala y orgullo de la sociedad victoriana fueron las Roth, dignas todas ellas de ser elogiadas por la lira del poeta; las espirituales Villasana; las Blank; la bellísima Amelia Barboza; la inteligente y gentil Carmen Oviedo; las señoras y señoritas Montserrat de García, de Bonnet, de Guzmán de Hurtado, de Silva, de Sosa, de Zarzamendi, de Arana, de Piñango, de Power.

De ahí que Eduardo Díaz Lecuna, poeta y apoteósico siempre, en un momento de feliz inspiración, improvisara los siguientes verso que le valieron más de una salva de aplausos

Desde el suelo caraqueño

Con aliento sobrehumano

Debido á tenaz empeño,

Vine al jardín aragüeño:

El Edén venezolano.

Cuántas fruiciones sentí

Por los lugares que fui:

Ví mujeres como estrellas,

Pero ningunas tan bellas

Cual las mujeres de aquí.

Vi en angélica armonía

Querubes que hacen derroche

De belleza y simpatía;

Con ojos como la noche

Y miradas como el día.

Vi entre brumas diamantinas

De esplendentes aureolas,

Brotar cual magas divinas

Las Cármenes y las Lolas,

Las Emmas y Carolinas.

Por eso, y por cuanto quiero

Rendirle culto sincero

A lo divino en lo humano;

Declaro ante el mundo entero

Que quiero ser victoriano.

Y ahora entre usted en detalles: comenzando por las señoritas Oviedo y Straus que ejecutaron con admirable maestría varias piezas a piano y acabando por el inolvidable escrito Piñango Ordóñez, que dedicó el baile á la prensa en nombre del Club y el doctor Bonifacio que recitó una magnífica producción en prosa.

El baile... ¡Sí aquel baile es imposible revistarlos!

Yo—la verdad—me declaro inepto para llevar á cabo y á satisfacción de todos esta descripción que pide al arte sus secretos y á la poesía sus maravillas: ángeles y músicas y flores de la tierra victoriana... perdonad mi incompetencia; pero sabed que mentalmente me arrodillo para adoraros en silencio esperando, soñando, ansiando que llegue el día de pisar otra vez vuestros jardines. Tampoco sé yo, cómo quedaría el corazón de mis compañeros cuando partieron de aquella hermosa ciudad, arrullados por los vítores de la juventud que se aglomeraba en el andén de la estación; mas sí puedo aseguráros que el mío palpita con celeridad inusitada y que me despedí con tristeza del pueblo hidalgo que dá semejante hospitalidad á unos pobres periodistas que apenas sí pueden corresponder á tanto halago con un puñado de cuartillas

MIGUEL EDUARDO PARDO.